

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

595

123741

ORIGEN DE LA ESCRITURA

Tesis

QUE PARA OBTENER EL GRADO
DE MAESTRA EN LETRAS

PRESENTA

MARIA TERESA CHAVEZ CAMPOMANES

MEXICO, D. F.

1953



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

<u>Caps.</u>	<u>Págs.</u>
I. Origen de la escritura	1
II. Los jeroglíficos egipcios	23
III. La escritura cuneiforme	41
IV. Los jeroglíficos hititas	67
V. Las inscripciones mediterráneas	79
Conclusiones	97
Obras consultadas	99
Indice alfabético	103

ILUSTRACIONES

Fig.	Págs.
1 Pintura mágica contra las picaduras de animales ponzoñosos.	2
2 Quipos	4
3 Cinturón de Penn	5
4 Guijarros pintados del paleolítico superior	7
5 Dibujo de Mamut	8
6 Bisonte de la cueva de Altamira	8
7 Inscripciones neolíticas	9
8 Pintura de los nómadas africanos	10
9 Relato de la expedición de un jefe indio	10
10 Tumba india ..	11
11 Canto de amor	12
12 Petición de los indios al Congreso de los Estados Unidos...	12
13 Códice Borbónico, lámina XII	14
14 El Padre Nuestro en jeroglífico	15
15 Parte del Tablero de la cruz del Palenque.....	17
16 Lámina XXIX del Códice Troano	19
17 La Piedra Roseta	28
18 Cartuchos de Ptolomeo y Cleopatra	29
19 Parte del Papiro Hu-nefer. El Libro de los Muertos	31
20 Signos alfabéticos egipcios	33
21 Signos alfabéticos egipcios suplementarios	34
22 Evolución de los jeroglíficos egipcios en los caracteres hieráticos	37
23 Una página del Papiro Prisse	39
24 Escritura demótica	40
25 Tablillas encontradas en Tell el Amarna	47
26 Inscripción de Behistun	50
27 Tablilla con jeroglíficos babilónicos primitivos	56
28 Tableta de Warka	57
29 Inscripción lineal babilónica	58

Fig.	Págs.
30 Signos ideográficos babilónicos	59
31 Etapas sucesivas de la evolución de los caracteres cuneiformes, de los primitivos sumerios a los asirios	60
32 Inscripción de Nabucodonosor	61
33 Caracteres alfabéticos persas	64
34 Inscripción en relieve de Carchemish, siglo IX antes de Jesucristo	71
35 Sello de Tarkondemos	72
36 Inscripción hitita de Hamah	72
37 Comparación de los signos cretenses (I, III, V y VII) con los hititas (II, IV, VI y VIII)	73
38 Signos monumentales hititas (I, III, V y VII) comparados con los cursivos (II, IV, VI y VIII)	74
39 Escultura con inscripción en el Paso de Karabel	75
40 El León de Marash	76
41 Diagrama de la inscripción de un tazón hitita	76
42 Sello de cuatro lados, de la isla de Creta	83
43 Antigua escritura lineal cretense	83
44 Escritura geométrica lineal de Cnosos	84
45 Caracteres egeos	85
46 El disco de Faistos (anverso)	86
47 El disco de Faistos (reverso)	86
48 El silabario chipriota	88
49 Inscripción chipriota	89
50 Inscripción licia	91
51 Inscripción lidia	91
52 Alfabetos licio y lidio con su equivalente griego.....	92
53 Signos carios	93

INTRODUCCION



UN OSOF

Si es el lenguaje una parte integral de la vida del hombre, la escritura es su misma vida perpetuada en piedra, papiro, pergamino o cualquier otro material en el que su mano pudo inscribir el pensamiento que quedó allí grabado para iluminar muchas otras vidas.

La historia de la escritura es la de la humanidad, es el espejo en el que se reflejó indeleble la vida de los pueblos que nos precedieron y en el que se pueden contemplar hechos que sin ella se hubieran perdido.

Amplísimo es el campo de su estudio, pues abarca varios milenios en los que se desarrollaron innumerables pueblos desaparecidos unos, y subsistentes otros.

Por la naturaleza de este trabajo, su extensión tuvo que limitarse y en el se presentan solamente las escrituras de algunos de los principales pueblos de la antigüedad que elaboraron los primeros signos pictográficos, ideográficos y fonéticos que se cree fueron la base del futuro desenvolvimiento del alfabeto.

Los milenios que nos separan de aquellas épocas, se acercan más cada día gracias a las excavaciones en las que se han descubierto más inscripciones y signos arqueológicos y a los epigrafistas que cada vez descifran más signos reveladores de hechos desconocidos u olvidados.

Hay que hacer notar que mientras más autores se consultaron, se encontraron más divergencias en fechas, transcripción de palabras, nombres de personas y geográficos, y aunque la tarea de investigación quiso ser también de unificación, no se pudo lograr siempre, por lo que se hallarán aquí, hechos, nombres y fechas que parecieron correctos al tomarlos en unas fuentes, y sin embargo no lo son en otras.

CAPITULO I

ORIGEN DE LA ESCRITURA

“La escritura, dice Carlyle, es el milagro más grande que el hombre ha realizado en sus inventos; con la escritura —de la cual la imprenta es comparativamente un insignificante e inevitable corolario— comienza para la humanidad el verdadero reino de los milagros”.

Ha sido tan grande en todas las razas y edades la importancia de la representación simbólica del pensamiento y de la palabra, que doquier se encuentre una tradición relativa a la escritura es casi invariablemente atribuída a inspiración o dádiva de los dioses o de alguna persona sagrada. Según los antiguos egipcios, Thot, el dios de cabeza de ibis, era el escriba de los dioses y dió a su pueblo el don de la escritura que era llamada “la divina”. En una inscripción asiria, Sardanápalo V, habla de la escritura cuneiforme como de una revelación del dios Nebo a sus reales antepasados. La tradición china atribuye la invención de la escritura al sabio dragón de cuatro ojos, Ts’ang Chien, quien vió en las estrellas del firmamento, en las huellas de los pájaros al caminar sobre la arena y en las manchas de la concha de la tortuga, los modelos con que formó los caracteres escritos. De acuerdo con la leyenda hindú, Brahma, el dios supremo de la trinidad india —maestro de la vida y de la muerte— dió a los hombres el conocimiento de las letras e inscribió sobre hojas de oro los sagrados textos de los Vedas; la forma de su escritura se asemeja a las dentadas suturas del cráneo humano. “El Exodo” dice, que Jehová escribió con un dedo sobre una piedra las Tablas de la Ley y las dió a Moisés en el Monte Sinaí, durante el viaje

de los hebreos por el desierto. Cadmo, el hijo de Poseidón, fundador de Cadmea y primer rey legendario de los tebanos, inventó o importó el alfabeto para el progreso de sus gobernados. Se dice que Ogmio, el Hércules gaélico, inventó un curioso sistema de escritura cuyos signos se llaman ogámicos y están compuestos por líneas rectas que cortan diagonalmente una horizontal o forman ángulos rectos. La saga nórdica atribuye a Odin la invención del alfabeto rúnico.

La creencia en el poder de la palabra escrita y de los signos pictográficos ha sido común en todas las razas y edades; las fórmulas cabalísticas y los textos de las escrituras sagradas tienen un gran influjo en la vida de muchos pueblos. La virtud de las filacterias y vendas frontales de los hebreos se atribuía a los textos que ellas encerraban.

Los amuletos llevados por los abisinos para conjurar el mal de ojo y alejar al demonio tienen grabado el nombre de Dios. Pasajes del Corán, encerrados en bolsas, se cuelgan de los caballos turcos y árabes para protegerlos contra los maleficios. Las tribus de Malasia Occidental usan signos pictográficos como hechizo para precaverse de las enfermedades y de las picaduras de los animales venenosos; las mujeres llevan peinetas de madera dibujadas con flores que creen son antidotos contra las fiebres y otras enfermedades. Para heridas o contusiones causadas por golpes y para las picaduras de ciempiés y escorpiones usan amuletos grabados por los magos en tablillas de bambú. Entre ellos hay uno, fig. 1, que lleva pintado un faisán argos, con unas ruedas en la parte inferior que representan los ojos que tiene en las plumas de

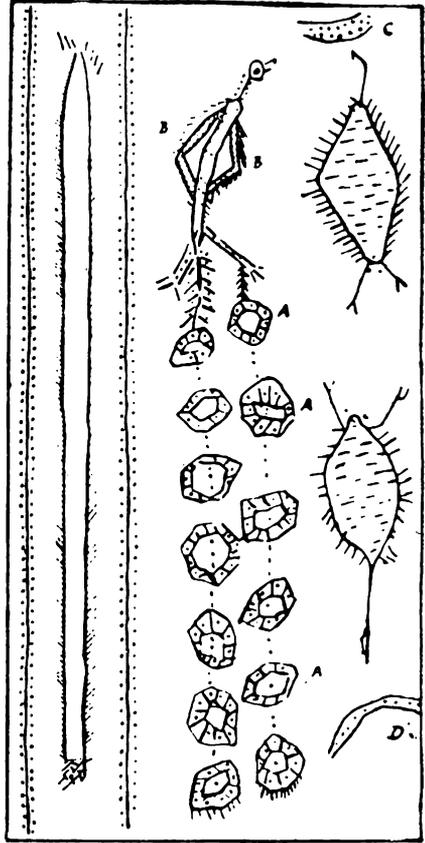


Fig. 1. Pintura mágica contra las picaduras de animales ponzoñosos.

la cola; a la izquierda está un ciempiés anaranjado cuya cabeza apunta a la cola del faisán, y a uno y a otro lado unas líneas de puntos que figuran las huellas que deja el animal en la piel humana; a la derecha del grabado hay dos escorpiones azules, con unas figuras cerca de sus colas, representando la hinchazón que producen en las personas a quienes pican; la hembra es más ponzoñosa que el macho y da dobles picaduras, las que están indicadas por dos hileras de puntos. La pintura significa que, como el faisán argos se alimenta con ciempiés y escorpiones, para precaverse de sus picaduras, hay que invocar la ayuda del ave, lo que hacen los malacos golpeando el bambú contra el suelo.

Dejando aparte las atribuciones deísticas y cabalísticas de la mitología, se puede afirmar que la escritura ha sido la luz del conocimiento que, alumbrando a pueblos y razas, abrió nuevos horizontes, y que la concepción del alfabeto fué el primer gran paso hacia la verdadera civilización.

Es verdad que muchos de los recuerdos intelectuales y espirituales del hombre del pasado fueron conservados por la tradición oral, lo que hace suponer que al finalizar el trabajo cotidiano de los primeros grupos nómadas, sentados junto al fuego vivificador y a su calor y brillo, brotaron las narraciones de sus luchas y experiencias, respondiendo a una necesidad ingénita de comunicación y acercamiento. Más tarde, cuando las generaciones se sucedieron, se relataron las proezas y heroísmos de los antepasados, usando conceptos más o menos fantásticos, según la imaginación del relator; por eso pudieron sobrevivir, a pesar de la desaparición de aquellos organismos sociales, transmitidos oralmente de una a otra edad, el pensamiento y sentir de los que nos precedieron. Pero a pesar de la inmensa capacidad de la memoria, el tiempo y los hechos se acumularon en tal forma que fué insuficiente para conservar todos los recuerdos y responder a las necesidades siempre crecientes de la humanidad. Entonces fué necesario buscar algo que la supliera o ayudara, y el hombre se valió de los recursos que tuvo a mano, los que variaron en las distintas razas y edades.

Algunos pueblos usaron medios puramente mnemotécnicos, utilizando objetos tangibles para mensajes, en ayuda de sus transacciones y a fin de conservar sus recuerdos históricos; como se verá, estos medios tienen mucho de simbólico, ejemplo típico de esos recursos primitivos son los *quipos* o cordeles con nudos de los antiguos peruanos y los *wampums* o cinturones adornados con cuentas y conchas de los iroqueses.



Fig. 2. Quipos.

El quipo, fig. 2, que en peruano significa nudo, consiste en un cordel principal al que están atados, a determinadas distancias, cordeles más delgados de diferentes colores, cada cordel se anuda de distinta manera y cada color tiene su significado. El rojo quiere decir soldados; el amarillo, oro; el blanco, plata; el verde, maíz, etc. Un nudo significa diez; dos, veinte; doble nudo, cien; dos nudos dobles, doscientos. Este sencillo artefacto se utilizaba para múltiples fines, además de servir para llevar cuentas, se usaba para conservar los anales del imperio de los incas, para transmitir órdenes a provincias lejanas, para registrar hechos de armas y para consignar las hazañas de los muertos con quienes los quipos eran enterrados. En

cada ciudad había personas encargadas de anudarlos e interpretarlos. llamadas "quipucamayocuna", que tenían gran destreza en su trabajo, pues era muy difícil leer un quipo sin ayuda de un comentario oral; cuando los llevaban de provincias lejanas necesitaban decir si se referían a censo, tributo, guerra u otro asunto. Mas con la práctica constante perfeccionaron tanto el sistema que pudieron registrar con ellos los más importantes hechos del imperio y expedir sus leyes y ordenanzas.

Los wampuns se hacían con cuentas fabricadas a mano o con conchas perforadas, arregladas de manera convencional sobre filamentos de corteza, cáñamo o tiras de piel de ciervo, terminados con flecos de nervios o de cáñamo. Los ejemplares que existen son símbolos pictográficos que registran hechos históricos o tratados de las tribus, aunque también se hicieron algunos para anotar límites de tierras, propiedades personales, y alguna vez se usaron como dinero. El más famoso es el "cinturón de Penn", fig. 3, que se conserva en los archivos de la Sociedad Histórica de Pennsylvania; su nombre se deriva de una tradición que lo señala como el mismo que en 1701 fué dado por los iroqueses a William Penn

para confirmar las relaciones amistosas establecidas desde entonces entre ellos. Está formado de diez y ocho hileras de cuentas blancas, las que evidentemente se relacionan con alguna transacción importante; en el centro tiene dos figuras hechas con cuentas oscuras, un indio estrechando la mano de un hombre que porta sombrero, lo que sin duda indica que se trata de un europeo. Tiene unas bandas oblicuas que son símbolo de la federación de los iroqueses conocida como las “Cinco naciones”, y representa por sinécdoque a todas las villas iroquesas, “casa larga”, como se llamaba al sitio donde habitaban. En sus libros de ritos se habla de la liga iroquesa como “Kanastat-sikowa”, la gran organización, que cuando el cinturón fué hecho ocupaba la mayor parte de los Estados Unidos, lo que está indicado por los travesaños o bandas oblicuas.

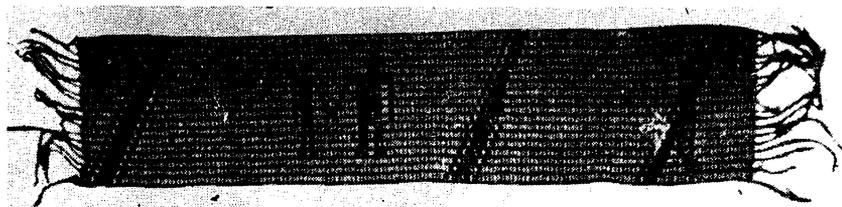


Fig. 3. Cinturón de Penn.

La escritura pasó por diferentes etapas antes de alcanzar su final expresión en el alfabeto; cada uno de los caracteres alfabéticos con que hoy se escribe, estos sencillos símbolos, aparentemente hechos al capricho, están llenos de la historia no sólo lingüística, sino doméstica, de incontables generaciones de nuestros remotos ancestros. Las letras fueron ideadas y modeladas por diversos artistas que, a través del tiempo, las modificaron, alteraron y simplificaron, dejándolas como herencia inapreciable a la humanidad. Esta no fué obra de un hombre, ni producto de la inspiración de un individuo; es obra del estudio y dedicación de muchos pueblos y edades.

Las palabras, formadas por los caracteres que hoy se conocen como signos alfabéticos, llegan a la mente por medio de esos signos abstractos, de un modo semejante al de los primitivos ideogramas que fueron sus precursores y prototipos. A pesar de su aparente arbitrariedad dan al lector la representación de las cosas, es decir, no solamente sus nombres, sino las formas, cualidades y atributos que los miles de palabras del lenguaje representan. Esos signos fueron pictogramas muchos siglos hace, hasta que se llegaron a usar como representaciones fonéticas.

El origen de todos los sistemas de escritura se remonta, a través de varias etapas sucesivas de evolución, a una edad primitiva muy anterior a la invención de las letras, en la que todas las inscripciones eran solamente pinturas de las cosas o representaciones de las ideas que se quería expresar. Hay incontables eslabones perdidos en la cadena de la formación del alfabeto y faltan aquí y allá muchos capítulos; pero su historia está llena hasta los bordes de un vívido interés humano.

La invención de la escritura es uno de los testimonios más trascendentales del progreso intelectual del hombre; ningún otro influjo ha producido una reacción tan poderosa sobre su mente y espíritu. Sin la escritura, que conserva las ideas e ideales de los humanos para transmitirlos a la posteridad, todo adelanto intelectual, toda elevación espiritual del pensamiento que fuera confiado al incierto y errante instrumento de la memoria, se perdería. La adquisición del arte de la escritura distingue, más que otra cosa, a las naciones civilizadas de las tribus bárbaras, y siempre que se encuentren evidencias paleográficas en la temprana historia de cualquier país, se puede asegurar que el pueblo que la usaba, no obstante lo imperfectos que fuesen sus signos, estaba muy avanzado en la escala de la civilización, pues lo demostró con el noble esfuerzo realizado para salir de su estado primitivo, despertando al sentimiento consciente de su obligación para los otros y de su final y alto destino.

El progreso de la escritura en los diferentes pueblos y razas, ya ocupen regiones vecinas del mismo continente o países lejanos, parece haberse efectuado de una manera casi idéntica en todos ellos. Su evolución ha sido paralela al tardío o rápido desenvolvimiento de la inteligencia del hombre y a la mayor o menor habilidad que tuvo para expresar pictográficamente sus ideas e impresiones. Mas la falta de uniformidad en la época de la evolución racial de los pueblos, ha dado por resultado, que así como los antiguos egipcios o los sumerios babilonios tuvieron una escritura en el quinto milenio antes de Jesucristo, algunas tribus indígenas usan actualmente los pictogramas más rudos y primitivos.

Las sucesivas etapas del desenvolvimiento de la escritura pueden formularse como sigue: en un principio el hombre comenzó por dibujar, más o menos toscamente, los objetos mismos que quería representar, originándose de aquí lo que llamamos *pictografía*. Después se expresaron los hechos con objetos que tenían alguna analogía con las ideas, no

sólo concretas, sino también abstractas, que se deseaban consignar, naciendo así el *simbolismo* o *ideografía*. Más tarde se observó que unas y otras ideas se indicaban en el lenguaje hablado por medio de sonidos articulados, y se procuró que los signos gráficos representaran estos sonidos, apareciendo de esta manera la escritura *fonética*. Esta nueva escritura se dividió en *logográfica*, o cada palabra representada por un signo; *silábica*, o un signo por cada sílaba, y *alfabética*, o cada sonido por una letra. De la combinación de los caracteres pictográficos, ideográficos y fonéticos resultó el jeroglífico, la más antigua escritura propiamente dicha que se conoce.



Fig. 4. Guijarros pintados del paleolítico superior.

Los albores de la escritura pictográfica se hallan en los restos prehistóricos que ponen de relieve la capacidad artística del hombre desde los tiempos más remotos, y presentan, en un vigoroso y rápido bosquejo, lo que fueron la vida y costumbres de aquellas lejanas edades. Sobre fragmentos de hueso, cuerno, marfil y esquisto, el cazador salvaje del período paleolítico superior medio, usando un pedernal puntiagudo, grabó su propia imagen y las de los animales que cazaba. Del piso de las cavernas de Francia, Bélgica y otros lugares de la Europa Occidental, cuyos depósitos datan de esa lejana época, se han desenterrado piezas con dibujos estilizados de animales, entre los que ocupan lugar prominente, el reno, el caballo, el bisonte, el ciervo y el mamut, así como toscas reproducciones de robustos hombres desnudos lanzando venablos a los animales o arrastrándose sobre el suelo para arrojar sus armas contra ellos.

En los últimos tiempos del paleolítico superior moderno aparece una nueva modalidad artística en la pintura de cantos rodados, fig. 4, con gran variedad de signos rojos y negros, puntos, líneas cortas, cruces, líneas serpenteadas, ramificaciones y figuras que parecen letras. Es imposible interpretar actualmente la significación de estas figuras que

quizá en aquel tiempo eran representaciones simbólicas o religiosas, y se puede suponer que la cueva de Mas d'Azil, en donde se encontraron en mayor número, fué tal vez un santuario o centro religioso. Hay muchas clases de signos y algunos semejantes a las letras y dibujos ornamentales de edades modernas, pero estas figuras no tienen el menor enlace con las de este período y el neolítico, y mucho menos con los sistemas de escritura que más tarde aparecieron.

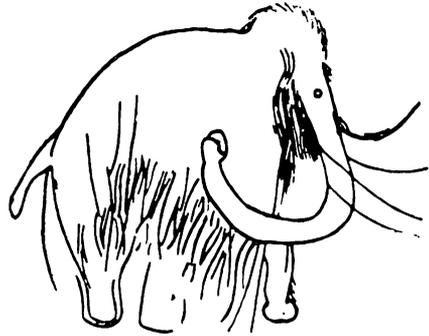


Fig. 5. Dibujo de mamut.

Las manifestaciones pictóricas del paleolítico fueron distintas en las diferentes regiones de Europa; España, por ejemplo, tuvo en el norte una cultura netamente europea, en tanto que en el sur fué invadida por la africana. La civilización europea se distingue principalmente por el arte rupestre, que se encuentra casi exclusivamente en el norte de España y el suroeste de Francia; sus pinturas son completamente diferentes de las de la costa mediterránea y forman una provincia franco-cantábrica, caracterizada por dibujos de animales de estilo naturalista y de gran tamaño, con figuras inconexas, principalmente de bisontes, renos y mamuts, a veces yuxtapuestos, sin expresar idea de conjunto y colocados generalmente en lugares recónditos y sin luz. Se puede apreciar su evolución relacionándolos con los yacimientos arqueológicos que se encuentran cerca de ellos.

Las primeras producciones artísticas que se conocen pertenecen al

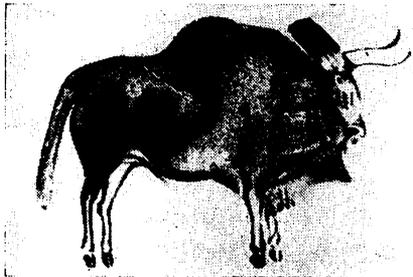


Fig. 6. Bisonte de la cueva de Altamira.

auriñacense inferior, en el que se pintaron cacerías, manos humanas y siluetas de animales que empiezan a modelarse, y hay también figuras antropomorfas que parecen ser hombres disfrazados de animales. En el auriñacense superior, las figuras se hacen más esbeltas y llevan sombra monocroma, indicando la anatomía con líneas interiores. En el magdaleniense el arte

llega a su apogeo con las figuras policromadas, cuyos mejores representantes son los magníficos frescos de bisontes y ciervos de Altamira y de algunas cuevas de Asturias y Santander, fig. 6. Además de las figuras de animales, y a menudo relacionadas claramente con éstos, se encuentran representaciones de objetos propios de la vida de los cazadores, como cabañas de forma cónica, arpones y otros objetos de dudosa determinación; esos signos forman filas semejantes a las de la escritura, o grupos que no han podido interpretarse. A veces hay ciertos detalles susceptibles de interpretación, como armas clavadas en el cuerpo de los animales y otras escenas de cacería que parecen ser los comienzos de una escritura jeroglífica. Se encuentran también algunos atisbos de signos gráficos, en los círculos con punto central, espirales dobles y volutas sencillas, profundamente grabados en las piedras, que datan de los más tempranos períodos, así como signos cruciformes grabados superficialmente que parecen ser de épocas más recientes.

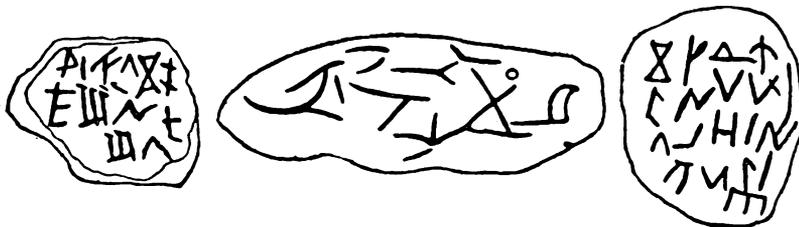


Fig. 7. Inscripciones neolíticas.

Del período neolítico y del eneolítico se han encontrado incisiones hechas sobre monumentos megalíticos: menhires, dólmenes y cromlecs, extensamente difundidos en Italia, Suiza, Francia, Escandinavia, la Península Ibérica y la Gran Bretaña. Hay estelas que presentan decoraciones plásticas que imitan las facciones humanas, detalles del vestido y del adorno y animales en forma realista o más o menos estilizados, en Rusia, Dinamarca, Francia, Italia, España y Portugal, pero las más variadas están en Escandinavia. Son dignas de mencionarse las de los Alpes Marítimos, las del Lago de las Maravillas, las del Lago de Carmónica en Italia, las de la gruta sagrada de Bocche di Cattaro y los soles rojos de España y Portugal. Motivos decorativos, en su mayor parte geométricos, como espirales, rombos, círculos, óvalos con cruces, triángulos, líneas en zigzag y otras que parecen afectar la forma de nuestras letras, se hallaron especialmente en Barranco, Cataluña; Soto,

Huelva; Cangas de Onís, Asturias, y Alvão, en Portugal. Algunos opinan que a medida que las imágenes se van volviendo geométricas se acercan más a la Edad del Bronce y aun a la del Hierro (fig. 7.)

Más tarde, cuando los pueblos europeos están en plena civilización, los aborígenes de otros continentes presentan especímenes gráficos iguales o tal vez inferiores a los de la Europa prehistórica. Los grabados en cuevas y rocas encontrados en Australia, aunque todavía no se han descifrado, son tal vez expresiones de hechos históricos de las tribus o representaciones de animales por ellas reverenciados. Las superficies de las cavernas del Africa del Sur se hallan cubiertas frecuentemente con pinturas ejecutadas por los nómadas, fig. 8, que son más avanzadas que

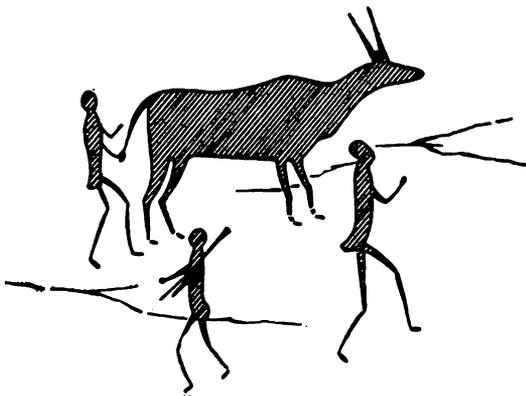


Fig. 8. Pintura de los nómadas africanos.

las de los aborígenes australianos; están hechas con color rojo oscuro o negro, y representan la caza y otros aspectos de la vida y leyendas de esos pueblos.

El Nuevo Mundo es rico en monumentos antiguos adornados con simbólicos artificios, y son también numerosos los pictogramas que cubren las rocas y piedras aisladas diseminadas en diversas regiones de Norteamérica. Algunas están gra-

badas en la piedra como a un centímetro de profundidad, y otras trazadas con anchas líneas de ocre rojo y de otros colores. En la costa del Lago Superior hay, entre otras, una inscripción, fig. 9, que registra una expedición conducida a través del lago por Myeengun "el Lobo", famoso jefe indio. La tripulación que lleva cada canoa está indicada por series de ranuras verticales; Kinshkemunasee, "el mar-

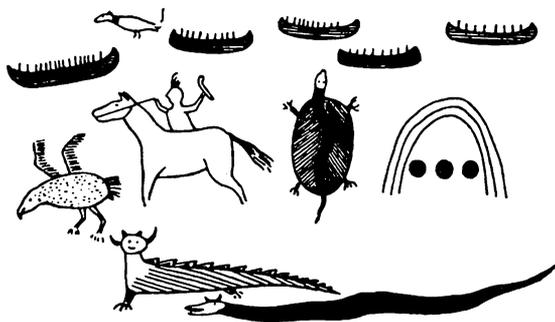


Fig. 9. Relato de la expedición de un jefe indio.

tín pescador”, aliado de Myeengun, va en la primera canoa; el arco con tres círculos (tres soles bajo el firmamento) quiere decir que el viaje fué hecho en tres días; la tortuga (símbolo de tierra en las pinturas de Norteamérica) significa la llegada de la expedición; el hombre a caballo es el Meda o “mago”, que se supone asistió a la expedición; el pájaro es Migazze, “el águila”, símbolo de valentía; las fabulosas criaturas de la parte inferior son los animales invocados como ayuda para llevar a cabo la expedición.

Se cree que la costumbre de algunas tribus de Africa y de los Estados Unidos, de tatuarse con la figura de su totem individual o tribal, es una de las manifestaciones de la escritura pictográfica y que no sólo tiene una significación religiosa y decorativa, sino utilitaria, pues entre ciertos grupos de los Pieles Rojas eran tatuados hombres y mujeres para que, si en caso de guerra caían cautivos, pudieran ser identificados y rescatados. Los indios Kavuya de California usaban la figura con que estaban tatuados para marcar los árboles y postes que indicaban los límites de sus propiedades, de modo que el título de posesión era probado fácilmente por el dueño. En Nueva Zelandia se reproducían los tatuajes faciales de los difuntos sobre los árboles que estaban cerca de su tumba. Las losas sepulcrales de los negros de Australia y de los indios de los Estados Unidos, llevan grabado su signo totémico invertido y algunas particularidades de su vida o de su muerte. Sobre la tumba de Wabojeeg, fig. 10, celebrado jefe indio que murió cerca del Lago Superior en 1793, está grabado su totem, el reno; lleva unas rayas horizontales que indican los hechos notables de su vida: las batallas, expediciones, o tratados de paz, y tres rayas verticales que registran las heridas que recibió; la cabeza de anta se refiere a un terrible encuentro con ese animal, el hacha simboliza guerra, la significación de los otros signos no es clara.

Algunas tribus más civilizadas usaban la pictografía con fines mnemotécnicos, para ayudar a los cantores en sus versos, a los magos en sus encantamientos y a los pueblos en sus guerras o dificultades políticas. La figura 11 es un canto

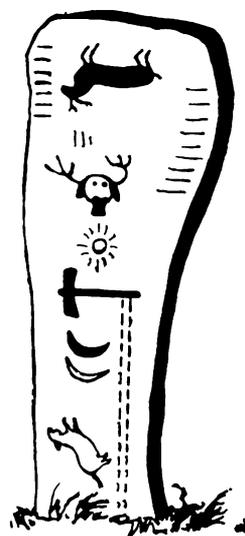


Fig. 10. Tumba india.

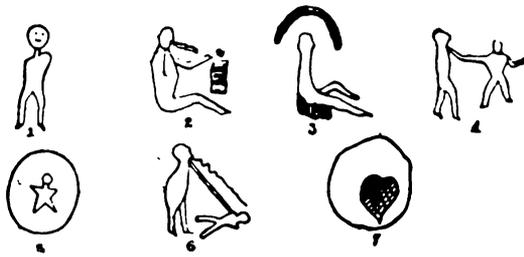


Fig. 11. Canto de amor.

que son como una persona, 5) ella está en una isla, 6) duerme mientras él canta y su poder mágico llega hasta el corazón de la amada, representado por 7. A cada una de estas figuras corresponde un verso del canto:

- 1) Esta es mi imagen que me hace un dios.
- 2) Oye los sonidos de mi voz, de mi canto. Es mi voz.
- 3) Me protejo sentándome bajo mi albergue.
- 4) Puedo hacerla sonrojarse porque oigo todo lo que dice de mí.
- 5) Si estuviera en una isla lejana, puedo hacer que nade hacia acá.
- 6) Aunque esté muy lejos, aun en el otro hemisferio.
- 7) Hablo a su corazón.

Es famosa la petición mandada por un grupo de tribus indias al Congreso de los Estados Unidos para obtener el derecho de pesca en unos pequeños lagos cerca del Lago Superior, fig. 12. La tribu prin-

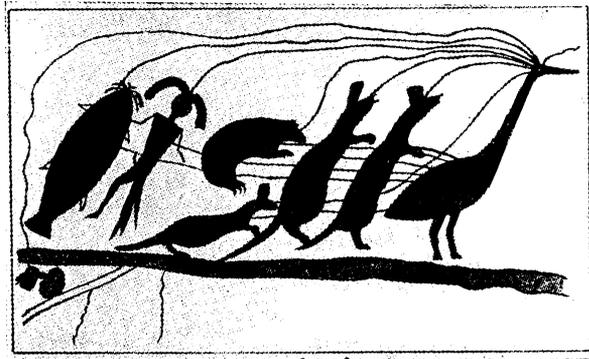


Fig. 12. Petición de los indios al Congreso de los Estados Unidos.

cipal está representada por Oshcabawis, cuyo totem es la grulla, 1) después sigue 2) Waimitligzhig, 3) Ogemagee, y 4) un tercero, que como los dos anteriores, tiene por totem a la marta, 5) Elk, el pequeño, que tiene al oso por totem, 6) el pescador, y 7) el pez barbo. Los corazones están ligados por líneas para expresar que todos están unidos en una misma aspiración, y también lo están las cabezas, para significar que todos tienen un solo propósito. El ojo de la grulla tiene a su vez una línea unida con los lagos en los que las tribus quieren pescar, mientras otra se dirige hacia el Congreso.

La transformación de la escritura pictográfica en ideográfica es aún más notable en los jeroglíficos y en los caracteres fonéticos de los monumentos pétreos y de los manuscritos de los antiguos pueblos de la península de Yucatán y del centro de México. Estos y los egipcios fueron los únicos que usaron la escritura jeroglífica, en la que signos, más o menos arbitrarios, representan palabras y sílabas, como un preliminar del uso del alfabeto. Los códices aztecas o mexicanos, pintados en colores vivos con perfiles negros, son escrituras en parte pictográficas y en parte ideográficas. Con caracteres convencionales se representaron las cosas no tangibles, por ejemplo, movimiento, traslación, dirección y huída, se figuraron imitando las huellas que el hombre deja al caminar sobre la tierra blanda; con una lengua o vírgula se indicaba la palabra, el mando, convenio, etc., y una de mayor tamaño y con dibujos ornamentales simbolizaba el canto.

Esta escritura no posee un alfabeto fonético, pero contiene signos que no representan ideas sino sonidos o pronunciaciones que servían para expresar, en el lenguaje hablado, la voz o la articulación que se pretendía anotar, reproduciendo a veces objetos materiales que tenían por inicial la del sonido que se quería representar. Los caracteres que parecen fonéticos no forman un sistema completo por el que pudieran ser escritas las palabras, pero dan sonidos simples o literales y a veces silábicos o polisilábicos. Los signos se encuentran confusamente mezclados sin tener una orientación definitiva, porque cuando fué extinguida la civilización nahoa por los conquistadores españoles, la escritura se hallaba en un período de elaboración, ya que teniendo su principio en la representación de los objetos, había llegado a expresar ideas y trataba de perfeccionarse buscando los caracteres fonéticos. Hay que notar que los signos pictográficos, ideográficos y fonéticos que constituyen la base de la escritura jeroglífica de los pueblos de Anáhuac, estaban destinados a expresar ideas concebidas en sus pro-

pias lenguas, y formadas de acuerdo con las peculiaridades de éstas, por lo que deben interpretarse según sus respectivas reglas gramaticales. Los ejemplos fonéticos que aparecen en los códices postcortesianos se deben principalmente al influjo del español.

La figura 13 reproduce la página doce del Códice Borbónico, que está dedicado al cómputo y dividido en cuatro secciones que corresponden :

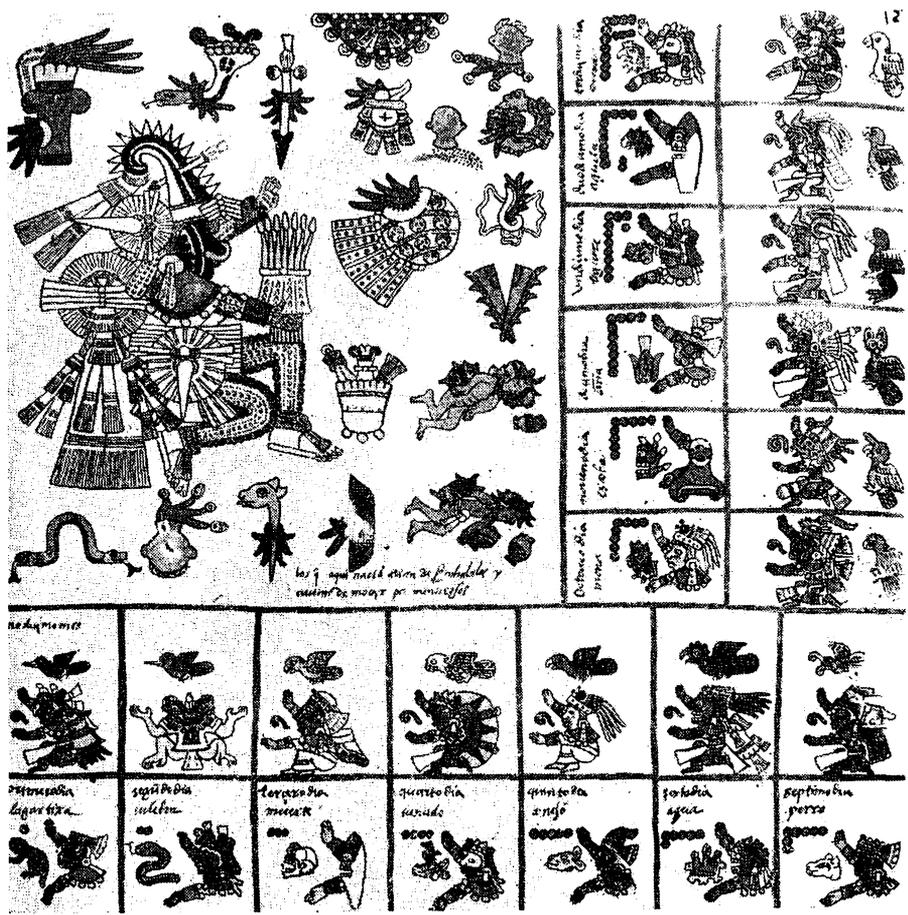


Fig. 13. Códice Borbónico, lámina XII.

1ª a la cuenta de los días, *tonalpoualli*; 2ª a la de los años, *xiuhpoualli*, relacionada con el período adivinatorio; 3ª a la de las veintenas o meses, *cempoallapoualli*, y 4ª a la de los años en relación con las veintenas.

Esta página corresponde al duodécimo trecenario, cuyo signo es *Ce Cuetzpallin* y su numen *Itztlacoluihqui*, dios del hielo, representado por la figura grande que se encuentra en la parte rectangular de la izquierda; va vestido de blanco, lleva una montera curva revestida de puntas agudas como los dientes de una sierra, y escudetes de papel de cuyo centro sale una larga punta, expresando simbólicamente que el hielo corta, lacera y mata. Los indios decían que reinaba ciento veinte días o seis veintenas, entrando en el mes *Ochpaniztli*, por lo que lleva en la mano un manojo de escobas que representan dicho mes. Arriba está el símbolo de la noche para indicar que los ritos eran nocturnos; este numen castigaba a los adúlteros. Los veintiséis rectángulos pequeños que forman la escuadra llevan figuras chicas con series de trece casillas cada una; en las de arriba van los trece númenes que presiden los días del trecenario y los trece volátiles que lo acompañan, y en las de abajo, los signos de los días combinados con trece numerales para formar el ciclo adivinatorio, acompañados de los nueve señores de la noche. El Códice Borbónico se encuentra en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París, antiguo *Palais Bourbon*.



Fig. 14. El Padre Nuestro en jeroglífico.

La figura 14 es una pintura postcortesiana que interpreta el Padre nuestro.

Los mayas dejaron, junto con sus grandiosas construcciones, un notable sistema jeroglífico, cuya descifración, aunque todavía muy incompleta, ha permitido conocer algunas de sus fechas y acontecimientos principales. Poco quedó de sus códices, pero se

han encontrado muchas inscripciones pétreas que son más completas y más elaboradas. De su interpretación se ha deducido que existen glifos fonéticos que representan cada uno un sonido, especialmente sílabas, glifos ideográficos que representan una idea o pensamiento completo, glifos combinados fonético-ideográficos y glifos pictográficos. Los signos descifrados hasta hoy, son: los calendáricos, los numéricos, los cronológicos y los astronómicos; pero ningún nombre perso-

nal ni geográfico se ha identificado. A pesar de los cientos de glifos encontrados en las inscripciones de Copán, Palenque y otras ciudades, no se sabe realmente como los llamaban sus habitantes, ni aun se conocen sus símbolos.

El segundo obispo de Yucatán, Don Diego de Landa, que se cree fué responsable de la destrucción de los manuscritos mayas, dejó en su obra "Relación de las cosas de Yucatán" la fuente principal para el conocimiento de la historia y civilización de este pueblo. Dice que su escritura se componía de letras, caracteres, figuras y signos, y da los nombres y representación del alfabeto maya, pero hasta la fecha no se ha logrado descifrar con él ningún manuscrito.

Es digno de notarse que los mayas usaron el cero, en su numeración vigesimal, antes que otro pueblo del mundo. Los glifos usados en su cronología, eran: *kin*, día; *uinal*, con valor de 20 kines; *tun*, 18 uinales o 360 días; *katún*, 20 tunes o 7,200 días; *baktún*, 20 katunes o 144,000 días, y *pictún*, 20 baktunes o 2.880,000 días.

La figura 15 reproduce el lado izquierdo del famoso tablero de piedra llamado Cruz de Palenque; en el centro tiene una hermosa cruz enramada sobre un altar de sacrificios; a la derecha hay una figura humana más grande que la que aparece en la ilustración y atrás de ella, como las que pueden verse en el lado izquierdo, tres filas verticales de glifos en diez y siete líneas horizontales; otros grupos de glifos horizontales y verticales están esparcidos en el tablero. La inscripción consta de una serie de ciclos que cubren un intervalo de cerca de cuatrocientos años, hecha quizá con el objeto de fijar las fechas de recurrencia de algunos días festivos de su calendario. Se lee comenzando por el lado izquierdo hacia abajo, por pares de signos que comienzan por un signo más grande, llamado glifo introductor, que lleva elementos constantes y esenciales que lo caracterizan, y elementos variables en relación con los *uinales* incluídos en la fecha de que se trata. El primer par tiene glifo numérico de cabeza, que también llevan los siguientes, se lee: 12 *baktunes*, el tercero 19 *katunes*, el cuarto 13 *tunes*, el quinto 4 *uinales* y el sexto 0 *kines*, resultando una anotación de 12.19.13.4.0 que, multiplicada por sus equivalentes en días, da un total de 1.869,560 días, haciendo la reducción de acuerdo con la fecha Era, o sea en la que los mayas empezaban a contar su cronología, nos dan la fórmula Rueda de Calendario, representada en las columnas séptima y octava, que expresan, en concreto, el día con la posición a que tales elementos conducen, en nuestro caso, 8 Ahau, del mes 18 Tzec.

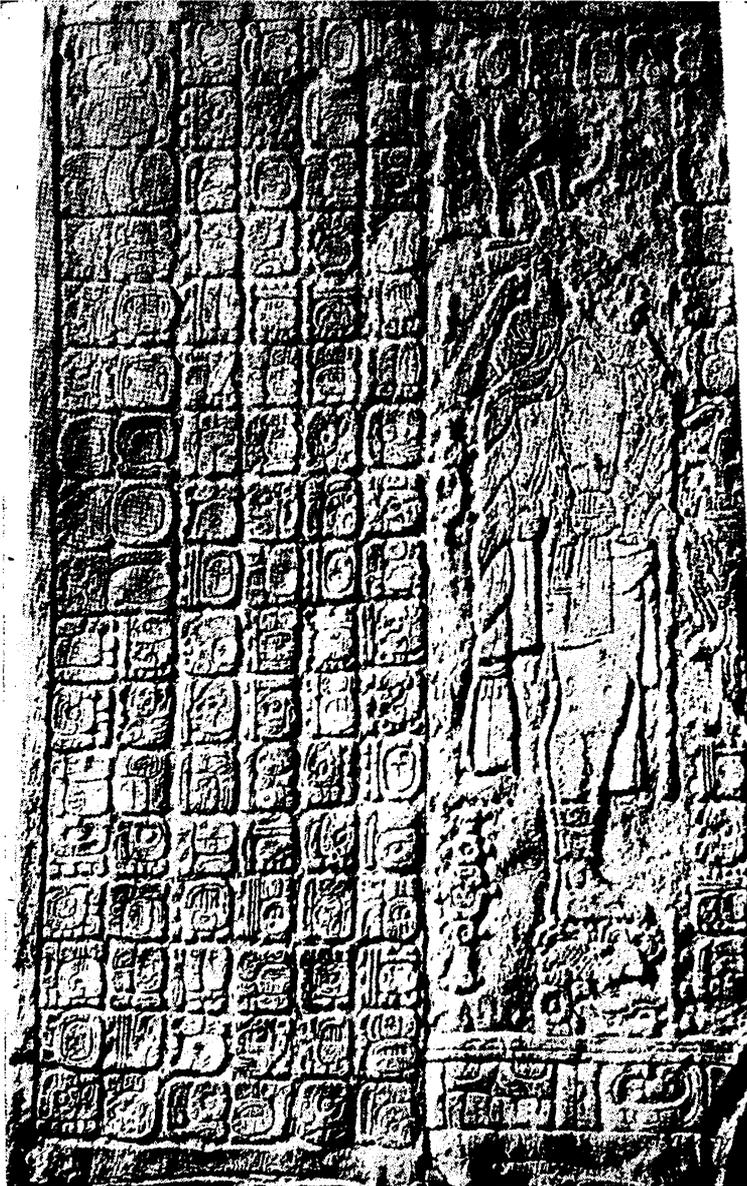


Fig. 15. Parte del tablero de la Cruz de Palenque.

Los códices o manuscritos iluminados constan de dibujos pictográficos y jeroglíficos que van situados generalmente arriba de ellos y a su izquierda; están pintados con figuras dibujadas en contorno y llenas de colores convencionales. Fueron escritos por ambos lados en largas tiras de papel de amate dobladas en forma de biombo; los más antiguos se pintaron sobre piel de venado, y aun sobre la corteza de algunos árboles. Los mayas escribieron muchos libros concernientes a su historia civil y religiosa, a sus ritos, magia y medicina. Los que han llegado a nosotros tratan principalmente de su calendario y de ceremonias religiosas. La figura 16 representa una parte de la lámina XXIX del Códice Troano, en el que se encuentran mezclados los signos de los puntos cardinales con los de algunos días y con cabezas de dioses y animales. Los dibujos de los dioses se refieren a asuntos agrícolas: el primero de la línea superior toca la cabeza de un pájaro que come el signo *kan*, alimento o semilla, antes que germine, como impidiendo que brote; el segundo evita que un mamífero se coma la planta del maíz que ya ha germinado, y el tercero abre un nuevo surco junto a la planta del maíz, depositando otras semillas. En la segunda línea se hallan, junto al primero y segundo dios y en la planta de maguey que está en tercer lugar, los animales dañinos a las siembras: un cuervo, un zorro y una culebra, respectivamente; el cuarto tiene en la mano un *kan*, alimento. La primera figura de la última línea sostiene también un *kan*, en tanto que las tres últimas tienen un *ik* que representa fuego, aire, respiración y vida.

La pictografía, como se ha dicho, reprodujo de una manera más o menos fiel, de acuerdo con el talento de los primitivos escribas, objetos naturales y artículos de manufactura humana que sólo llevaban a la mente la impresión de la cosa en concreto, teniendo que adivinarse lo que con ellos se quería significar.

Con la ideografía se adoptaron, para interpretar las ideas, figuras convencionales y simplificadas, seleccionándolas entre muchas otras a las que se había intentado dar el mismo significado. La función de la ideografía era solamente presentar el objeto a la imaginación de una manera concreta, no fonéticamente, pero el nombre de éste, identificándose gradualmente con la pintura que lo representaba, vino a ser definitivo, especialmente desde que en el proceso de selección del rico álbum de signos pictográficos que se habían acumulado con el tiempo, se prefirió el más claro y conciso. Las ideas abstractas, cualidades o metáforas sugeridas por figuras, se redujeron después a las partes más sig-

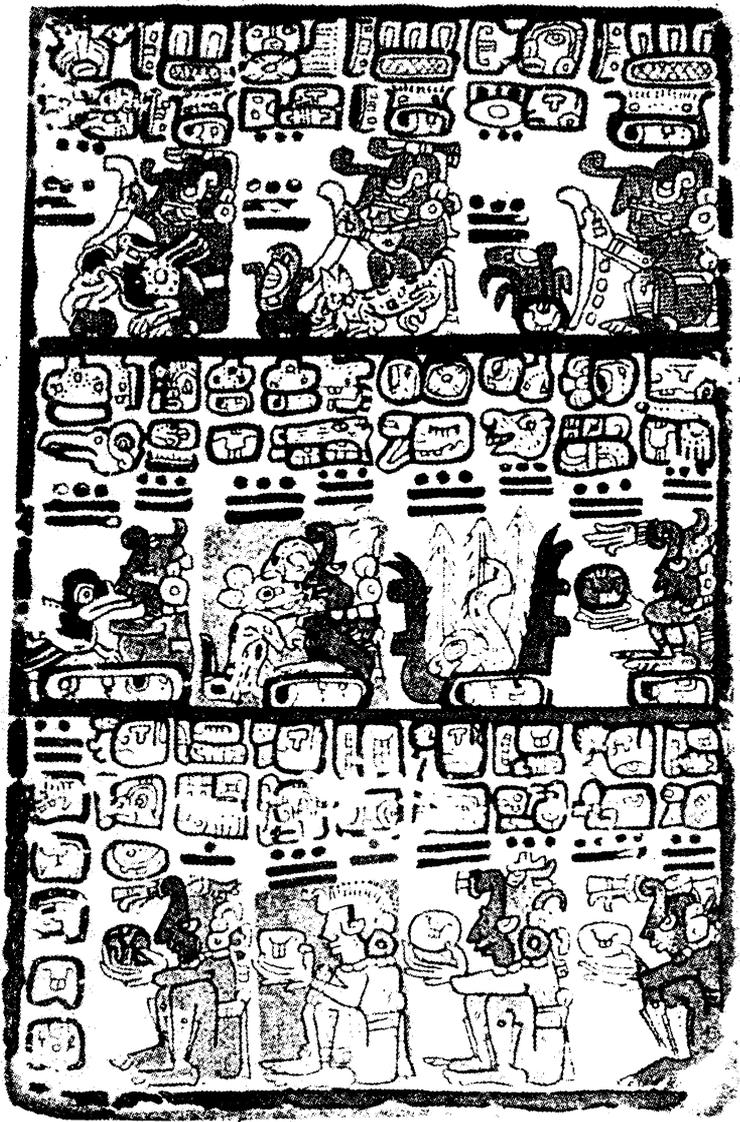


Fig. 16. Lámina XXIX del Códice Troano.

uificativas de éstas o a sus combinaciones, como la mano para indicar “poder” o “autoridad”, el brazo “fuerza”, la pierna o el pie “ligereza”, el ojo “vista”, la oreja “oír”, la boca “palabra”, el Sol y la Luna “luz”, el arco del firmamento y una estrella “noche”, y otros muchos que son comunes en las representaciones ideográficas de varios pueblos.

El próximo y más importante paso en la evolución de la escritura fué la substitución de los ideogramas pictográficos, que presentaban los objetos y sus atributos y cualidades en forma visual, por caracteres que indicaban solamente los valores fonéticos de sus nombres; entonces, el signo pictográfico que sugería una cosa se reemplazó por el que sugería el nombre de la cosa. Esas pinturas o símbolos fueron usados después no solamente para representar los nombres monosílabos de los objetos, sino los mismos sonidos o sus sonidos iniciales si eran polisílabos, en cualquiera palabra que se encontraran como homófonos o sílabas, naciendo así la escritura silábica.

Es evidente que cuando los idiomas se enriquecen con inflexiones, conjugaciones y todas las varias partes de la oración que los constituyen, hay multitud de palabras para tiempos, modos, casos y otras formas gramaticales que no pueden pintarse de ninguna manera y que necesitan elementos que proporcionen los caracteres necesarios para su número siempre creciente y su complejidad. Muchas de estas palabras son polisílabas y esto hizo más difícil la tarea de encontrar caracteres propios para representarlas, mas se logró en el curso del tiempo por la final simplificación del sistema, seleccionando los símbolos y reduciéndolos a sus más sencillos términos, para que representaran los sonidos fundamentales del lenguaje, con los que fué posible hacer combinaciones fonéticas que culminaron con la escritura alfabética. En este período final de la progresiva transformación del arte de la escritura, la selección de los caracteres alfabéticos necesarios para representar los comparativamente pocos sonidos elementales del lenguaje, fué hecha, naturalmente, considerando los muchos signos y símbolos ya usados en los antiguos silabarios. Es probable que se hayan elegido los signos silábicos más comunes usados en las palabras monosílabas, o los que por sus sonidos iniciales eran similares al sonido alfabético para el que se buscaban los caracteres adecuados. Este proceso se efectuó de acuerdo con el principio de acrología, o sea dando a cada signó ideográfico el valor correspondiente a la primera letra de la palabra que representa, método que se cree fué seguido en la evolución y transformación de los caracteres silábicos en alfabéticos.

No todos los sistemas de escritura tuvieron este origen, muy pocos pueblos gozaron de un período de crecimiento continuo y sin perturbaciones para que su escritura pudiera pasar por todas las etapas citadas; muchos tomaron o adaptaron voluntaria o involuntariamente la de los otros, modificando el proceso de sus propios sistemas, lo que determinó, en algunos casos, un aceleramiento y no un retardo del progreso, ya que el sistema adquirido era, las más veces, el vehículo de expresión de un pueblo más adelantado.

No se intenta aquí, como ya se dijo, hacer la historia general de la escritura, ni la de todos los alfabetos; hay solamente el propósito de dar una idea de cuáles fueron los antecedentes del nuestro; las varias épocas que lo precedieron fueron largos períodos de gestación, y su forma definitiva se debió a la acumulación de incontables experimentos que culminaron con la más grande realización del intelecto humano. La fuente principal de investigación se encontró en el mundo oriental, en ese mundo de los majestuosos ríos, soberbias montañas y áridos desiertos; en ese mundo gobernado por reyes que el pueblo divinizaba y en cuyo honor se levantaron gigantescos palacios y tumbas que, altivas, querían alcanzar el cielo, y cuyas hazañas se grabaron en piedras arrancadas a las rocas y sobre las pétreas montañas, testigos de sus luchas y conquistas. Egipcios, asirios, babilonios, persas y muchas ramas semíticas contemporáneas, durante varios milenios de esplendor y decadencia, triunfos y derrotas, dominación y esclavitud, fueron los forjadores del medio más precioso para la difusión de la cultura, que conducido por los fenicios a través del Mediterráneo, el más bello de los mares, lazo común de tres continentes y teatro del florecimiento de la civilización, influiría en todos los pueblos y en todas las épocas. Sobre las ondas azules de ese viejo mar llegó el mensaje de luz a Chipre, a Creta, a las islas del Egeo y a varias ciudades del litoral helénico, en donde se dividió tomando variadísimos matices, según las distintas interpretaciones que en cada lugar se le dió, para llegar, en el flujo y reflujo de sus aguas, a fundirse de nuevo en el inmenso crisol griego, donde se cuajaría en las bellas y complicadas unciales alfa y beta, de las que, estilizándose y simplificándose, nacerían las sobrias letras de nuestro alfabeto.

CAPITULO II

LOS JEROGLIFICOS EGIPCIOS

Cuando el califa Omar, en el año 642 de nuestra era, pidió a Amrú una descripción del Egipto, la tierra por él conquistada, obtuvo como respuesta estas sencillas y hermosas palabras:

“¡Oh príncipe de los creyentes! figúrate un desierto árido y una campiña magnífica enmedio de dos montañas, éste es Egipto. Todas sus producciones y todas sus riquezas, desde Asuán hasta Menchá, provienen de un río bendito que en el centro del país corre majestuoso y solemne. El crecimiento y retirada de sus aguas se rige por el curso del Sol y de la Luna; hay una época del año en la que todas las fuentes del Universo vienen a pagar a este rey de los ríos el tributo que como vasallos la Providencia les impuso. Cuando las aguas aumentan, salen de su lecho y cubren toda la faz del Egipto para depositar en él su limo productivo. Llegado el momento en que su caudal no es necesario para la fertilidad del suelo, el río se retira de su lecho dejando al retirarse el limo que tomó del centro de la Tierra. Por eso ¡oh príncipe de los creyentes! Egipto ofrece alternativamente la imagen de un desierto arenoso, de una llanura líquida y plateada, de un pantano negro y limoso, de una ondulante y verde pradera, de un jardín ornado de flores y de un campo cubierto de doradas espigas. ¡Bendito sea el Creador de tantas maravillas!”.

Situado Egipto en el centro del mundo antiguo, entre dos continentes vecinos, Asia y Africa, y unido con Europa por el Mediterráneo, fué durante los primeros tiempos históricos la cuna de una civilización que ejerció decisivo influjo sobre muchos otros núcleos de cultura. En el crisol del valle del Nilo se fundieron diversas razas:

la africana, la semítico-libia y la mediterránea, y de allí nació un pueblo homogéneo, disciplinado y laborioso que, a la vera del gran río y vinculado estrechamente con el suelo y su explotación, hizo progresar rápidamente la agricultura, la industria y las artes. Mas los egipcios no son solamente deudores al Nilo, también lo son al Sol, al astro bienhechor que baña intensamente ese país ardiente y fértil, y que dió a sus primitivos habitantes no sólo bienestar físico, sino la inspiración de un poder superior que gobierna la vida material y moral con regularidad, orden y justicia. Ra, el Sol, creador de los dioses mismos e iniciador de todos los órdenes divinos y humanos, y Osiris, dios del agua fecundante y de la vegetación, fueron, en consecuencia, los dioses supremos de su mitología.

Intensamente religiosos, unieron a su creencia, su vida social y sus instituciones políticas, creando una moral y una conciencia colectivas que vivían y alentaban al brillo de la fe. El pueblo pertenecía por entero a sus gobernantes y sólo por medio de éstos podía entrar en relaciones con la divinidad, de modo que la religión y el poder estaban íntimamente unidos y se prestaban recíproco apoyo. De esto y de su concepción de la muerte y la eternidad, nació principalmente su arte; sus pirámides fueron, como dice Moret, “un acto de fe”, y sus tumbas y sus templos, “habitaciones para la eternidad, grandes como ciudades”. Allí las artes contribuyeron con la intención simbólica, dando la expresión suprema del genio egipcio, enamorado de la grandeza y de la suntuosidad, y profundamente místico.

La antigua lengua egipcia participaba de la de los africanos del norte y del sur, y de la semítica; mas su origen es desconocido, aunque tenga evidentes analogías de formas y de palabras con otros idiomas de Asia y Africa. Se usó durante todo el tiempo del Imperio Egipcio a pesar de las invasiones persas, griegas y romanas, no citando las etiópicas, porque las inscripciones de los monumentos indican que el idioma fué común en ambas comarcas. La lengua era monosilábica en sus voces primitivas, de estas voces primitivas o raíces se formaron las derivadas o compuestas que modificaban bajo diversos aspectos la idea que el signo representativo expresaba originalmente. Los derivados nacían de la raíz por medio de reglas fijas y uniformes, cada una de las cuales modificaba de modo diferente la idea representada por la raíz, y cada raíz sufría mayor o menor número de modificaciones según se prestaba para ello la idea encerrada en el signo representativo.

Las voces derivadas de la raíz principal, a las que podía llamarse

raíces secundarias, eran primitivas con respecto a otras que nacían de ellas bajo los mismos principios. La unión de dos o más raíces primitivas o secundarias y sus derivados, combinándose entre sí, formaban las voces compuestas. El sentido de una voz-raíz monosílaba, modificada en su significado tanto como lo permitía la idea que representaba, podía sufrir hasta cuarenta y dos transformaciones, expresando otras tantas modificaciones regulares de esta idea-raíz.

El significado de cada monosílabo o voz primitiva cambiaba por la adición de otros monosílabos que eran signos constantes de los géneros, números, personas, modos y tiempos, y estas adiciones que lo hacían pasar alternativamente a ser nombre, adjetivo, participio o verbo se colocaban siempre aumentando. La lengua era completamente gramatical y empleaba todos los agentes de esa naturaleza. La construcción o sintaxis se regía por un orden lógico, mediante preposiciones que establecían las relaciones de las voces entre sí.

La escritura egipcia, que se encuentra ya definitivamente constituida en los primeros monumentos de la época tinita, unos tres mil quinientos años antes de Jesucristo, se conservó hasta la ocupación de Egipto por los Césares. A fines del siglo cuarto de nuestra era, los cristianos obtuvieron el cierre de los templos y de las escuelas de los sacerdotes que cultivaban el estudio de "la escritura sagrada"; desde entonces los monumentos y papiros se hicieron ininteligibles, siendo imposible su interpretación. El copto y el griego substituyeron a la antigua lengua, y los caracteres griegos a los jeroglíficos.

Entre todos los sistemas de escritura que se han inventado para registrar los hechos o transmitir el pensamiento, la de este gran pueblo tiene un lugar preeminente que la consagra como el método jeroglífico por excelencia. El ha dado su clásico nombre a los sistemas similares, quedando muy sobre todos, no sólo por sus asociaciones históricas y románticas, sino por la artística perfección, variedad y sabia ingenuidad de sus maravillosos y fascinadores símbolos. Ninguna escritura ha igualado su exquisito carácter pintoresco, su extremado interés humano, ni su hermoso efecto decorativo, ya esté esculpida en piedra, pintada sobre las tumbas, o escrita en papiro. Aparte de su contenido literario, la distribución de los caracteres jeroglíficos en las fachadas de los templos, frisos, columnas y anchos muros daba a la severa y monumental dignidad de esas construcciones arquitectónicas un magnífico efecto ornamental, avivándolos con sus figuras pintorescas y variedad de detalles.

Como se ha dicho, la época exacta en que se desarrollaron los jeroglíficos egipcios está completamente perdida en las profundidades de la historia; Herodoto los conoció en el siglo sexto antes de Jesucristo y dice que un intérprete egipcio le hizo algunas traducciones; los llama por su nombre egipcio: *mdw-ntr*, "lenguaje de los dioses", que tradujo al griego: *hieroglyphika* "escritos sagrados", de *hierós* "sagrados" y *glyphein* "grabar". Los signos escritos alcanzaron su completo desenvolvimiento o expresión antes de la construcción de las pirámides; el hijo más joven del renombrado sabio francés Champolion, que fué el primer intérprete de los jeroglíficos, se expresa de esta manera: "En vano investigamos en todo Egipto los indicios del nacimiento de la escritura; la mayor parte de los edificios existentes parecen ser, no ensayos, sino renacimiento del arte de una civilización interrumpida por bárbarica invasión anterior al año 2000 antes de Jesucristo. Las inscripciones que decoran estos monumentos nos muestran una escritura jeroglífica tan completa en su forma como la de las inscripciones de los siglos segundo y tercero de nuestra era".

Los grandilocuentes caracteres de los templos que cubrían Egipto, que pueden leerse ahora con tanta facilidad como la escritura de cualquiera nación moderna, fueron libro sellado hasta el principio del siglo pasado, en el que todavía no sólo parecían indescifrables, sino que aun se dudaba que fueran inscripciones. En Roma existieron, desde el tiempo de los Césares, doce obeliscos que fueron llevados de Egipto para adornar los templos, pero la importancia de sus inscripciones jeroglíficas permaneció desconocida por espacio de mil ochocientos años.

No fué sino hasta el descubrimiento de la famosa Piedra Roseta, que se conserva en el Museo Británico, cuando se encontró la clave de incalculable valor para la interpretación de los caracteres egipcios. Fué hallada por M. Boussard, joven oficial francés de la expedición de Napoleón, en agosto de 1799, en el fuerte de Saint-Julien de Rosetta, un paraje cercano al Delta Occidental del Nilo, no lejos de la ciudad de Rashid o Roseta, como la llaman los europeos. Boussard notó que sobre una cara de la piedra había líneas de caracteres extraños que pensó fueran escritura, así como largas líneas de letras griegas; comunicó a su jefe el descubrimiento, el que mandó que la piedra fuera llevada a su casa de Alejandría. Cuando Napoleón se enteró del hallazgo, hizo que se trasladara al Instituto Nacional de El Cairo, por él fundado, y allí fué objeto del profundo interés de los sabios que formaban parte de la expedición. Por orden del emperador, los experi-

mentados litógrafos Marcel y Galland fueron llevados especialmente desde París con el fin de que tomaran copias de la inscripción, lo que realizaron cubriendo la superficie de la piedra con tinta de imprenta, poniendo sobre ella una hoja de papel y pasando encima rodillos de goma hasta lograr una perfecta impresión del contenido. Las copias se enviaron a eruditos de gran reputación de distintas partes de Europa.

En 1801, Egipto cayó en poder de los ingleses, y en virtud de un tratado de capitulación se resolvió que las antigüedades egipcias de importancia fueran llevadas a Inglaterra, y en marzo de 1802 la piedra se depositó en la Sociedad de Anticuarios de Londres, pasando a fines del año al Museo Británico.

La Piedra Roseta, fig. 17, es una plancha irregular de basalto negro que mide 105 centímetros de altura, 67 de ancho y 25 de espesor; las esquinas superiores y la inferior derecha están rotas. No es posible precisar el tamaño que tenía, pero juzgando por la proporción que tiene, entre la longitud de las inscripciones que conserva, puede estimarse que cuando estaba completa era unos 30 centímetros más larga que en la actualidad. La inscripción está escrita, a la vez, con jeroglíficos egipcios, con caracteres demóticos y con unciales griegas; el texto jeroglífico consta de catorce líneas que corresponden a las últimas veintiocho del texto griego; el demótico tiene treinta y dos y cincuenta y cuatro el griego.

La primera traducción del texto griego fué hecha por el Rvdo. Stephen Winston, en abril de 1802, a ésta siguieron otras. Los primeros estudios del demótico los hicieron Silvestre de Sacy y J. D. Akerblad en el mismo año; el último logró encontrar el significado general de ciertos párrafos e identificarlos con los equivalentes de algunos nombres propios. En 1818, el Dr. Thomas Young publicó los resultados de sus estudios de los textos de la piedra; entre ellos había una lista de algunos caracteres alfabéticos egipcios; él fué el primero que encontró un principio fonético en los jeroglíficos, aplicándolo a su interpretación. J. de Guignes, J. J. Barthélemy y G. Zoëga conjeturaron la existencia de jeroglíficos alfabéticos y creyeron que los anillos oblongos o cartuchos contenían nombres reales.

Al fin, Jean François Champolion (1790-1832) fué el inmortal descubridor de un sistema correcto para descifrar los jeroglíficos. Dedicado desde muy joven al estudio de las lenguas orientales y profundo conocedor del copto, se valió de él para deducir los valores fonéticos de muchos signos silábicos y leer correctamente los caracteres pictográficos; revisó los sistemas usados por otros investigadores, estudió

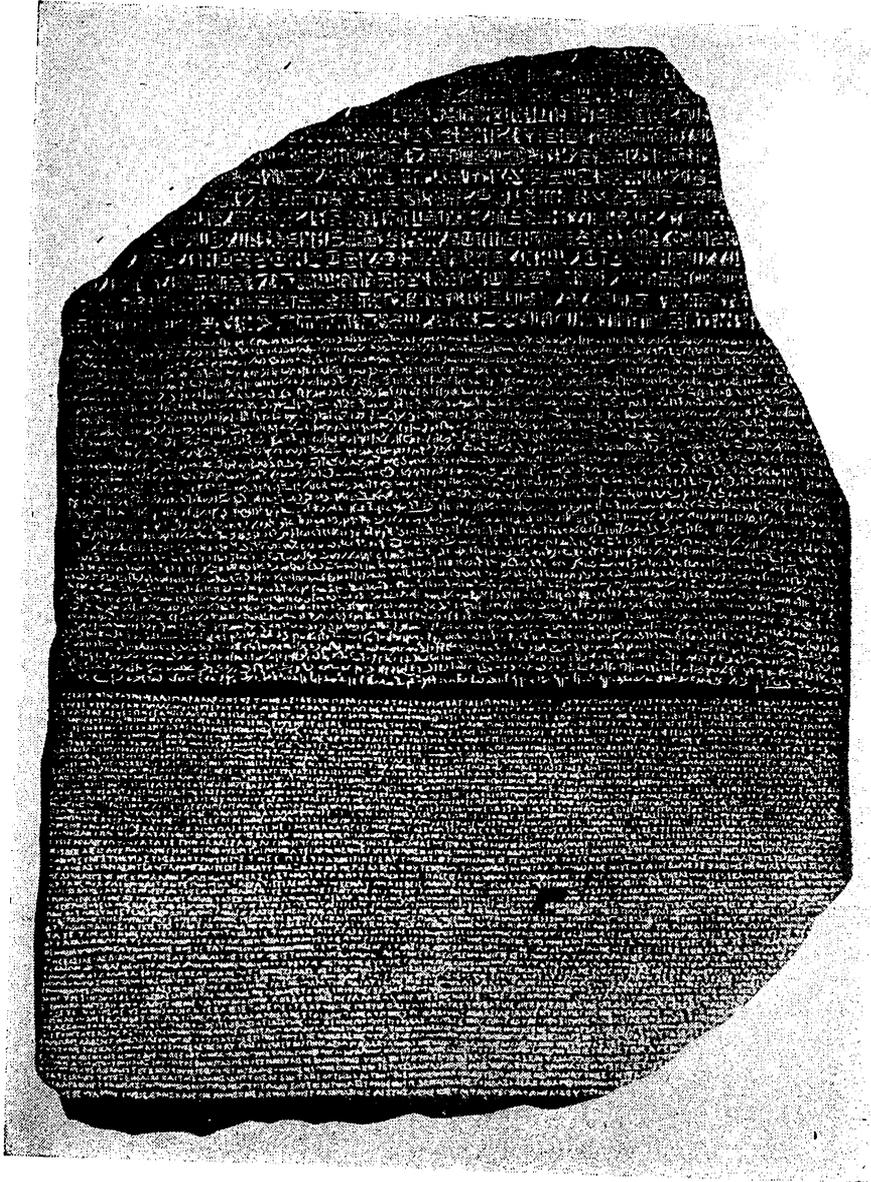


Fig. 17. La Piedra Roseta.

los papiros existentes en los museos y pasó a Egipto donde encontró gran cantidad de material. Hizo una lista clasificada de los jeroglíficos y formuló un sistema gramatical y de interpretación que es el fundamento sobre el que todos los egiptólogos posteriores han trabajado. Aunque la Piedra Roseta fué la base para efectuar su trabajo, se valió también de un pequeño obelisco encontrado en la isla de Filae, frente al templo de Isis, que tiene una línea vertical de jeroglíficos en medio de cada uno de sus lados, los que en su mayoría son cartuchos similares a los de la Piedra Roseta, y en la parte de abajo lleva inscripciones en griego que contienen una petición de los sacerdotes del templo de Isis a Ptolomeo Evergetes II, a Cleopatra su hermana y a Cleopatra su esposa, y la respuesta del rey. Champolion observó que los caracteres de los cartuchos de ambas inscripciones tenían algunos signos idénticos, los comparó con los nombres en griego de Ptolomeo y Cleopatra que también tienen algunas letras iguales, y después de laboriosas combinaciones descubrió el significado de la inscripción, que, como casi todos los escritos egipcios, se lee de derecha a izquierda.

El nombre de Ptolomeo (Ptolmais) está escrito de la misma manera en los cartuchos, fig. 18, de las dos inscripciones: el “cuadrado” (una persiana o puerta) representa la letra *P*, el “semicírculo” (una gorra o un pulidor de piedra) *T*, la “cuerda anudada” *O*, el “león” *L*, las “tenazas” *M*, las “dos cañas” *AI*, el “gancho” u “horquilla” *S*. El nombre de Cleopatra (Kleopatra) está escrito como sigue: el “cuadrante” *K*, el “león” *L*, la “caña” *E*, la “cuerda anudada” *O*, la “persiana” *P*, el “águila” *A*, la “mano” *T*, la “boca” *R*, y el “águila” *A*. El “huevo” indica género femenino y el “semicírculo” divinidad.

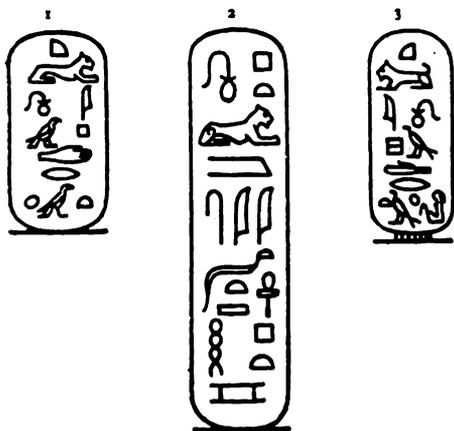


Fig. 18. Cartuchos de Ptolomeo y Cleopatra.

La inscripción de la Piedra Roseta es una copia del decreto dado por el Concilio General de Sacerdotes Egipcios que se reunió en Menfis para celebrar el primer aniversario de la coronación de Ptolomeo V, Epifanes (204-180 antes de Jesucristo) rey de todo el Egipto, coronado

el noveno año de su reinado, en 196 antes de Jesucristo. El decreto fué escrito en demótico del que se tomaron las versiones jeroglífica y griega, está fechado el cuarto día del mes griego *Xandikos* (abril) que corresponde al día diez y ocho del mes egipcio *Meshir*, y las primeras líneas contienen una lista de los títulos del rey y una serie de epítetos que proclaman su piedad hacia los dioses y su amor a sus súbditos y a su patria; después se enumeran los hechos benéficos del monarca: la concentración de ingresos de plata y maíz en los templos, la abolición de ciertos impuestos y reducción de otros, la libertad de prisioneros y el perdón de los rebeldes exiliados, la renovación del culto en los templos y la restauración de sus edificios. En él se consigna que como prueba de gratitud al rey por esos generosos actos el Concilio General de Sacerdotes decidió: “aumentar el ceremonial de los ritos celebrados en los templos en honor de Ptolomeo el inmortal”; mandó erigir estatuas de “Ptolomeo, el salvador de Egipto”, para que los sacerdotes y el pueblo las adorasen; hacer figuras del rey, en oro, y colocarlas en urnas también de oro, para llevarlas en las procesiones, y poner sobre las urnas diez dobles coronas de oro para distinguirlas de las de los otros reyes; celebrar con gran pompa el aniversario del natalicio del rey y el de su coronación y dedicar los cinco primeros días del mes *Thot* a festivales en su honor. Finalmente, ordenó que copias del decreto grabadas sobre basalto con caracteres jeroglíficos, demóticos y griegos se colocaran en todos los templos junto a la estatua de “Ptolomeo, el eterno”.

No sólo los pétreos monumentos de Egipto, con la orgullosa glorificación de sus reyes y el relato de sus enormes proezas sobre sus enemigos, han mostrado la hermosa escritura de aquellos talentosos artífices, sino también las tumbas con sus brillantes frescos sobre paredes y techos que relatan la vida diaria y las aspiraciones morales de los reyes, sacerdotes, militares y civiles allí enterrados, han proporcionado los más valiosos e íntimos recuerdos del pasado de ese maravilloso pueblo. En las tumbas asimismo fueron conservados a pesar de los años y las vicisitudes políticas, los valiosos papiros que se encuentran en algunos museos. La mayor parte son transcripciones del antiquísimo “Libro de los Muertos”; literatura sagrada que personifica sus ideas acerca de una vida futura y sus pensamientos de esperanza y consolación más allá de la tumba; contienen himnos, plegarias y fórmulas mágicas contra todos los enemigos y malos espíritus, que se

recitaban por el muerto para ayudarlo en su viaje a Amenti, el Averno, que conduce a los “Campos de los bienaventurados”. Se caracterizan por sus altos e inspirados ideales y aspiraciones religiosas, sus capítulos se encuentran llenos de pensamientos nobles, ideas humanitarias y verdadero espíritu de devoción, y están escritos sobre finas hojas formadas con la planta que les da su nombre, que se pegaban formando tiras y se enrollaban y ataban con una cuerda. Eran de diferentes tamaños, alcanzando algunos considerables dimensiones, como el Papiro de Ani, que tiene veintidós metros de largo; el de Nebseni de Tebas, veintiuno, y el de Nu, diez y ocho.



Fig. 19. Parte del Papiro Hu-nefer. El Libro de los Muertos.

Uno de los más perfectos es el de Hu-nefer, fig. 19, que fué encontrado en Tebas; tiene cinco metros de largo y es de una soberbia ejecución artística; está dibujado a colores con las rúbricas y palabras principales en rojo y lleva muchas ilustraciones. Hu-nefer era el mayoral de palacio, inspector del ganado y escriba de su augusta majestad Seti I, por el año de 1370 antes de Jesucristo. El escrito es una de las muchas versiones del “Libro de los Muertos”, comienza en la esquina superior izquierda con un himno a Ra y a Osiris; las nueve columnas verticales

que están sobre la hermosa viñeta de Hu-nefer y su esposa, se leen hacia abajo y a la derecha, continuando las columnas largas también hacia abajo, pero de izquierda a derecha, y tiene numerosas pinturas y viñetas.

Los jeroglíficos egipcios son en su mayor parte pictogramas que reproducen imágenes, partes del cuerpo humano, animales, implementos y figuras geométricas convencionales, usados como signos alfabéticos, silábicos, ideográficos y simbólicos, juntos frecuentemente en una sola palabra. Esto no era siempre necesario, ya que después de la invención de los signos alfabéticos ellos eran suficientes para formarlas; pero ese pueblo era muy conservador y amaba la belleza y variedad de sus caracteres escritos, por lo que, a pesar de contar con un extenso alfabeto que representaba todos los sonidos elementales de su vocabulario y muchos duplicados de la misma letra que variaban su significado, usaba también los antiguos caracteres silábicos y los primitivos pictogramas. Es de notarse que las figuras ideográficas e interpretativas que se encuentran tan frecuentemente en la escritura más reciente son completamente raras en la antigua, probablemente debido a la multiplicación de los homófonos en el lenguaje, por lo que se hizo necesario usar esos ideogramas como signos determinativos. A veces las palabras están escritas fonéticamente y van seguidas de una figura interpretativa, y otras, la misma palabra está representada ideográficamente por una figura, o simbólicamente como una metáfora. Las vocales son suprimidas en muchas ocasiones, lo mismo que en otras lenguas orientales; la mayor parte de los fonogramas consonantes eran sencillos, aunque había cerca de setenta y cinco biconsonantes, de los cuales se usaban comúnmente cincuenta. Se empleaban diferentes signos jeroglíficos para el mismo sonido alfabético, escogiéndolos de acuerdo con el significado, deducción, y en muchos casos delicadeza del contenido; hay veinte signos diferentes para representar la letra *A*, treinta para la *H*, y casi todas las letras del alfabeto tienen un duplicado.

La figura 20 presenta los caracteres alfabéticos egipcios con sus valores fonéticos; no están arreglados históricamente, ya que contiene signos empleados en el período primitivo, junto con algunos desarrollados en los últimos tiempos. El alfabeto usado en el antiguo reino consta de veintitrés caracteres, en su mayor parte consonantes; las vocales están al principio de la lista, pero casi todas tienen un sonido muy vago, la primera, el “águila” no era *a* absoluta, sino sólo una aspiración; lo mismo pasaba con *ã* “brazo”. El “pollo” representaba un sonido algo pa-

	AGUILA. 'a		LABERINTO A (SUAVE)
	CAÑA. á		CUERDA TORCIDA. ð
	BRAZO. ā		CRIBA. Kĥ
	DOBLE CAÑA. ai		PALA. cĥ
	POLLO. e		RESPALDO. s
	CUERDA. x		GANCHO.
	PIERNA. b		TANQUE. sh .
	PERSIANA. p		TAZA. k
	CARACOL DE TIERRA. f		CUADRANTE. q, k
	BUZO. m		ALTAR. ð
	TENAZAS.		PULIDOR. i
	ZIGZAG. n		MANO. d, t
	BOCA. r		CUERDA CURVADA. th
	LEÓN. l		PULIBRA. z

Fig. 20. Signos alfabéticos egipcios.

recido a la *u*, las dos “cañas” y las líneas paralelas alternativas sonaban *ai*, los caracteres alternativos para *u* y *m*, “león” *l*, y los signos alternativos para *s* no están incluidos en el antiguo alfabeto aunque fueron empleados durante muchos siglos. El jeroglífico de “boca” se usó originalmente para las consonantes *l* y *r*, indicando sólo por el contenido a cuál de ellas se refería. La selección de “león” para representar la consonante *l*, fué hecha bajo el principio de acrología, como se ha dicho, dando al signo pictográfico el valor fonético correspondiente a la primera sílaba de la palabra que representa; el nombre nativo de “león”, *labo*, comienza con *l*, y se escogió ésta entre otras palabras que empiezan con dicha letra tomando en cuenta quizá que era muy propio para usarlo como símbolo o por la impresión que ejerce sobre la imaginación popular.

Champolion clasificó los caracteres jeroglíficos como sigue: cuerpos celestes; la figura humana y sus partes; animales: cuadrúpedos domésticos y silvestres, pájaros, reptiles, peces e insectos; vegetales: plantas, árboles, frutos y flores; edificios y construcciones; muebles, objetos de arte, utensilios e instrumentos; vestidos, tocados, calzado, armas, cetros, enseñas y ornamentos, vasos de todas formas y dimensiones, figuras geométricas e imágenes grotescas.

En los signos alfabéticos citados se encuentran mezclados caracteres que representan cosas muy diferentes, eran los más comúnmente usados y constituyen lo que se ha llamado el alfabeto egipcio, pero este

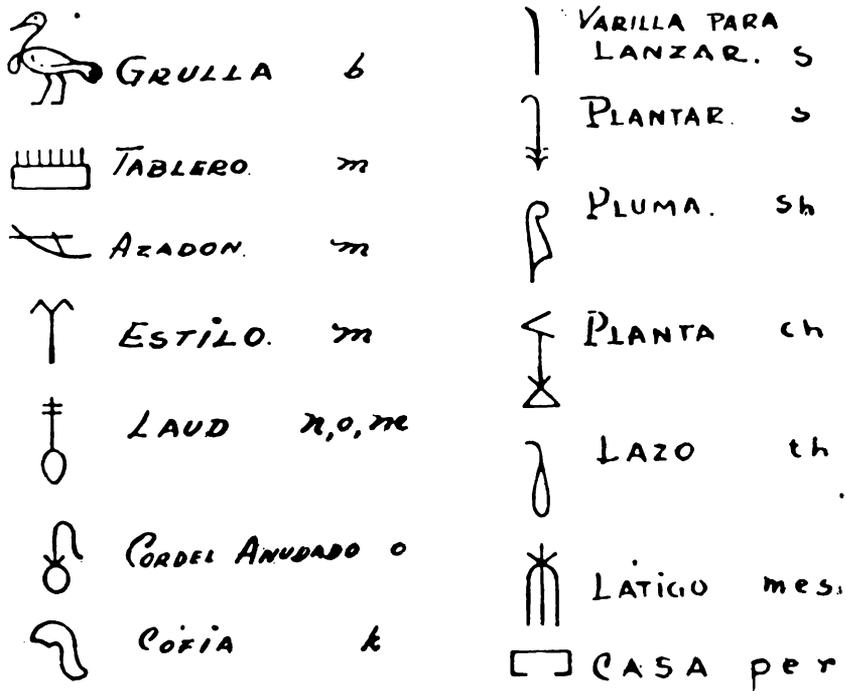


Fig. 21. Signos alfabéticos egipcios suplementarios.

pueblo usaba una paleta mucho más extensa en sus pinturas y tenía, como se ha dicho, varios signos alfabéticos duplicados y un gran número de silábicos. En la figura 21 se dan algunos signos alfabéticos adicionales y otros silábicos que se emplearon en las inscripciones durante cientos de años, esta lista prácticamente constituye el llamado alfabeto

secundario y todavía pueden añadirse muchos más símbolos que usaban frecuentemente para mayor variedad, como nosotros usamos diferentes palabras del mismo significado para evitar repetición y redundancia.

Como se ha dicho, no se ha precisado hasta hoy en qué época llegaron los signos alfabéticos a su plenitud de expresión, ya que se encuentran en las más antiguas inscripciones y cambian muy poco en su forma no obstante su largo período de existencia; los jeroglíficos con caracteres alfabéticos se usaron en tiempo de Menes, el primer rey de la primera dinastía, en 4777 antes de Jesucristo. En la gran pirámide de Cheops (cuarta dinastía, 3700 antes de Jesucristo) se encontraron varias inscripciones con caracteres alfabéticos; una de las más antiguas que se conoce, es la estela, hoy mutilada, hecha a la memoria de SHERA, un sacerdote nieto de Seti, quinto rey de la segunda dinastía, que vivió por el año de 4000 antes de Jesucristo y está escrita con caracteres alfabéticos como los usados por los Ptolomeos en el siglo segundo antes de Jesucristo.

Los más eminentes egiptólogos creen que los signos alfabéticos descienden de los primitivos pictogramas, muchos de los cuales se conservaron siempre; los hechos parecen probar que en la evolución de su escritura los egipcios pasaron por tres períodos de transformación: Primero. Signos representativos o imitativos, en esta época arcaica el escriba solamente dibujaba o pintaba representaciones del Sol, la Luna, estrellas, montañas, plantas, animales, armas, utensilios, etc., respondiendo a la necesidad de comunicarse o de registrar los acontecimientos; con el tiempo estos signos llegaron a ser convencionales y fueron la base para los ideogramas determinativos que se usaron después. Segundo. Signos simbólicos, cuando fué necesario expresar acciones, ideas o sentimientos, los escribas acudieron a: 1) Sinécdoque: Usando una parte representativa en vez de toda la figura, como las piernas dibujadas hacia adelante o hacia atrás para indicar "ir" o "venir", o encorvadas para "saltar"; el ojo con unas gotas para indicar "llanto" o "pesar", dos ojos "ver", la oreja "oír", la lengua "hablar", la mano llevando un vaso "ofrenda", el brazo sosteniendo un escudo "combate"; y muchos otros signos similares. 2) Metonimia: Tomando la causa por el efecto o viceversa, empleando el instrumento para representar el efecto producido, como el Sol para indicar el día o el tiempo; la Luna, un mes; varios útiles usados en la escritura, el acto de escribir, y otros más. 3) Metáfora: Representando la idea por una semejanza real o imagi-

naria de las propiedades de algún objeto, como un rollo de papiro para indicar "erudición", un laúd "bondad", un ojo "juicio", un cocodrilo "maldad", una abeja "realeza" e "industria", la cabeza de un león "superioridad". Tercero. Signos fonéticos: En este último período de evolución de la escritura jeroglífica egipcia hubo probablemente dos etapas: el fonetismo silábico y el alfabético, esto es sólo una suposición ya que no hay memoria de prioridad del uno sobre el otro, pues se encuentran juntos signos silábicos y alfabéticos desde los primeros tiempos históricos.

Lo inadecuado de la escritura ideográfica para llenar las necesidades del rápido crecimiento de una nación, motivó el esfuerzo para inventar un medio de comunicación más flexible, que pudiera coordinarse mejor con el habla nativa y fuera un modo fácil y legible de expresión escrita. Sin duda, los egipcios, desde una época muy remota, notaron la conveniencia de seleccionar algunos símbolos que representaran los signos fonéticos elementales de sus palabras habladas en vez de contentarse con diferentes símbolos para cada objeto o idea. Es probable que por un largo período anterior a la final invención de los signos alfabéticos estuvieran en uso un gran número de símbolos silábicos para expresar el valor fonético de las sílabas y de las palabras monosílabas. Estos signos silábicos se seleccionaron, probablemente, de entre los ideogramas de palabras monosílabas o polisílabas más sencillas y comunes y se usaron después en la escritura como los fonogramas de las sílabas iniciales de estas palabras. La diferencia entre ellas era que el símbolo que se empleó primero para indicar el nombre de un objeto o idea, fué usado después como signo para el sonido de la primera sílaba de su nombre, en cualquier lugar de la palabra en que se encontrara, cuando ésta era polisílaba. Como ejemplo se cita el signo *pet*, que era en un principio el ideograma para "cielo" y después se usó como signo para la sílaba *pet*.

Finalmente, debido a un análisis y diferenciación más esmerados de los sonidos silábicos en sus más sencillos elementos fonéticos, se desarrollaron los signos alfabéticos que, en la mayoría de los casos, fueron seleccionados entre símbolos muy conocidos de palabras monosílabas o polisílabas, cuyo sonido inicial correspondía al sonido alfabético buscado. Esto se hizo, como se ha dicho, de acuerdo con el principio de acrofonía o acrología, es decir, simplificando, eliminando y refinando las representaciones fonéticas.

Una considerable cantidad de los fonogramas más comunes, revelan por sus nombres primitivos, la fuente de su origen y comprueban la teoría generalmente aceptada respecto a la manera de seleccionarlos. Observando los caracteres alfabéticos, fig. 20, se pueden notar varios de estos ejemplos. El nombre nativo para “águila” es *ahom*, para “caña” *ake*, para el “brazo” *āa*, para “persiana” *pu*, para “caracol de tierra” *fent*, para “buzo” *moulak*, para “agua” *nu*, para “boca” *ro*, para “león” *labo*, para la “greca” o “laberinto”, que significa “entrar”, *hā*, para la “cuerda torcida” *hake*, para el “tanque” *she*, para la “mano” *tot*, para las “tenazas” *thethet*, y para la “culebra” *szt*. En la figura 21 se encuentra que el nombre original de “grulla” es *bak*, de “laúd” *nefer*, de “cofia” *klaft*, de la “varilla para lanzar” *hu*, y de la “pluma” *shu*. Algunos egiptólogos no están de acuerdo con todos estos nombres, sin embargo, son los más aceptados.

Cuando los signos alfabéticos fueron seleccionados, los escribas tuvieron que afrontar una nueva dificultad que resolvieron de una manera original y pintoresca. El lenguaje abundaba en homófonos, algunos sonidos tenían de veinte a cuarenta diferentes significados; para indicar el de cada palabra, después de escribirla fonéticamente, añadían un ideograma pictográfico interpretativo de la cosa que querían representar para su mejor explicación. Por ejemplo, el monosílabo *hu* tenía cuarenta significados diferentes; *ab* y *apt* veinte, *aft* quince, *ant* diez, etc.



Fig. 22. Evolución de los jeroglíficos egipcios en los caracteres hieráticos.

Cuando *ab* se usaba para significar “baile”, se dibujaba una muchacha bailando, después de los caracteres fonéticos que eran una “caña” y una “pierna”; cuando querían decir “sed”, añadían tres ideogramas determinativos: un perro brincando, el símbolo de agua y un hombre sentado llevándose la mano a la boca. Si *apt* se tomaba como “juicio”, iba seguido de un ojo; si quería decir “pato”, se agregaba la figura de este animal, y si se usaba como “medida”, se dibujaba una medida de madera. Para que *aft* significara “cuatro”, se añadían cuatro pequeñas líneas; para indicar “brincar”, se escribía la palabra fonéticamente: una caña,

un caracol de tierra y una mano, y después una pierna doblada y dos piernas en actitud de ir hacia delante; si se usaba para representar “descanso”, iba seguido de un hombre reclinado. *Ant*, significando “hora del día”, tenía un dibujo del Sol; si representaba “destruir”, una ave de presa. Algunos autores afirman que los egipcios usaron también en su escritura la forma de acertijo; en una inscripción de Ptolomeo XV en Edfu, se encuentra la palabra lapislázuli, *khesteb* en egipcio; en vez de estar escrita fonéticamente con caracteres alfabéticos, está representada por *khesf*, “parar”, y un “cerdo”, *teb*; ilustrado por un hombre tirando a un cerdo de la cola. El total de los signos de la escritura jeroglífica es aproximadamente ochocientos. La dirección de la escritura era normalmente de derecha a izquierda, y los signos vueltos hacia el principio de la línea; sin embargo, algunas veces las inscripciones están escritas de izquierda a derecha, y otras, para lograr simetría, en ambas direcciones, convergiendo en el centro, y se leían partiendo de éste.

La escritura hierática, forma abreviada y convencional de la jeroglífica, consta de signos compuestos de líneas rectas y curvas, de un trazo simple y fácil que no exigen, como los jeroglíficos, conocimientos del dibujo para ejecutarlos. Los signos hieráticos representan siempre la figura primitiva porque conservan sus rasgos característicos, el contorno principal o la porción esencial, como la pupila por el ojo, las líneas de la cabeza del león en vez de la figura entera. Esta escritura tiene igual número de caracteres que la jeroglífica, pues los signos abreviados conservan rigurosamente la misma expresión figurativa, simbólica o fonética del jeroglífico, del que son extracto o abreviatura lineal. Champolion los dividió en rectilíneos, curvilíneos, angulares y mixtilíneos.

Las inscripciones en caracteres hieráticos datan de las primeras dinastías y parecen ser contemporáneas de las jeroglíficas. Se servían de esta escritura principalmente los sacerdotes para sus composiciones literarias y para copiar los libros sagrados; usaban comúnmente los colores negro y rojo y algunas veces otras tintas imitativas de lo que querían describir. En un principio se escribía en dirección vertical y después horizontal de derecha a izquierda. La obra más perfecta de escritura hierática que se conoce es el Papiro Prisse, fig. 23, que fué donado a la Biblioteca Nacional de París por Prisse d’Avennes quien lo encontró en Tebas. Esta valiosa reliquia es una copia hecha en el año 2500 antes de Jesucristo, de los Preceptos de Ptaḥ-Hotep, dados a su hijo instruyéndolo acerca de la manera de portarse en las diversas



Fig. 23. Una página del Papiro Prisse.

circunstancias de la vida. El original se escribió durante el reinado de Dedkera-Isesi, octavo rey de la quinta dinastía, en el año 3350 antes de Jesucristo. Consta de hermosas homilías tan útiles hoy como hace cinco milenios que fueron escritas. El sabio padre habla a su hijo de esta manera :

“Si llegas a ser grande después de haber sido humilde, si has amasado riquezas después de la pobreza y por eso has llegado a ser el primero de la ciudad, y el pueblo te conoce porque eres rico y porque eres un señor poderoso, no permitas que tu corazón se envanezca por tus riquezas, porque su autor es Dios. No desprecies a tu vecino porque es lo que tú eras, sino trátalo como tu igual”.

La escritura demótica (popular o epistográfica) es una simplificación de la hierática de la que se deriva, sus signos representan, esencialmente: palabras, fonogramas y determinativos. Su forma es tan cursiva que no conserva nada de la jeroglífica, pues muchos de los grupos que formaban los caracteres hieráticos se unieron por ligaduras y se transformaron en signos demóticos. Los primeros documentos de esta escritura son de los siglos séptimo y sexto antes de Jesucristo, y se usaba por el pueblo en su vida diaria para documentos comerciales, legales, cartas y asuntos domésticos en general. En el período ptolomaico la escritura demótica tuvo más importancia que la hierática, los decretos reales y sacerdotales se grabaron en estelas con caracteres jeroglíficos, demóticos y griegos, llevando en el centro los demóticos. Siguió en uso hasta el fin del paganismo egipcio, en el siglo quinto de nuestra Era. El alfabeto cóptico conservó algunos de sus signos para

los sonidos que no podían ser expresados con letras griegas. Se escribía horizontalmente de derecha a izquierda. La figura 24 muestra un pergamino que reproduce una parte de un contrato judicial del octavo año del reinado de Ptolomeo Epifanes (196 antes de Jesucristo) ; la escritura es clara y elegante.

Como se ha visto, el arte egipcio, representado por sus monumentos, pinturas en las tumbas, maravillosos jeroglíficos y escritos en papiros, muestra el alto nivel de civilización que alcanzó ese gran pueblo. No es un capricho de la fantasía decir que en sus ocultas tumbas y sarcófagos de pórfito, en sus ruinosos templos con gigantescas estatuas, Egipto renueva su grandeza y alienta de nuevo su pasada existencia.

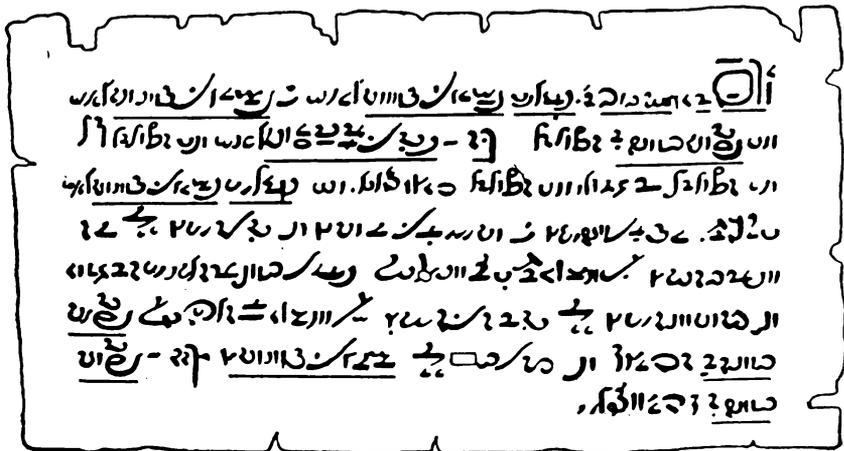


Fig. 24. Escritura demótica.

Cada momia exhumada de sus copiosas arenas es una muerte viviente, una vida inmortal, que extrañamente confirma su antigua creencia en la resurrección después de tres mil años de transmigración de las almas. Ramsés el Grande, en el Museo de El Cairo, representativo en la historia un milenio y medio antes de Jesucristo, silenciosamente convive con el mundo actual, más de milenio y medio después del comienzo de la Era Cristiana.

CAPITULO III

LA ESCRITURA CUNEIFORME

En el largo y angosto valle limitado por los ríos Tigris y Eufrates, conocido con el nombre de Mesopotamia, “entre los ríos”, floreció la civilización durante una época muy anterior a la de otros países. J. de Morgan en su obra “Les premières civilisations”, habla así de ese maravilloso país: “El suelo de una riqueza extremada y perpetuamente húmedo, cubierto de tamariscos, de sauces, de acacias y de palmas datileras, ofrecía espesuras impenetrables y vastos claros en los que crecían las gramíneas, entre ellas, el trigo candeal, la cebada y la avena originarias de ese país. Los pantanos pocos profundos, limosos, rodeados de un cerco de enormes cañas, a veces de varios kilómetros de ancho, llenos de plantas acuáticas, alimentaban la pesca en extremo abundante y a nubes de aves acuáticas. Es aquí, en este país privilegiado, rodeado por todas partes de desiertos, donde la imaginación de los orientales ha colocado el paraíso terrestre”.

Desde muy remotos tiempos esta tierra fué habitada por una raza que nos dejó en sus documentos, que datan del año 4500 antes de Jesucristo, gran número de testimonios de sus actividades y cultura. Parece haber sido un pueblo turanio, que probablemente llegó de Media y de las regiones cercanas al Monte Ararat y al Mar Caspio, en un período muy anterior a la migración de los semitas. Se sabe, por sus memorias inscritas en tablillas de arcilla y talladas en piedra, que a su llegada desalojó a los habitantes de raza negra que había antes en el valle, los que no dejaron ninguna memoria de su existencia, por lo que se conjetura que era un pueblo salvaje o de muy poca civilización.

Una rama de este pueblo habitó la parte norte del valle que llamaron

Accad, “las montañas”, dando a su lengua el nombre de acádica; otros ocuparon la parte sur llamándola Sumer, “el valle del río”, y sumerio a su lenguaje. Las dos lenguas eran, en realidad, dialectos de un idioma indudablemente turanio en su estructura. Al sur de estos pueblos vivían los semitas hasta entonces en estado de barbarie, pero que al invadir el valle de Mesopotamia y absorber a los sumerios, después de varios siglos habían de desarrollar completamente la escritura cuneiforme; se puede inferir que éste es el pueblo que dejó los datos más antiguos de su existencia en esta región.

Algunos miles de años antes de Jesucristo, los imperios sumerio-acadio fueron invadidos por los amorreos, que después se llamaron babilonios, cuya patria primitiva, lo mismo que la de otros semitas, parece ser el sur de Arabia, quienes mezclaron su sangre con la de los pueblos subyugados. Tanto los sumerios, establecidos como agricultores en las aluviales tierras bajas, ricas y fértiles, como los acadios, tenían una civilización muy avanzada, ya que conocían los metales, eran experimentados arquitectos y su escritura había llegado al período silábico. Su legislación muestra que tuvieron una organización social muy adelantada, y su literatura, al mismo tiempo que describe los pormenores de su vida diaria, es la llave de una religión que influyó en muchas otras contemporáneas. Fué el babilónico un fuerte Imperio que tuvo reyes como Hammurabi (2123-2081 antes de Jesucristo), que gobernó sabiamente y cuyo famoso Código es el primero y único documento de este género que nos ha conservado el Oriente. En cuanto a Babilonia, llegó a ser la primera ciudad oriental por el número de sus habitantes y la belleza de sus templos y sus palacios.

Al norte del Golfo Pérsico, y al este del bajo Tigris, se hallaba el antiguo país de Elam, que corresponde a la provincia de Kurdistán de la Persia moderna. Durante muchos siglos fué uno de los reinos más importantes del Asia Occidental, y su historia primitiva está íntimamente ligada con la de la Mesopotamia meridional. Su civilización era semejante a la de los sumerios y a la de los semitas de Mesopotamia. Sus habitantes no eran semitas ni indoeuropeos, y hablaban dialectos aglutinantes que aparentemente pertenecían al grupo de lenguas caucásicas. Hacia el año 640 antes de Jesucristo cayeron bajo el dominio asirio.

Las sucesivas invasiones de los cassitas, los hititas y los mitani pusieron fin a la supremacía babilónica, que pasó a manos de los asirios, quienes procedían de Asur, ciudad situada sobre el Tigris, en el paraje

donde el gran río, saliendo de las montañas, comienza a ser navegable. Hacia el año 1400 antes de Jesucristo se convirtieron en dueños de toda Caldea y fundaron la ciudad de Nínive, cuya magnificencia han demostrado excavaciones recientes. Los asirios eran de una raza guerrera y cruel, como lo prueban las numerosas inscripciones e imágenes que han llegado hasta nosotros, que casi no se refieren a otra cosa que a cacerías, batallas y saqueos, implacable crueldad en las conquistas, con orejas y manos cortadas, muros cubiertos de piel humana, pirámides de cabezas, lenguas y ojos arrancados; estas son las hazañas de que se glorían en sus inscripciones los conquistadores asirios y lo que regocijaba a sus dioses. El año 606 antes de Jesucristo un nuevo pueblo guerrero, los medas, junto con los escitas, se apoderaron de Nínive, el rey asirio se suicidó entre las llamas de su propio palacio, y así acabó un poderoso Imperio que no vivió más que para la destrucción de los pueblos y la gloria de la guerra, es decir, para aumentar los sufrimientos humanos.

Eran los iranos, habitantes de la altiplanicie de Irán, un grupo ario de características étnicas diferentes del semítico; comprende a los medas que se establecieron en la cuenca superior del Tigris, y a los persas que habitaron la región montañosa que se extiende entre Susiana y el Golfo Pérsico. Al norte de Media, junto al Mar Negro, vivían los escitas, robustos y salvajes, cuyas invasiones eran temibles; éstos y los medas se dividieron el vencido Imperio Asirio. Los medas se agruparon en torno de su capital, Ecbatana, y más tarde despojaron a los escitas y extendieron su Imperio desde la mesa del Irán hasta el río Halys en el Asia Menor. El año 553 antes de Jesucristo, Ciro, rey de Persia, destronó a la dinastía meda y conquistó a Elam, Lidia, Cilicia, las ciudades helénicas del Asia Menor, Fenicia, Babilonia y un gran número de ciudades del Oriente. Con esto reunió en sus manos el Imperio más vasto que hasta entonces había existido y fundó Persépolis, la capital. Sus sucesores, Cambises y Darío, conquistaron más tarde Egipto, las regiones escíticas de Europa y parte de la India, añadiéndolas a su vasto Imperio que sufrió la misma suerte que sus conquistados cuando Alejandro Magno venció a Darío III, el año 331 antes de Jesucristo. Los conquistadores persas fueron relativamente magnánimos con sus conquistados y organizaron perfectamente su gobierno central. Su dios Ahuramazda, predicado por Zaratustra o Zoroastro, se destaca como un dios de índole moral que exige rectitud de proceder y que no tolera la mentira. Crearon un arte propio con personalidad bien marcada,

edificaron mansiones reales como las de Persépolis que asombran por su extensión, por la originalidad con que combinan elementos de distintas arquitecturas y por el uso decorativo de los ladrillos esmaltados.

Los sumerios, acadios, babilonios, elamitas, asirios, escitas, medas y persas, cuyas luchas y civilización se ha delineado brevemente, fueron los forjadores de la escritura cuneiforme, expresión de las lenguas de todos estos pueblos; que durante varias centurias estuvo en uso en extensas regiones, y que permaneció también durante tan largo período oculta bajo el polvo de los siglos que cubrió las ruinas de lo que fueron poderosos imperios y opulentas ciudades, hasta que generaciones de pacientes arqueólogos y filólogos trabajaron activamente para descifrarla.

Parece inconcebible que los idiomas de estos pueblos, de civilización tan avanzada, desaparecieran de la faz de la tierra y que se haya olvidado su existencia; mas ésta fué la suerte que cupo a la mayor parte de las grandes naciones de la antigüedad. Muchas pudieron hacer resaltar sus características raciales y su lengua a través de épocas de pacífico aislamiento, y cuando constituyeron un pueblo numeroso y fuerte, comenzaron una era de conquista sobre sus vecinos más débiles, hasta que llegó su turno de ser cruelmente vencidos por otros imperios más poderosos. El desastre en la guerra generalmente significaba el aniquilamiento nacional, las ciudades de los conquistados eran destruidas, el país devastado y todos los habitantes que escapaban de la espada eran condenados a la cautividad. No hay que sorprenderse por eso que muchos recuerdos se perdieran, por el contrario, es una maravilla que tanto se recobrara y que se haya podido rehacer casi completamente la cadena de la evolución de la cultura con unos cuantos eslabones encontrados aquí y allá.

Los babilonios y los asirios emplearon un sistema de escritura, al que se ha llamado cuneiforme, a causa de que sus caracteres consisten en determinado número de trazos en forma de cuña, cono o clavo, arreglados en varias combinaciones. Durante el largo lapso de la historia de las dos naciones, la escritura cuneiforme se usó sin interrupción, tanto para las inscripciones de los monumentos como para memorias, composiciones literarias y documentos legales y comerciales. Su forma cambió algo en los diferentes períodos en que se sirvieron de ella, pero su característica principal, la figura de cuña, no varió durante todo el tiempo que esta escritura fué usada.

La escritura cuneiforme no fué invención de los babilonios ni de los

asirios, fué una herencia que recibieron de los sumerios, antiguos habitantes de las márgenes del Tigris y del Eufrates. En las excavaciones hechas al sur de Babilonia se han encontrado millares de inscripciones sumerias que datan de los años 4500 a 2500 antes de Jesucristo; algunas están escritas con caracteres cuneiformes muy parecidos a los empleados por los babilonios y los asirios; pero en las más antiguas no se usaron grupos de cuñas, sino líneas de las cuales algunas afectan la figura de objetos naturales, por lo que puede decirse que la escritura cuneiforme es, como la egipcia, de origen pictográfico.

Comparando las primitivas escrituras egipcia y sumeria se encuentra que tienen muchos puntos de contacto, solamente que la primera perfeccionó sus signos pictográficos ayudada de los materiales propios para escribir que su país producía: papiro, cañas y colores vegetales y minerales. Los sumerios, que carecían de papiro, aprovecharon el fino barro que abundaba en el país e hicieron tabletas sobre las que escribían, cociéndolas después o secándolas al Sol. Al principio dibujaron figuras más o menos regulares como las que hacían sobre piedra, pero la suave superficie de la arcilla cedía a la más ligera presión de su estilo de cuatro lados y para escribir con rapidez dejaron de dibujar e hicieron los caracteres comprimiendo el estilo sobre la arcilla en líneas separadas, cuyo extremo final, naturalmente, tuvo que ser más hondo, y la impresión así hecha tomaba la forma de una cuña; de ese modo, lo que en un principio figuró un objeto vino a ser un grupo de cuñas. En el transcurso del tiempo, la forma de la cuña se fué definiendo y los caracteres gradualmente se simplificaron de tal modo que en la mayoría de ellos es imposible fijar el pictograma original del que se derivan. Adoptada esta escritura se usó no sólo en los ladrillos, sino también se talló en piedra.

La gran alteración que sufrieron los caracteres sumerios con el uso de la cuña, la demuestra el hecho de que aun los asirios no sabían qué objetos representaron muchos de los signos originales. Conservaban la tradición de su origen pictográfico, pero los dibujos que hicieron los escribas interpretando algunos signos lineales muestran que no tenían un exacto conocimiento de ellos.

Los caracteres cuneiformes consisten en varias combinaciones de cuñas verticales, horizontales y diagonales, con frecuentes cambios por medio de las cuñas inclinadas. Se escribían de izquierda a derecha sobre tablillas de distintos tamaños, desde las pequeñas que cabían en la palma de la mano y se usaban para notas, documentos comerciales y

cartas, hasta las de mayor tamaño que se empleaban en escritos literarios y religiosos; éstas frecuentemente tienen dos o tres columnas de escritura en cada lado. Para inscripciones votivas e históricas se servían de conos, prismas y cilindros también de arcilla.

Cuando los babilonios invadieron Mesopotamia y conquistaron a los sumerios, adoptaron los caracteres que éstos usaban y los emplearon para escribir en su propio idioma, llevándolos consigo al colonizar el valle alto del Tigris. Los primitivos elamitas usaban para su escritura caracteres de tipo lineal que probablemente se derivaban de signos pictográficos, aunque no se conoce su forma original. Se han encontrado varias inscripciones en piedra y cientos de tabletas de arcilla que han sido descifradas en parte; se leen de derecha a izquierda, aunque algunas veces de izquierda a derecha, o en ambas direcciones. En un período posterior adoptaron la escritura cuneiforme babilónica, la que simplificaron mucho. Conservaron muy pocos signos para palabras y determinativos, usando en su mayor parte los silábicos, ya que del número total de caracteres, que es de ciento once, ochenta de ellos son silábicos. En las excavaciones de Susa se hallaron gran cantidad de tablillas de escritura cuneiforme elamita. Los pueblos del noroeste de Asiria adoptaron la escritura cuneiforme durante el tiempo de los primeros reyes asirios. En el Este, la cultura babilónica y su sistema de escritura se generalizaron tanto, que en el siglo quince antes de Jesucristo era usada para la correspondencia oficial entre varias ciudades y provincias de la costa del Mediterráneo. Las tablillas babilónicas encontradas en Tell el-Amarna, en el bajo Egipto, figura 25, prueban que los reyes egipcios de ese período mantenían correspondencia en escritura cuneiforme con los reyes y príncipes del Asia Occidental. Cerca de mil años después, cuando el segundo Imperio Babilónico había desaparecido, se encuentra aún la escritura cuneiforme en los países limítrofes del valle del Eufra-tes, pues algunos reyes aqueménidas grabaron sus memorias con caracteres cuneiformes, en persa, elamita y babilónico. En otras palabras, la escritura cuneiforme fué empleada continuamente en Mesopotamia desde el año 4500 antes de Jesucristo hasta el principio del siglo primero de nuestra Era, y su uso se extendió sobre un área limitada al Norte por Armenia y al Sur por el Océano Indico, al Este por Persia y al Oeste por el Mar Mediterráneo.

A la caída de los imperios asirio, babilónico y persa, y a la destrucción de las antiguas ciudades y asentos de cultura de la Mesopotamia, siguió el olvido de la lengua y literatura babilónicas. Los antiguos:

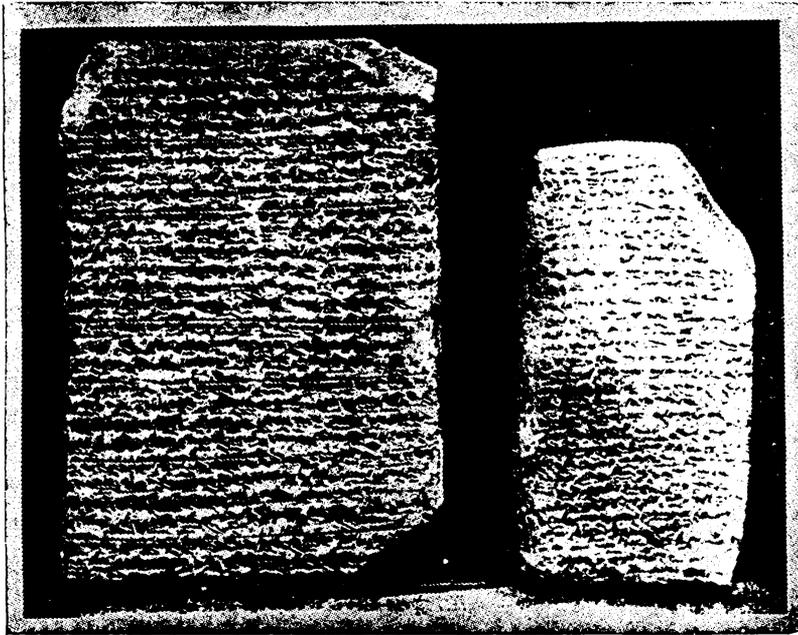


Fig. 25. Tablillas encontradas en Tell-el-Amarna.

escritos sumerios permanecieron enterrados bajo las ruinas de los templos y palacios durante la invasión de los semitas y al ser destruídas Babilonia y las ciudades asirias, su literatura sufrió la misma suerte. Sin embargo, no todos los ejemplares de escritura cuneiforme fueron destruídos, aun quedaron algunos que los reyes de Persia en el siglo quinto antes de Jesucristo habían grabado sobre las rocas y los muros de los palacios. Al interés que algunos viajeros modernos tuvieron para descifrarlos, así como a las excavaciones realizadas, se debe el conocimiento que hoy poseemos de ellas.

Las ruinas de Persépolis, antigua ciudad persa, que como se dijo fué capturada y parcialmente destruída por Alejandro Magno, presentaban hasta una fecha comparativamente reciente, los más notables ejemplares de escritura cuneiforme que aun permanecían sobre la superficie del suelo. Situada a setenta y cuatro kilómetros al noroeste de Chiraz, es fácilmente accesible, y sus colosales muros y terrazas de mármol y enormes columnas, muchas de las cuales todavía están en pie, provocan la más grande admiración. Las obras de geógrafos árabes contienen descripciones de las ruinas, y los viajeros europeos que visita-

ron ese sitio, durante los siglos catorce y quince, llevaron con ellos evidencias de las maravillas que habían visto. Sin embargo, no fué sino hasta principios del siglo diez y siete cuando las inscripciones cuneiformes de los muros de Persépolis comenzaron a atraer la atención mundial. Un portugués, Antonio de Gouvea, que visitó el sitio durante su misión diplomática en Persia, publicó en 1611 un relato de su viaje, y refiriéndose a las inscripciones que había visto en Persépolis, decía que no pudo entenderlas por estar escritas en caracteres diferentes a los persas, árabes, armenios y hebreos, que eran las lenguas habladas en esa parte del mundo. Pocos años después, el español García de Silva y Figueroa, las citó en términos casi similares describiendo la forma de los caracteres, su maravilloso plan y su distinta apariencia. Fué un italiano, Pietro della Valle, el que realizó primero un examen minucioso de los caracteres, haciendo las primeras sugerencias prácticas para descifrarlos; en el relato que dejó de sus viajes se refiere a los signos de Persépolis y llega a la conclusión de que fueron escritos de izquierda a derecha, lo que más tarde se confirmó.

Antes de la publicación de las cartas de Pietro della Valle, el inglés sir Thomas Herbert visitó las ruinas de Persépolis de las que hace relación en su libro "Travels", diciendo que los caracteres son semejantes a los antiguos griegos. Varios investigadores las examinaron después y comenzaron a hacer copias; los trabajos más cuidadosos fueron los de Niebuhr que en 1675 estuvo casi un mes en Persépolis haciendo mediciones y dibujos; él fué quien notó las tres clases de escritura cuneiforme que allí se encuentran y sus copias fueron cuidadosamente estudiadas en Europa y proporcionaron a los eruditos el primer material para comenzar a descifrar las inscripciones.

De las tres clases de escritura que Niebuhr distinguió, es natural que la persa, que sólo emplea cuarenta signos, atrajera la atención de los estudiosos. El descubrimiento de un método por el cual las inscripciones pudieran ser descifradas fué hecho por G. L. Grotefend, que lo explicó en una memoria presentada a la Academia Göttinger en 1802; comparando dos de las inscripciones copiadas por Niebuhr pudo descifrar los nombres de Hystaspes, Darío y Jerjes; posteriormente lo hizo con el de Ciro y obtuvo valores correctos de la tercera parte del alfabeto persa. Siguiendo la guía que dió Grotefend, otros investigadores, entre los que deben mencionarse a Rash, A. J. Saint Martin, E. L. Burnouf, y particularmente a Larssen, identificaron otras letras del alfabeto.

El año 1835, sir Henry Creswicke Rawlinson, quien residía en Persia y no estaba enterado de los pormenores del descubrimiento de Grotefeld, empleó un sistema parecido al de éste para descifrar las inscripciones. Seleccionó para trabajar dos de ellas relativamente cortas, que estaban talladas sobre la superficie de una roca en una cañada del Monte Elwend, cerca de Hamadán. Estas tenían tres columnas de escritura cuneiforme, una en persa, otra en elamita y la tercera en babilónico. Comparó las inscripciones, signo por signo, y notó que todos correspondían, con excepción de dos grupos que dedujo fueran los nombres de diferentes reyes que las habían hecho grabar y posiblemente los de sus padres, pues el grupo de signos que ocupaba el primer lugar en la inscripción número uno era idéntico al que ocupaba el segundo en la número dos. Rawlinson infirió que el rey que ordenó hacer la inscripción número uno era padre del que hizo la número dos, y que los tres nombres debían de pertenecer a los de tres reyes persas en orden consecutivo. Con su conocimiento del pelvi y el zendo, dialectos afines al idioma persa antiguo, comparó las formas de los nombres de algunos de los reyes aqueménidas, encontrando que los de tres de los más famosos: Hystaspes que fundó la dinastía, su hijo Darío y su nieto Jerjes, correspondían exactamente a los grupos de signos en estudio, siendo éstos la llave para sus futuras investigaciones. Después del éxito obtenido con la inscripción de Elwend, fué a Behistun donde hizo copias y tomó impresiones sobre papel de la sección escrita en persa de la gran inscripción trilingüe que había sido grabada en las rocas por orden de Darío el Grande.

En el camino principal que va de Bagdad a Teherán, capital de Persia, a una distancia como de ciento veinte kilómetros de Hamadán, ciudad edificada en el sitio donde estuvo la antigua Ecbatana, se levanta la famosa roca de Bisutun o Behistun, fig. 26, nombre tomado de la pequeña aldea situada cerca de su base.

Algunos escritores describen la roca de Behistun como un cerro aislado, pero realmente es el último pico de una larga y angosta cordillera que bordea la parte Este del valle de Kermanchah. Al pie de este pico, de más de mil seiscientos sesenta y seis metros de altura, brotan varios manantiales de agua cristalina que alimentan una pequeña laguna situada junto al camino y se unen al arroyuelo que corre por la aldea y el llano. El camino pasa entre el arroyuelo y la roca, y antes de rodear la última estribación de la montaña, se abre en su superficie una angosta grieta u hondonada, y al lado izquierdo, como a ciento

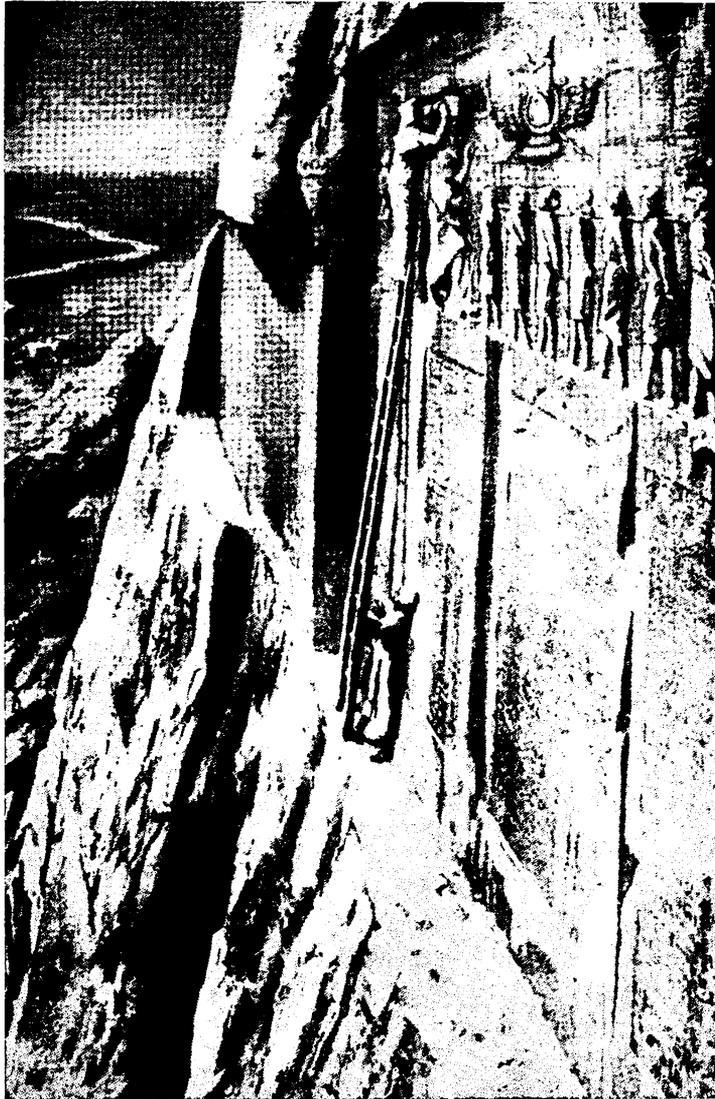


Fig. 26. Inscripción de Behistun.

cuarenta metros sobre el nivel del valle, están talladas las inscripciones y esculturas de Darío.

Según la historia, en 521 antes de Jesucristo, cuando Darío heredó el trono de Persia, después de la muerte de Gaumata, mago usurpador

que había personalizado a Barduja hermano de Cambises, llamado Esmerdis por los griegos, encontró al Imperio en tal estado de confusión que tuvo que emplear los primeros años de su reinado en reprimir las insurrecciones. Susiana se rebeló y fué subyugada; en Babilonia, un falso hijo de Nabonides trató de restituir la independencia a su país que había sido invadido por Ciro en 538 antes de Jesucristo. Media, Asiria y Armenia se confederaron contra él, y sólo hasta el tercer año de su reinado pudo vencer la insurrección. También hubo levantamientos en Sagartia, Partia, Hircania y Margania. La oposición más seria que encontró Darío fué una rebelión encabezada por un segundo usurpador que tomó el nombre de Esmerdis; cuando la sofocó, volvió a Babilonia donde hubo otra revuelta que fué reprimida antes de su llegada. Rawlinson cree que, al recibir noticia de la victoria de sus tropas a su regreso a Babilonia, hizo alto al pie de la roca de Behistun donde dió gracias a Ahuramazda por el triunfo, y mandó tallar las esculturas e inscripciones.

Para igualar la superficie de la roca no sólo fué necesario pulirla, sino que los trozos más imperfectos se removieron empotrando en su lugar bloques lisos y perpendiculares, tan cuidadosamente, que casi no son visibles sus juntas. Después de tallar las inscripciones fueron cubiertas por una capa de barniz silíceo para protegerlas contra la intemperie; éste ha sido más duradero que la piedra caliza, pues en algunos lugares aun se conserva y retiene la forma de los caracteres, mientras que la piedra se ha gastado por la acción de la lluvia y el tiempo. Tratando de hacer la inscripción lo más permanente que fuera posible y para evitar su destrucción o deterioro la mandó grabar, como se ha dicho, a una gran altura.

La escena esculpida en la roca representa a Darío acompañado por dos de sus oficiales recibiendo la sumisión de los caudillos que se rebelaron contra él en varias partes de su Imperio durante los primeros años de su reinado. El rey está en pie y tiene el izquierdo sobre el falso Esmerdis, o Gaumata el Mago, que se halla tendido a sus pies elevando las manos en actitud de súplica; Darío tiene la mano derecha levantada hacia Ahuramazda que aparece entre rayos de luz y relámpagos, y en la izquierda empuña un arco. Enfrente están alineados nueve caudillos rebeldes amarrados juntos por el cuello y con las manos atadas hacia atrás; la última figura de la serie que lleva un alto y puntiagudo gorro fué añadida al grupo algunos años más tarde y representa a Skunka el escita. Abajo del grupo hay cinco columnas de texto cuneiforme en la

antigua lengua persa, que refieren la supresión de las revueltas. A la izquierda de la inscripción persa van tres columnas de texto cuneiforme escrito en lengua y caracteres elamitas que contienen una traducción de las primeras cuatro columnas del texto persa. En dos lados de una roca, suspendida sobre la versión elamita y a la izquierda de las esculturas, está una columna de texto cuneiforme escrito en idioma y caracteres babilónicos que contiene la traducción de las primeras cuatro columnas del persa. A la derecha de las esculturas se encuentran cuatro columnas de textos cuneiformes que probablemente se refieren, en parte, a los eventos descritos en el texto persa, pero están tan borrados que sólo son legibles algunas palabras de la primera columna escritas en elamita.

La inscripción contiene un relato de las luchas llevadas a cabo durante los primeros años del reinado de Darío el Grande hasta que se estableció triunfante en el trono aqueménida y consolidó su poder a través de varias provincias del vasto Imperio. Los textos están divididos en secciones, cada una de las cuales comienza con las palabras: "De este modo dijo Darío el rey"; en general cada sección presenta un nuevo relato. El orden de las secciones es igual en cada versión, pero en el texto persa algunas están subdivididas y tienen al fin de éste otras cuyo equivalente no aparece en las versiones elamita y babilónica. La última da algunas veces el número exacto de los muertos y cautivos, lo que se omite en el texto persa y en la versión elamita. Lleva los títulos y genealogía de Darío, la extensión de su Imperio y los hechos salientes de su reinado; el relato de las rebeliones de varias provincias, la derrota y la muerte de los caudillos y la ayuda que el rey recibió de Ahuramazda y otros dioses por su rectitud. Hace un llamamiento a los futuros reyes para que crean en la veracidad de lo asentado y lanza imprecaciones contra los mentirosos y los que destruyan la inscripción. Arriba de cada uno de los personajes, o abajo de ellos, va su nombre, descripción y genealogía.

La fecha de los acontecimientos registrados es algo oscura, pues sólo se mencionan los meses y días en que ocurrieron y se omiten los años. Relacionando las fechas en que fueron muertos Cambises y el falso Esmerdis, puede decirse que los primeros hechos citados ocurrieron el año 521 antes de Jesucristo, sin que sea posible asegurar qué período de tiempo abarca el relato, aunque parecen ser los nueve primeros años del reinado de Darío.

En la Historia escrita por Diódoro de Sicilia, en el siglo primero de

nuestra Era, se encuentra la más antigua referencia de la roca de Behistun, y en ella se asegura que las esculturas fueron hechas por orden de Semíramis, cuando en su marcha de Babilonia a Ecbatana acampó junto a los manantiales al pie de la roca y plantó un jardín. Cree que la figura de Darío es la de la reina y que las otras son sus lanceros que la rodean.

Entre los primeros visitantes europeos a Behistun debe mencionarse a Ambrosio Bembo que viajó por Persia en la segunda mitad del siglo diez y siete y hace una cuidadosa descripción de las esculturas de la roca. Sesenta años después, J. Otter consideró la figura del dios Ahuramazda solamente como divisa heráldica. Después de otros sesenta años, Olivier visitó Behistun y publicó un dibujo de las esculturas en el que representa a Darío sentado en un trono y con los pies sobre un taburete; de la misma manera inexacta está hecha la copia del resto de las figuras. La roca fué también descrita por P. A. L. Gardanne, que supuso que Ahuramazda y sus rayos de luz eran una cruz y pensó que las figuras representaban a los Apóstoles. Pocos años después Kinneir reconoció que las esculturas de Behistun pertenecían al mismo período que las de Persépolis; de esta idea participó Keppel quien las describió con más amplitud. En 1822 Sir Robert Ker Porter publicó una valiosa relación de sus viajes por Georgia, Persia, Armenia y Babilonia, entre los años 1817 y 1820, y a él se debe la más extensa descripción de las esculturas y el mejor dibujo que hasta la fecha se había publicado. Pero aunque reconoció, en general, su gran antigüedad, no comprendió su significado, pues creyó que fueron hechas para conmemorar la conquista de Israel por Salmanazar, rey de Asiria y Media, y la completa cautividad de sus tribus.

Aunque las esculturas de Behistun fueron descritas por algunos viajeros durante los siglos diez y siete y diez y ocho, nada se hizo para facilitar el examen y estudio de las columnas de las inscripciones. Era muy difícil copiar el texto, porque, como se sabe, está grabado en la superficie de una escarpada roca a ciento cuarenta metros sobre el nivel del valle.

Estaba reservado al genio y laboriosidad de Rawlinson descubrir la clave con la cual las antiguas lenguas de Persia, Babilonia y Asiria pudieran ser leídas y sus miles de inscripciones descifradas. El año 1833, siendo subteniente de servicio en la India, fué enviado a Persia junto con otros oficiales a ayudar al Shah en el entrenamiento de sus tropas. En 1835 fué a Kermanchah como Consultor Militar y ayudando

te del Gobernador de esa provincia. En su viaje pasó por Hamadán (Ecbatana) y tuvo la oportunidad de copiar las inscripciones del Monte Elwend antes citadas; del estudio de éstas obtuvo la clave para descifrar los antiguos signos cuneiformes persas. Durante el tiempo que residió en Kermanschah, de 1835 a 1837, dedicó sus días libres al examen de las inscripciones de la roca de Behistun, que dista treinta y siete kilómetros de esa ciudad. A fines de 1837 había copiado la mitad de las columnas del texto persa. Los incidentes de su carrera militar lo obligaron a abandonar sus estudios en Behistun, hasta el otoño de 1844 que volvió acompañado de dos ayudantes y terminó la copia del texto persa, tomando también la versión elamita. Con gran riesgo de su vida e incomodidad, por la gran altura de la inscripción y lo angosto del espacio en que descansaba la escalera de mano, copió todos los signos persas, aun los que estaban en los sitios más elevados. Más difícil fué tomar la traducción elamita grabada en una parte de la roca que se halla encima de un precipicio, sobre el que fué necesario tender puentes para salvarlo, lo que no se pudo hacer para alcanzar el texto babilónico, pues la roca en que está inscrito es inaccesible y fué necesario que un joven montañés, haciendo verdaderos actos de acrobacia, tomara bajo la dirección de Rawlinson copias facsimilares, comprimiendo papeles preparados sobre la superficie de la escritura. Algunos de éstos se conservan aún en el Museo Británico, pero el tiempo y el uso de los estudiosos los están destruyendo, aunque con menos prisa que la intemperie destruye la roca de Behistun.

Durante los dos años que Rawlinson estuvo copiando las inscripciones hizo un análisis cuidadoso del texto persa que relata los títulos y genealogía de Darío y en 1837 envió a la Real Sociedad Asiática una traducción de ellos. Su conocimiento del zend y del pelvi le ayudaron a elaborar un esquema de gramática del antiguo persa, y el excelente resultado de sus investigaciones fué la completa traducción del texto persa de la inscripción de Behistun, que publicó en 1847, con un comentario gramatical. Este tratado monumental es prácticamente la obra clásica de cuanto hasta hoy se ha publicado.

La importancia de la interpretación de las inscripciones cuneiformes escritas en persa antiguo no se reduce a la información obtenida en los textos descifrados, sino principalmente radica en el hecho de haber encontrado la clave para la lectura de las inscripciones babilónicas y asirias. Tan pronto como una de las lenguas en las que estaban

escritas las inscripciones trilingües pudo leerse, la interpretación de la elamita o escita y la babilónica fué sólo asunto de tiempo.

La exacta correspondencia de esta inscripción, especialmente de los nombres propios que contiene, con las personas y provincias descritas por Herodoto, es una prueba convincente de la fidelidad de la interpretación de Rawlinson y de la magnitud de su obra, que abrió la puerta cerrada por tantos siglos de la cultura de la Mesopotamia. El persa antiguo fué descifrado basándose en el moderno, siéndolo después el elamita y por último el babilónico, que es el primitivo; la lectura de estos caracteres reveló el proceso de desenvolvimiento de esta escritura desde su forma ideográfica hasta la silábica y por fin a la alfabética. La mezcla frecuente de caracteres antiguos y modernos, y los valores diferentes dados a cada signo, dificultaron mucho la interpretación.

El texto persa está escrito con treinta y seis signos alfabéticos y las palabras van separadas con una cuña inclinada. En el elamita la cuña vertical se emplea como determinativo y se coloca antes de los nombres propios de diversas clases de personas, como *rey, hijo*; también para los pronombres personales y para la primera y segunda personas del pronombre relativo. Unos signos se usan para palabras completas y otros para sílabas; este sistema es más complicado que el persa y emplea un número bastante grande de caracteres, ciento once en total se usaron en la inscripción. En la versión babilónica la cuña vertical se emplea también como determinativo, pero se coloca solamente delante de los nombres propios; un signo compuesto de una cuña vertical, una horizontal y tres diagonales se usa para indicar que el que lo precede está en plural. Los caracteres se emplean no para letras, sino para sílabas y palabras completas. Esta escritura es muy compleja no sólo por el número de signos empleados, que son trescientos, sino también por la variedad de sonido de muchos de ellos.

El trabajo de descifrar la versión babilónica de la inscripción lo hicieron Rawlinson, Hincks, de Sacy, J. Oppert, Fox Talbot y otros estudiosos que obtuvieron considerable ayuda para interpretarlos por la comparación de las palabras babilónicas con raíces conexas del árabe, siríaco y hebreo. Además, su interpretación de la lengua babilónica y de la asiria fué más acertada por el estudio de las tablillas asirias y de las inscripciones históricas que mientras tanto se habían descubierto en las excavaciones de Khorsabad, Nimrud y Konyunjik, el sitio de las ciudades asirias de Dur-Sharrukin, Kalah y Nínive. Las

rios. La escritura lineal babilónica muestra, desde los ejemplares más antiguos, que se encontraba ya en el tercer período de su evolución, es decir, en el silábico.

Después del período experimental de esta primitiva forma de escritura lineal, se efectuó un cambio permanente en la posición de los signos, que fueron dibujados en la arcilla en hileras horizontales y sobre uno de sus lados; en los monumentos, los signos y los registros son verticales.

La figura 29 muestra una ilustración de la última fase de la escritura lineal babilónica; es un fragmento de arcilla cocida hecha en la época de Enshagkushanna, que reinó en Nippur por el año de 4500 antes de Jesucristo; los caracteres, bastante regulares, que siguen las formas adoptadas en el silabario, son puramente lineales, pero ya en período de transición; la inscripción está colocada de modo que pueda leerse de izquierda a derecha, y dice:

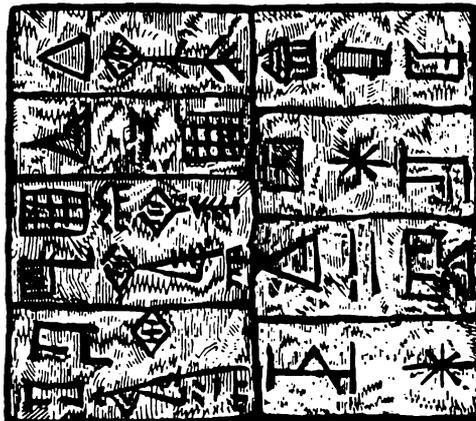


Fig. 28. Tableta de Warka.

- | | |
|-----------------------|--------------------------|
| 1. En-lil | 1. A Enlilo |
| 2. Lugal kur kur ra | 2. Rey de las tierras... |
| 3. En-shag-kush-an-na | 3. Enshagkushanna |
| 4. En. ki-en-gi | 4. Señor de Kengi |
| 5. Lugal... | 5. Rey de... |

Analizándola brevemente puede verse que el primer signo, una "estrella", lo mismo que muchos de los siglos babilónicos, se emplea como ideograma y como signo silábico, aquí se usa como ideograma significando deidad, y no se pronuncia, pues es sólo un determinativo. Como fonema pierde su valor ideográfico y representa la sílaba *an*, que es el valor que tiene en la línea tercera. Este signo ilustra la evolución metafórica de muchos de los caracteres arcaicos, al principio era

la pintura de una “estrella”, *ana* en sumerio, y tenía esa sola significación, pero como los dioses y los reyes en esas heroicas edades estaban dotados de atributos sobrehumanos, se usaron los cuerpos celestes para representarlos; por lo tanto, podía ser la imagen de una estrella, de un dios o de un rey. Finalmente, cuando la escritura llegó al período silábico, el signo fué elegido para representar la sílaba *an*, sonido inicial de la palabra *ana*, y también como ideograma para “estrella”,

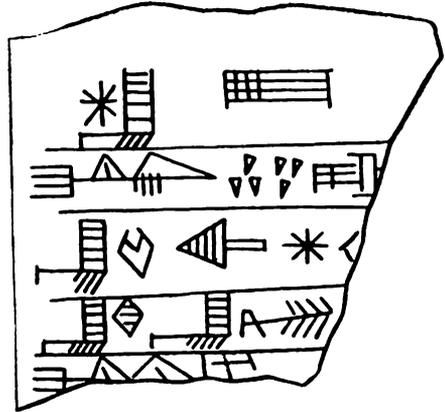


Fig. 29. Inscripción lineal babilónica.

“dios” y “rey”. El segundo signo, tomado asimismo como ideograma, representa un “trono” y está usado en el sentido de *belu*, *bel*, que quiere decir “señor”, en la línea tercera tiene el valor de *en*, pues va como sílaba, y en la cuarta línea aparece dos veces, la primera como ideograma y la segunda como fonema. El tercer signo de la línea primera es también un ideograma y se refiere a un país cruzado por canales. El signo *lugal*, al principio de la segunda línea, se compone de *lu*, que está a la derecha y es la representación de un hombre con cabeza y cuerpo angulares, y *gal*, a la izquierda, que significa “grande” y es la pintura de una mano levantada que simboliza poder y autoridad. El grupo de tres pequeños signos repetidos quiere decir “tierra”. En la línea siguiente los signos segundo y tercero, aunque aquí se usan como fonemas, eran originariamente los ideogramas para “corazón”, y “protector” o “guardián”, respectivamente. El último signo de la cuarta línea, *gi*, pictográficamente es “caña”.

En las ruinas de las bibliotecas de Babilonia se descubrieron algunos pequeños documentos gramaticales escritos sobre ladrillo, llamados *silabarios*, que tienen una lista de caracteres con los signos silábicos fonéticos en un lado y los ideogramas en el otro; de acuerdo con esos silabarios se combinaban las sílabas para agruparlas en palabras. En la figura 30 se dan algunos símbolos seleccionados del extensísimo silabario de la antigua escritura lineal babilónica que fué el fundamento de la cuneiforme; se tomaron de las primitivas tabletas encontradas en Tello y Nuffar, ciudades situadas donde estuvieron

Lagash, Nippur y otros lugares del antiguo reino de los babilonios; es posible interpretar algunos, pero otros son enteramente convencionales. No hay muchos signos que reproduzcan la forma de las cosas, ni indiquen su significado; pues, como se ha dicho, todo lo que conocemos de esta escritura nos revela que sus signos habían llegado a ser puramente geométricos o abstractos; con el transcurso del tiempo se fueron simplificando los caracteres eliminándose muchas líneas que se substituyeron por las cuñas. La figura 31 muestra las sucesivas etapas de evolución o transformación de la escritura cuneiforme durante dos



Fig. 30. Signos ideográficos babilónicos.

o tres milenios; hay que notar la progresiva eliminación de las líneas superfluas y la tendencia hacia las horizontales y verticales.

Una de las inscripciones babilónicas más notables es el famoso Código de Hammurabi, rey de Babilonia por el año de 2250 antes de Jesucristo, que fué encontrado en 1901 en la Acrópolis de Susa; es una

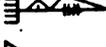
SUMERIO	BABILONIO PRIMITIVO.	BABILONIO POSTERIOR	ASIRIO.	
				ESTRELLA.
				SOL.
				MES.
				HOMBRE.
				REY.
				HIJO.
				PRÍNCIPE.
				SEÑOR.
				SUYO.
				CAÑA.
				PODER.
				BOCA.
				BUEY.
				PAJARO.
				DESTINO.
				PEZ
				JARDINERO.
				HABITACIÓN
				NINIVE.
				NOCHE.

Fig. 31. Etapas sucesivas de la evolución de los caracteres cuneiformes de los primitivos sumerios a los asirios.

figura cilíndrica de diorita, de dos metros veinticinco centímetros de altura, casi completamente cubierta de inscripciones muy finas. Se encuentra en el Museo del Louvre. El escrito codifica, barbáricamente, las leyes que prohibían el abuso de autoridad del fuerte sobre el débil, las que establecían la manera de impartir justicia y muchas otras más que rectificaban los errores existentes en esa época. Para entonces ya las cuñas habían evolucionado completamente, pero su agrupación todavía era semejante a la de los ideogramas originales.

Antes de que Rawlinsón hubiera descifrado la escritura cuneiforme asiria, los ladrillos de Nabucodonosor (605-562 antes de Jesucristo) eran conocidos en Europa. No pequeña parte de la gran cantidad de escombros que cubrían el Mote Nippur, así como el Birs-Nimrud, en Babilonia, estaba formada de largos ladrillos usados en la restauración del templo de Bel y muchos de ellos tienen inscripciones cuneiformes. La figura 32 es un facsímile de uno de los originales y se traduce

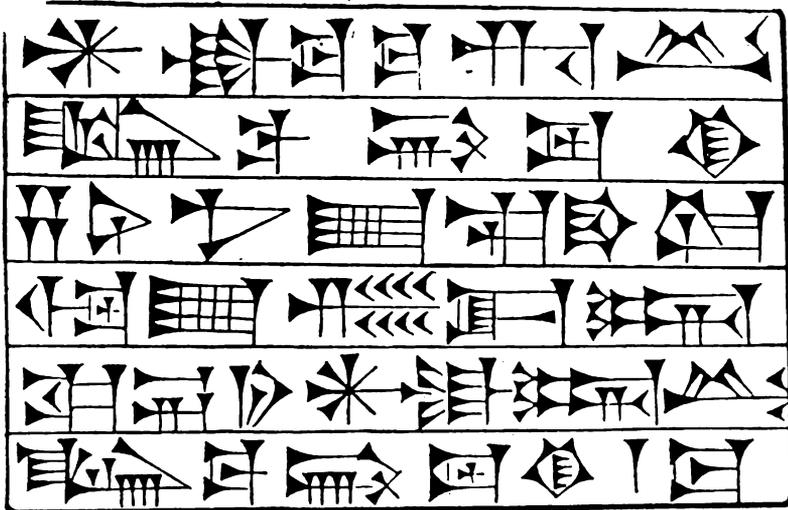


Fig. 32. Inscripción de Nabucodonosor.

como sigue: “Nabucodonosor, primogénito de Nabopolasar, rey de Babilonia, restaurador de la torre y de la pirámide, yo”. La tablilla se ha colocado de manera que la lectura se haga de izquierda a derecha de acuerdo con nuestra costumbre; los signos, que ya no tienen casi ningún parecido con los antiguos ideogramas, están arreglados en bien definidos grupos, separados entre sí, que constituyen las diferentes sí-

labas de las palabras. Es notable la finura, regularidad y estética de esta inscripción.

La evolución de los pictogramas en grupos de cuñas no fué la única que sufrió esta clase de escritura. La escritura pictográfica o la expresión por medio de ideogramas tiene un campo muy limitado, porque solamente puede dar a entender las ideas que se refieren a objetos tangibles, pero no delinear conceptos abstractos, ya que su más cuidadosa representación se prestaría a múltiples interpretaciones. Los escribas sumerios, como hemos visto, sobrepasaron esta dificultad y desde un período muy remoto comenzaron a usar sus signos no para representar ideas, sino sonidos; los dibujos que originalmente figuraban objetos y sugerían sus nombres, se usaron después para expresar el sonido de ese nombre; en una palabra, sus pictogramas e ideogramas se transformaron en escritura fonética, por lo que fué fácil representar todo lo que podía expresarse con palabras.

Al adoptar los babilonios y los asirios el método de escritura de los sumerios, aunque le hicieron algunas modificaciones para adaptarlo a su lengua, no obtuvo un gran progreso; sus caracteres son silábicos, es decir, representan sílabas completas, porque estos pueblos no llegaron al punto de inventar un alfabeto como lo hicieron los persas. Además, aunque reconocieron las ventajas de la escritura fonética, conservaron muchos de sus ideogramas; así, como hemos visto, el mismo signo se empleaba algunas veces como ideograma para una sola palabra y otras como signo fonético para una sílaba. Esta mezcla de caracteres ideográficos y silábicos presenta grandes dificultades para descifrarse, por ser dudosa la manera como debe leerse cada uno.

La lengua asiria contaba con cuatro vocales cortas: *a, e, i, u*; cuatro largas: *ā, ē, ī, ū*; dos diptongos: *ai, ia*, y diez y ocho sonidos consonantes; pero su escritura, como la de las otras lenguas contemporáneas que la usaron, no tenía signos para representar los sonidos consonantes separados, sino las sílabas. Poseían un silabario, no un alfabeto, y si deseaban escribir una palabra fonéticamente tenían que hacerlo con sílabas.

Usaban sílabas formadas de una vocal, de un diptongo aislado, o de una vocal y una consonante, que se llaman *sílabas simples*, por ejemplo: *a, ai, ba, ab*; y *sílabas compuestas* como *pal, bit, lud*, que constan de una vocal entre dos consonantes. Las sílabas compuestas podían escribirse de dos modos, primero: descomponiéndolas de manera que formen dos sílabas simples, comenzando la segunda con la vocal

de la primera; así la palabra *napsat*, “alma”, la dividían *na-ap-sa-at*, y segundo: usando caracteres especiales que representaban las sílabas compuestas, *nap-sat*. Los signos representativos de las sílabas compuestas eran muy numerosos y esta polifonía es una gran dificultad para descifrar la escritura.

Como se ha dicho, aunque escribían las sílabas fonéticamente, conservaban los ideogramas para palabras completas; muchos de estos ideogramas constaban de un solo signo y algunos pocos se formaban con más de uno, por ejemplo, empleaban el de “agua” y el de “cielo”: “agua de cielo”, para indicar “lluvia”. A veces el mismo signo se usaba para representar distintas sílabas y también como ideograma de varias palabras; el ideograma de “sol” lo era también para “día” y “blanco”, y representa las sílabas *ud*, *tu*, *tam*, *pir*, *lah* e *his*. Tenían ciertos signos llamados determinativos para indicar la clase y significado de muchas palabras y se valían del que indicaba género masculino antes de los nombres propios de hombres; del femenino para los de mujeres, y del de deidad para los dioses. Al leer una inscripción no se pronunciaban los determinativos, ya que sólo se insertaban para ayudar a entender el texto; la mayor parte de éstos iban antes de la palabra a que se referían, y unos pocos la seguían. El plural de los ideogramas se indicaba también por signos colocados después de la palabra.

En el caso de los verbos escritos ideográficamente, empleaban para determinar los tiempos lo que se ha llamado *complementos fonéticos*; después del ideograma escribían un signo fonético que expresaba la sílaba final de la palabra que se deseaba representar; así, en el caso del verbo *kasadu*, “conquistar”, cuando se quería escribir *aksud*, “conquisté”, se ponía después el signo que se usaba para la sílaba *ud*.

Por lo antes dicho, se infiere que los asirios tomaban sus signos como sílabas y como ideogramas, y que esta mezcla de escritura silábica y fonética se facilitaba por medio de determinativos y complementos fonéticos.

Cuando Darío, rey de Persia, destruyó Babilonia, llevó consigo esta antorcha del conocimiento que alumbró la cultura de su pueblo, y las tribus medas y las persas simplificaron ese sistema tan complicado por sus homófonos, polífonos, ideogramas y determinativos; abandonaron los silabarios asirios que tenían como trescientos signos y dieron valores fonéticos a los pocos caracteres que adoptaron. Con veinte sonidos consonantes, cuatro vocales y algunas modificaciones de éstos, formaron treinta y nueve signos silábicos y alfabéticos que expre-

FIGURA	VALOR	FIGURA	VALOR	FIGURA	VALOR	FIGURA	VALOR
	a. â		j' ante i		n ante ai		ç ante ai u
	i. î		t ante ai		n' ante u		s. sh
	u. û		t' ante u		m ante a		z
	k ante ai		th		m ante i		h ante ai u
	k' ante u		d ante ai u		m ante u		t' (ligado)
	kh		d' ante ai u		y		rpa.q (lig)
	g ante ai u		d' ante ai u		r ante ai		dah (lig)
	g' ante u		p ante ai u		r' ante u		dah (lig)
	c		f		v ante ai u		bunî (lig)
	j ante a		b ante ai u		v ante i		Durison de palabras

Fig. 33. Caracteres alfabéticos persas.

saban veintitrés sonidos distintos, suficientes para interpretar su lenguaje tan sencillo y libre de complicaciones fonéticas. Usaban determinativos solamente para: "rey", "provincia", "país" y "Ahuramazda". Se escribía de izquierda a derecha y las palabras se separaban con una cuña oblicua. La escritura persa, con sus caracteres casi alfabéticos, como puede verse en la figura 33, es la contribución de los pueblos arios al florecimiento de la civilización.

La escritura cuneiforme dejó de emplearse para los negocios y la correspondencia a principios del siglo quinto antes de Jesucristo, y

al finalizar el mismo siglo dejó de usarse para los contratos legales y los documentos similares. Tuvo un período de renacimiento en los siglos tercero al primero, y después desapareció y fue olvidada por la humanidad durante más de mil quinientos años.

CAPITULO IV

LOS JEROGLIFICOS HITITAS

Entre las sombras del pasado, con ayuda de la luz que han dado las tablillas de Tell el-Amarna, las esculturas de Karnak, los documentos hebreos, y más tarde los archivos de Boghas-Koei, se ha conocido la existencia de un grande y poderoso pueblo que se extendía desde el Eufrates hasta el Euxino, prolongando sus fronteras hasta los confines de Egipto: el Imperio de los hititas, hetitas, heteos, ketitas o ketas. Durante muchos siglos ocuparon el extenso territorio que está al Norte del gran desierto de Siria, disputado alternativamente por los reyes asirios y egipcios, unos en el cercano Este y otros en el lejano Suroeste. Parece que eran tribus distintas, descendientes del mismo tronco y confederadas para fines defensivos, que a la mitad del tercer milenio prescristiano aparecieron en la historia como un pueblo íntimamente ligado por afinidades raciales con los acadios, los primeros pobladores de Babilonia, a los que reconocemos como autores de la primitiva escritura lineal babilónica, y con otras antiguas razas mongólicas, como los cassitas y los mitani. Sucesivas corrientes emigratorias los condujeron desde el lugar de su origen, en las colinas meridionales del Cáucaso, hasta los fértiles valles; una de ellas, la de los mitani, dominó anteriormente la parte norte de Siria y Mesopotamia, y ocupó el país durante los siglos diez y ocho y diez y siete antes de Jesucristo, hasta que fueron derrotados por los asirios. Otras tribus, como la de los licios, ocuparon las regiones centrales.

Los hititas salieron de su país nativo, en las llanuras de Capadocia, de donde se dirigieron, por los desfiladeros del Tauro, hacia el norte de Siria y Cilicia, por el año 2500 antes de Jesucristo. Debido a la debili-

dad de los poderes egipcio y asirio en los siglos quince y catorce antes de Jesucristo, esa gran civilización se extendió sobre toda Siria, hasta el Monte Hermón en Palestina, y alcanzó su apogeo a principios del siglo catorce de dicha Era, cuando el rey Shubbiluliuma unió bajo su gobierno varios estados hititas independientes y estableció cerca del río Halys la ciudad de Hattusas (Boghas-Koei) su capital. Llegaron hasta el mar por la parte de Cilicia, conquistaron Alepo y Carchemish, sometieron parte de Siria, y se extendieron desde Kadesh hasta Esmirna, manteniendo durante muchos siglos una actitud diplomática titubeante con las monarquías asiria y egipcia; siempre que los ejércitos enemigos se dejaban ver, se les ofrecía un tributo, pero cuando se retiraban por causas internas o de otra índole, y se debilitaba el poder del imperio dominante, se suprimía aquél.

En la Biblia se cita frecuentemente a los hititas como uno de los pueblos preisraelitas de Palestina relacionados étnicamente con los cananeos, pues Heteo era reputado como segundo hijo de Canaán (Génesis. X. 15), en tanto que Ezequiel (XVI. 3) dice, hablando de Jerusalén: "Tu raíz y tu raza es de la tierra de Chanaan; tu padre era amorreo y tu madre cetha". Muchos otros pasajes bíblicos hablan de los reyes hititas.

En las inscripciones cuneiformes se encuentran varias referencias al pueblo de Khatti, que se menciona como el que derrocó a la dinastía Hammurabi de Babilonia en el siglo diez y ocho antes de Jesucristo, y en las tabletas de Amarna se cita el poder de Khatti en Siria durante el siglo catorce de esa misma Era. Las inscripciones de Asiria dicen que el pueblo de Khatti combatió frecuentemente con los asirios desde el tiempo de Tiglath-Pileser I (1100 antes de Jesucristo) hasta la conquista final de Carchemish por Sargón II en 717 antes de Jesucristo. Las inscripciones de Urartu, de los siglos noveno y octavo antes de Jesucristo, contienen varias alusiones a las expediciones contra el pueblo de Khatti.

Los documentos egipcios narran también las guerras contra los hititas, comenzando por la de Thutmés I, a la mitad del siglo diez y siete antes de Jesucristo, hasta la histórica batalla de Kadesh, en la que, según la leyenda, Ramsés II abandonado por su ejército venció por la fuerza de su brazo a miles de enemigos. En el templo de Luxor, en Karnak, que Ramsés cubrió con sus inscripciones, se ve a este rey guerrero, de inmensa estatura, con el rey hitita Mutalla tendido a sus pies. También existe otro bajo relieve de la batalla de Kadesh, en los

muros del gran templo de Ipsambul en el alto Nilo, que mide diez y nueve metros de largo y ocho de alto, y contiene mil cien figuras. Sin embargo, a pesar de toda esta vanagloria acerca de la valentía de Ramsés y de su famosa victoria, es significativo saber que al final de esta batalla el rey creyó que era mejor para los intereses de Egipto efectuar un tratado de paz con Khattusil, el rey de los hititas, y poco después se casó con su hija. En los muros del templo de Karnak puede verse una inscripción, perfectamente legible, del tratado de paz entre los dos monarcas; es una copia original grabada en plata, según expresa la misma inscripción. Este famoso tratado de paz es el primer documento que se conoce de una alianza ofensiva y defensiva; en él cada uno de los pueblos reconoce al otro como un poder de igual rango y convienen en ayudarse en caso de necesidad. En 1907, el doctor Hugo Winklen descubrió en Boghas-Koei una tablilla de barro que contiene una copia del tratado original en caracteres asirios.

Racialmente, los hititas, como se ve en sus monumentos y en los egipcios, pertenecían al tipo llamado armenoide, uno de los tres subtipos morenos de las razas blancas de cráneo ancho. Eran de tez oscura, robustos, de mandíbulas salientes, frente inclinada hacia atrás, nariz larga, prominente y aguileña, barbilla poco saliente, ojos oblicuos, negros y vivaces, cabello negro y lacio, y barba poco poblada. Aunque éste era su tipo predominante, se cree que fué una raza muy mezclada como puede suponerse por evidencias lingüísticas.

Gracias a su posición entre las dos principales naciones del mundo antiguo, Caldea y Egipto, el Imperio de los hititas no tardó en convertirse en uno de los mercados más ricos del Oriente. Sus caravanas, en lugar de afrontar el desierto y de pasar directamente por las orillas del Mar Muerto y del Jordán a las del Eufrates y del Golfo Pérsico, se remontaban al valle de Nazana y al Orontes, a fin de seguir el curso medio del Eufrates y de allí descender a Babilonia. Los hititas tenían espíritu militar y agresivo, pero se dedicaban también a la cría del ganado y al pastoreo, explotaban las minas de plata, hierro y cobre, eran hábiles lapidarios y grabadores en marfil, fundían plata y forjaban el bronce.

Los ricos archivos reales descubiertos en 1906 y 1907 en Boghas-Koei, la antigua Hattusas, son la fuente principal para el estudio de la historia y civilización hititas y prácticamente la única para el conocimiento de su idioma. Contenia la documentación oficial, especialmente de carácter político, crónicas, correspondencias de Estado, y tam-

bién escritos religiosos, textos gramaticales acádicos y sumerios, y textos jurídicos. Algunos documentos están escritos en acádico, con tipos cuneiformes acádicos, la lengua y escritura diplomática del Cercano Oriente, pero la mayor parte son en lengua hitita. Este archivo era tan completo que puede equipararse con el egipcio de Tell el-Amarna.

La lengua hitita ha sido reconocida como indoeuropea desde que fué descifrada en 1915 por el erudito checoslovaco Hrozny, y muchos filólogos están de acuerdo en que el hitita fué uno de los primeros idiomas indoeuropeos que se separaron de su tronco de origen. Pero el norteamericano E. H. Sturtevant opina que el hitita descende de un tronco aun más antiguo, al que llama indohitita primitivo, que conserva ciertos rasgos arcaicos no usados ya en las lenguas indoeuropeas. Los nombres y verbos de la gramática hitita son claramente indoeuropeos, pero sólo una parte de sus vocablos lo son. El hitita tuvo gran influjo de otros idiomas no indoeuropeos, particularmente de las lenguas indígenas primitivas, lo que indudablemente se debió a que cuando los indoeuropeos llegaron a su nueva patria se encontraron con tribus poderosas más numerosas que ellos, y pronto se convencieron de que si querían sobrevivir no debían mantenerse aislados, sino mezclarse con ellas.

Los textos rituales de Boghas-Koei contienen muchos pasajes en otras tres lenguas: en lulu o luwi, muy semejante al hitita, pero que parece haber recibido una influencia mayor de las lenguas nativas del Asia Menor; en hurrita, otra lengua nativa no indoeuropea que difiere muy poco del idioma de los mitani, y en protohitita, la lengua no indoeuropea usada por la población indígena del Asia Menor y que pertenecía al grupo de lenguas caucásicas.

En resumen, los testimonios étnicos y lingüísticos sugieren: que el Asia Menor Oriental fué habitada originalmente por el pueblo llamado protohitita que hablaba una lengua no indoeuropea, perteneciente al grupo armenoide, y que después fué invadida por los hititas indoeuropeos, pero los habitantes indígenas no desaparecieron, sino que aceptaron a los gobernantes extranjeros mezclándose con ellos en tal forma que el tipo racial de los conquistadores llegó a ser predominante, en tanto que el lenguaje de los conquistados influyó en los recién llegados y su nombre étnico continuó usándose en todo el Imperio.

La civilización hitita tenía ciertas características originales, aunque es semejante a otras culturas de su época, especialmente a la babilónica. Alcanzó un nivel cultural muy elevado, como lo muestra su rica lite-

ratura religiosa, léxicográfica e histórica, el gran adelanto de la organización militar, administrativa y política del Imperio, y la habilidad diplomática de sus gobernantes que sobresalió durante los siglos quince al trece antes de Jesucristo. Las numerosas vías de comunicación entre la capital y las provincias distantes, la originalidad evidente de sus monumentos artísticos, el predominio social, económico y jurídico mostrado en sus leyes y en otros documentos, y principalmente la creación de una escritura propia con su estilo peculiar de esculpir en relieve las figuras y caracteres de las inscripciones, demuestran que la cultura hitita no era inferior a la de los egipcios, los babilonios y los asirios.

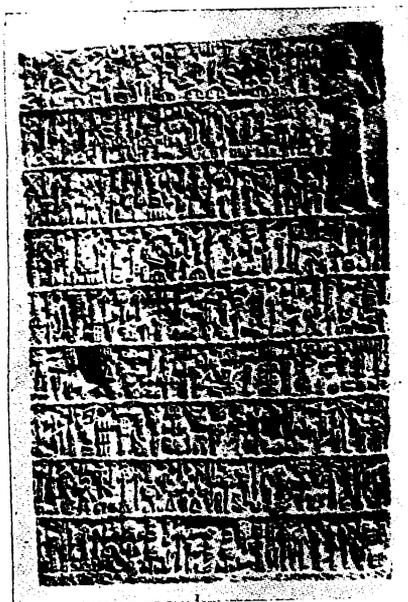


Fig. 34. Inscripción en relieve de Carchemish, siglo IX antes de Jesucristo.

Los jeroglíficos hititas no se usaron durante muchos siglos, pues, en un principio, el pueblo adaptó a su lenguaje la escritura cuneiforme babilónica, formando la conocida hoy como cuneiforme hitita, que continuó en uso hasta el fin del Imperio tanto para documentos oficiales como en la vida diaria. No hay pruebas de que estos jeroglíficos se hayan empleado en una época anterior al año 1500 antes de Jesucristo; la mayoría de las inscripciones son de los siglos décimo al octavo, y las últimas, de cerca del año 600 de esa Era. Debe hacerse notar el hecho de que en la madre patria hitita no se hayan encontrado muchas inscripciones y que, en cambio, se hallaran en gran número en la Siria septentrional, particularmente en Carchemish, Hamah y Alepo.

En general las inscripciones son en relieve o grabadas en monumentos de piedra o en roca, fig. 34, y algunas están sobre plomo o arcilla, otras son sellos, de los cuales el más famoso es el de Tarkondemos, hecho en plata, documento bilingüe con jeroglíficos hititas y escritura cuneiforme acádica. El nombre del rey, escrito en acádico: *Tar-kum-dim-me*, ha ayudado en la interpretación de los jeroglíficos hititas. Figura 35.

Hasta los primeros años del siglo diez y nueve, Europa ignoraba la existencia de este sistema de escritura, a pesar de su gran antigüedad y de una distribución geográfica tan amplia como casi la de ninguno de los que le precedieron o le siguieron. El año de 1812, en Hamah, una pequeña ciudad de Siria, como a cincuenta kilómetros río abajo, siguiendo el curso del Orontes, del lugar adonde estuvo Kadesh, la segunda capital hitita, probablemente treinta siglos después de que el hábil escultor tallara los bien modelados caracteres en su superficie, el



Fig. 35. Sello de Tarkondemos.

hombre de ciencia Burekardt descubrió una piedra extraordinaria cubierta con una inscripción tallada con arcaicos y raros jeroglíficos hasta entonces desconocidos. A partir de este descubrimiento se encontraron

allí cinco ejemplares más, y después se hallaron diseminados sobre una amplia área, de la Palestina meridional al Mar Negro, y de Frigia, Capadocia, Siria, Cilicia y Lidia a Babilonia y Nínive, muchas inscripciones que han sido rescatadas de entre el polvo de los siglos. La figura 36 es uno de los fragmentos encontrados en Hamah; se lee hacia la izquierda en las hileras primeras e impares, y a la derecha en las pares, siguiendo la dirección de los objetos.

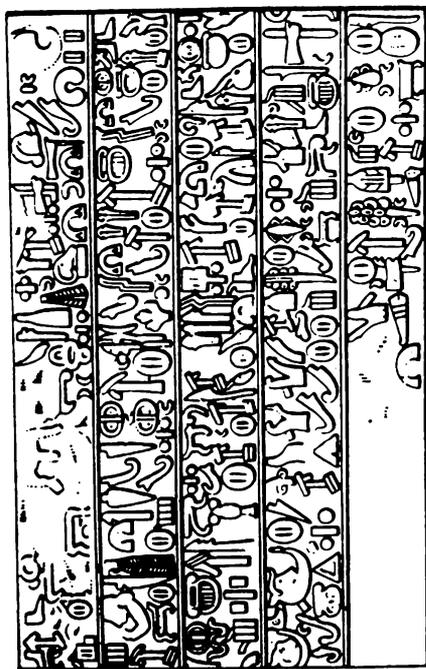
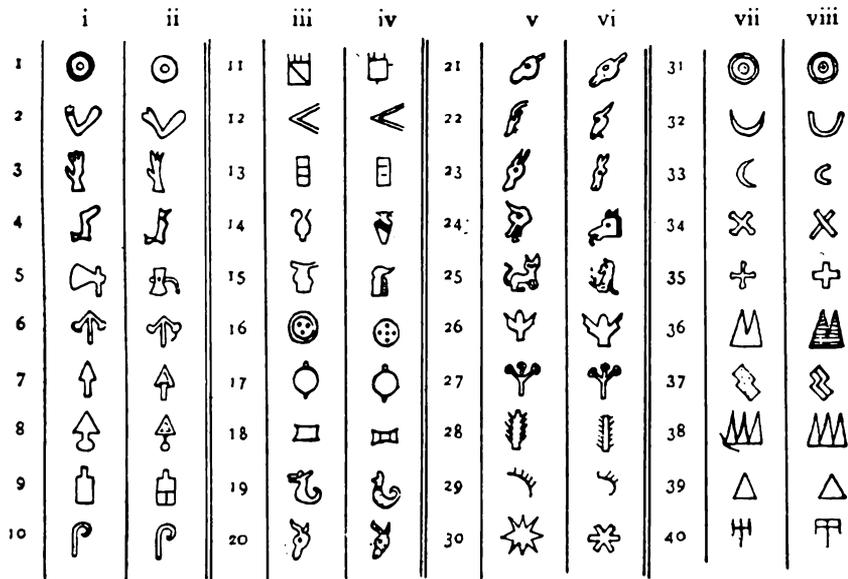


Fig. 36. Inscripción hitita de Hamah.

Las inscripciones generalmente comienzan en el lado derecho superior, la escritura es casi siempre bustrófedon, alternando en dirección con las hileras sucesivas, como los bueyes arando un campo, pero algunas veces van indistinta-

mente de derecha a izquierda o de izquierda a derecha. Los caracteres están vueltos hacia el principio de la línea, con signos apropiados para separar las palabras. La escritura es en parte silábica y en parte ideográfica; los signos están colocados uno después de otro y a veces superpuestos y con ligaduras. Los caracteres representan cabezas de hombre y de animales, miembros del cuerpo humano y del animal, vegetales, volutas y objetos diversos. Se han descifrado algunos ideogramas, entre ellos, el óvalo, que significa "dios"; un triángulo oblongo y cortado por una línea vertical y otra horizontal, "rey"; un triángulo oblongo cruzado por varias líneas horizontales, "ciudad", y dos de estos triángulos unidos, "país". Se cree que los signos son cerca de 220, de los cuales la cuarta parte tiene valor silábico.

Entre los primeros investigadores que estudiaron los jeroglíficos hititas se encuentran H. A. Sayce, que identificó los ideogramas antes citados; Peiser, J. Halivi y H. Jensen descifraron algunos nombres geográficos; B. Hrozný encontró la clave para descifrar el hitita cuneiforme, y H. T. Bossert introdujo en su estudio los métodos filológicos más rigurosos.



2

Fig. 37. Comparación de los signos cretenses (i, iii, v y vii) con los hititas (ii, iv, vi y viii).

El problema del origen de la escritura jeroglífica hitita no ha sido resuelto; algunos eruditos la derivan de los jeroglíficos egipcios, otros de la escritura pictográfica cretense y varios de la sumerio-acádica. En realidad su forma es principalmente pictográfica, como los jeroglíficos egipcios y los pictogramas cretenses. La comparación entre los jeroglíficos hititas y los egipcios muestra que no tienen una conexión directa, sin embargo, la costumbre de insertar los nombres reales entre dos signos especiales recuerda los cartuchos de los faraones. Así, el nombre

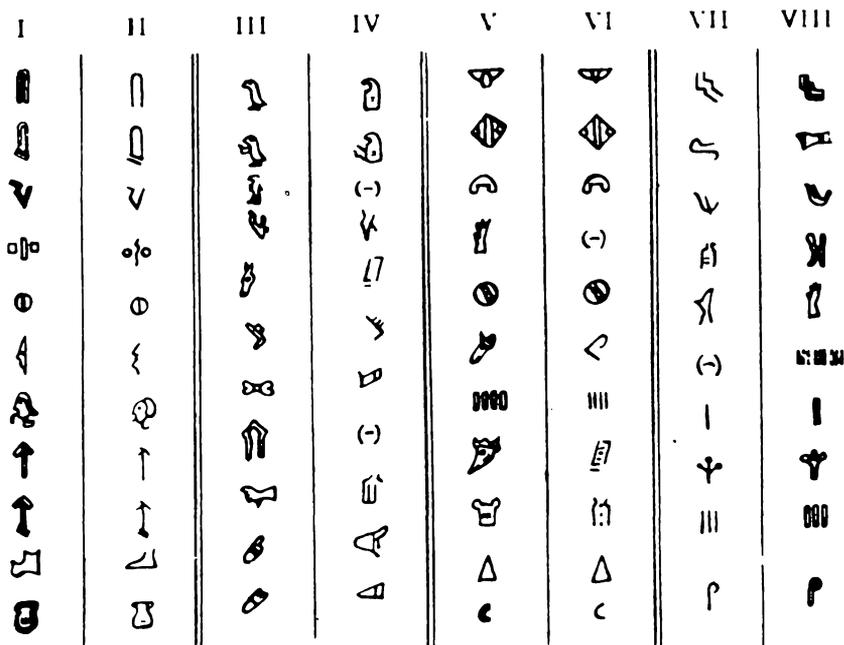


Fig. 38. Signos monumentales hititas (I, III, V y VII) comparados con los cursivos (II, IV, VI y VIII).

de la diosa Kupapa va escrito en medio de un signo ideográfico precedido del silábico *ku* y seguido del signo *pa* duplicado; esta forma de intercalar el ideograma entre los elementos fonéticos es específicamente egipcio. Si dichos signos se comparan con la pictografía cretense se encuentra gran similitud, figura 37, aunque no se puede probar su conexión mientras los pictogramas cretenses permanezcan sin descifrar. Por su carácter silábico la escritura hitita es semejante a la sumerio-acádica, así como por la costumbre de poner un signo especial antes de los nombres de las

personas, los dioses, etc. Varios hombres de ciencia han identificado muchos signos hititas con los primitivos babilónicos y afirman que aquéllos son una modificación de estos últimos antes de que se convirtieran en cuneiformes.

Se cree que, con la expansión del Imperio hitita, sus gobernantes sintieron la necesidad de una escritura monumental para sus inscripciones en piedra, y que impresionados por la belleza de la escritura egipcia, con la que estaban familiarizados, quisieron tener una escritura pictográfica que fuese más apropiada para este fin, y posteriormente usaron una forma más sencilla y más cursiva. Figura 38.



Fig. 39. Escultura con inscripción en el paso de Karabel.

En el paso de Karabel, sobre el camino de Esmirna a Sardis, a sesenta kilómetros de esta última ciudad, se encuentra grabado sobre una roca un bajo relieve que figura un arquero con una larga inscripción en caracteres hititas. Comparándolos con los de la inscripción de Hamah, puede notarse que muchos de ellos han perdido su carácter pictográfico e ideográfico y se han transformado en signos convencionales con una tendencia a la forma geométrica. Sin embargo, se encuentran todavía cabezas humanas y de animales, brazos, manos, pies, vasos, utensilios, armas y otros objetos que no han podido determinarse. Como todas las inscripciones grandes está compuesta de fajas paralelas horizontales, divididas por líneas, las que invariable-

mente se leen a bustrófedon, empezando de derecha a izquierda, hacia donde se dirigen las caras y acciones de las figuras que van invertidas en las líneas alternas. Las palabras escritas en columnas, una sílaba abajo de la otra, se leen hacia abajo y hacia arriba, alternativamente. La división de las líneas y las palabras está hecha por pequeñas barras. Figura 39.

Casi todos los bajo relieves hititas que se han encontrado hasta hoy, como el famoso León de Marash, fig. 40, tienen una gran semejanza con las esculturas asirias. La escritura va, como es costumbre en esas



Fig. 40. El león de Marash.

pictográfica; es una notable reliquia de la civilización oriental; hecha de basalto negro, tiene treinta y tres centímetros de diámetro y veintitrés de la altura; la inscripción está profundamente grabada en la piedra y a pesar de su antigüedad es perfectamente legible. La figura 41 es un diagrama de la inscripción que muestra fué escrita en su mayor parte en tres hileras horizontales y sin líneas de separación.

Por los lugares en que se han descubierto las esculturas se deduce que los hititas eran los vecinos más cercanos de los fenicios hacia

el Norte y el Este; por tanto, no es descaminado pensar que esta extensa civilización, con un sistema de escritura ya desarrollado, haya tenido influencia sobre la de los fenicios, con los que muchas veces estuvieron unidos para fines defensivos, cultivando entre ellos amistosas relaciones. Es muy de lamentarse el irreparable daño que los árabes, con su desenfadada destrucción, han hecho de tantas inapreciables reliquias de la antigüedad, así como la extraordinaria vigilancia que han empleado y los ardidés de que se han valido, pues tan



Fig. 41. Diagrama de la inscripción de un tazón hitita.

pronto como sospechaban que alguna inscripción tenía valor para los cristianos procedían a su inmediata destrucción. Esta suerte corrieron las inscripciones de Alepo, lo mismo que la piedra Moabita, que afortunadamente ha sido restaurada, y muchas otras que fueron quemadas por toneladas para hacer cal, o rotas para emplearlas como piedras de construcción, perdiéndose irreparablemente de una manera u otra para la arqueología. Dada la imposibilidad de remover algunas piedras, varios investigadores tomaron vaciados de yeso de las inscripciones, y después de vicisitudes sin cuento, fueron enviadas a Londres donde reposan en el Museo Británico, ese gran depósito del arte y la arqueología de todo el mundo.



E. DE VERANO

CAPITULO V

LAS INSCRIPCIONES MEDITERRANEAS

El más bello de todos los mares, el de las olas de azul transparente, el Mediterráneo, ese mar que se extiende desde los desiertos quemados por el Sol hasta las regiones donde se hiela el viento norte, ha ejercido una influencia decisiva en los destinos de la humanidad. Gracias a esa extraordinaria concurrencia de tierra y agua y a la penetración continua de golfos que destacan penínsulas prolongadas en regueros de islas, sus costas son riquísimas y las comunicaciones muy fáciles. Su clima, su flora, su fauna, cultivos e industrias son tan variados como las zonas que lo rodean. Los hombres establecidos en sus orillas pudieron adquirir de las grandes naciones circunvecinas muy variados elementos de cultura, los que hábilmente armonizados transmitieron después a los países más lejanos. Estas ventajas comunes a todo el litoral se hicieron más notables en la región oriental, en la que se acercan más entre sí los tres continentes bañados por sus aguas y donde se concentraron más fácilmente civilizaciones cuyos perfiles se afinaron debido a contrastes fecundos que les permitieron irradiar con mayor intensidad.

CRETA. Frente a una de las grandes penínsulas en que se prolonga Europa, la Helénica, y el Asia Menor que le sale al encuentro, de la que emergen diminutas puntas semejando estribos de puentes cuyos pilares son las pequeñas islas regadas por el mar, se encuentra la gran isla de Creta, que señala el centro del Mediterráneo oriental, como dijera Homero. Hablando de las ventajas de su ubicación, dice Aristóteles: "Parece naturalmente hecha para gobernar a Grecia. Su situación es notoriamente bella, domina al mar alrededor del cual se hallan

todos los griegos. Por una parte está a corta distancia del Peloponeso; por otra hace frente a la región asiática cercana al cabo Triopios y a Rodas". Se encuentra también cerca de Troya y de las bocas del Nilo, de Chipre y de Sicilia, por lo que es lógico concluir con el autor antes citado: "He aquí por qué Minos poseyó el imperio del mar y conquistó y colonizó las islas".

De todas las islas egeas Creta es la que presenta una civilización más antigua. Después del período neolítico, del que se han encontrado huellas, allá por el año 3000 antes de Jesucristo, una población emparentada con las razas caucásicas del Asia Menor parece haber formado la más antigua base de su etnología, originando posteriormente importantes civilizaciones, que según unos son análogas a las del Mediterráneo occidental y para otros proceden de Egipto. Herodoto y Tucídides presentan a Creta como centro de la civilización egea, asiento del gobierno marítimo del rey Minos. En Cnosos, su capital legendaria, el explorador Arthur J. Evans, halló un conjunto de construcciones que llama "el palacio de Minos", las que, por su factura y ornamentación arquitectónica y pictórica, indican hasta dónde llegó el sentimiento y la habilidad artística de ese pueblo. En el correr de los siglos, la civilización cretense se extendió progresivamente por todas las islas del Egeo y los países de Hélade, donde se han descubierto evidencias del paso de este pueblo, cuyo poderío aumentó por el imperio que tenía sobre el mar. La existencia en ese tiempo tan remoto de un poder marítimo en Creta y su posición central entre Grecia y los imperios del Este, le permitieron recibir e incorporar las características de ambos; lo que explica el apogeo y amplia difusión de un tipo de civilización como la cretense, en la que las influencias orientales parecen haberse asimilado y transmutado en una vigorosa e independiente nacionalidad, dotada del deseo de poseer un arte propio.

Al alcanzar la isla de Creta ese grado de civilización, en un período tan primitivo, muy anterior al desenvolvimiento de la cultura en la península griega, había creado también un arte de escritura aparentemente nativo, que fué practicado muchos siglos antes de su aparición en el continente. Como se ha dicho, con anterioridad a la invasión dórica, que en el siglo doce antes de Jesucristo esparció su población en las islas del Mar Egeo, Creta era el centro de la remota civilización minoica. Minos, su rey, fué el primer legislador de Grecia y el constructor del famoso Laberinto, una de las siete maravillas del mundo.

Evans descubrió entre las ruinas del palacio de Cnosos, un gran número de notables inscripciones que corresponden a la primitiva época de la cultura minoica. Esta se prolongó durante varios siglos, a partir del año 3400 antes de Jesucristo y terminó con su completa destrucción en 1200 de la misma Era; por lo tanto, fué contemporánea de las más poderosas dinastías de Egipto. En las capas más bajas de los depósitos de Cnosos se encontraron esculturas egipcias de la décimosegunda y décimotercera dinastías. Se hallaron también vasos cretenses en Egipto, y escarabajos egipcios en los depósitos cretenses, lo que prueba que dos mil quinientos años antes de Jesucristo hubo un activo intercambio entre los dos países.

Por los descubrimientos de Evans en la isla se ha llegado a la conclusión de que en ella existió una cultura nativa y una continua comunicación con Grecia, Egipto, Siria y otros países, algunos siglos antes de que los fenicios lanzaran sus embarcaciones al Mediterráneo y comerciaran con chipriotas y cretenses. Durante su viaje a Grecia en 1893, Evans encontró algunas pequeñas piedras que tenían grabados unos símbolos jeroglíficos semejantes a los hititas, pero con características propias; creyó que eran de origen cretense, lo que confirmó comparándolos con las inscripciones de Creta que posee el Museo de Berlín. Con estas y otras pruebas, decidió seguir sus investigaciones en Creta, comenzando en la primavera de 1894; eligió la parte occidental de la isla que fué ocupada antes de los tiempos históricos por los pueblos primitivos no helénicos, encontrando en Praisos algunas piedras inscritas con caracteres jeroglíficos, y otras con lineales o casi alfabéticos, que habían sido preservadas a través de este largo lapso, debido a que las mujeres cretenses las usaban como amuletos para ser buenas nodrizas, llamándolas "piedras de leche", y aunque no pudo adquirirlas, tomó impresiones de los caracteres. Explorando Goulás, cuyas ruinas son extensísimas, halló otras piedras y entre ellas una cornalina con la imagen de un sol resplandeciente y una ramita de follaje, y además una taza de barro con tres caracteres escritos con grafito, de los que dos de ellos eran idénticos a los chipriotas que representan *pa* y *lo*. En algunas paredes de Cnosos encontró varias marcas parecidas a las que llevan la loza y los sellos, que por la posición que guardan parece que fueron grabadas antes de colocar los bloques en su sitio.

El profesor W. M. Flindres Petrie descubrió, en la ciudad de Kahun, que data de la décimosegunda dinastía egipcia y en Gurob, que es como

doce siglos más reciente, testimonios de colonizaciones asiáticas y egeas en los fragmentos de loza cretense inscrita con caracteres idénticos a los encontrados en Grecia. En las excavaciones de los inmensos montículos de Tell el-Hesy en Palestina, formados por las ruinas de once ciudades diferentes colocadas una sobre otra, se descubrieron tientos inscritos, similares a los egeos, entre los restos de la cuarta ciudad que existió en 1450 antes de Jesucristo.

Conectando los resultados de las exploraciones en Asia Menor, Egipto, Creta, Chipre, Rodas, Tera, Melos y otras islas del Mediterráneo oriental con las del Peloponeso, puede demostrarse la existencia de una civilización anterior a la fenicia, de la cual Creta era el centro.

Como es natural, las inscripciones más antiguas son jeroglíficas, y según estimación de Evans, corresponden al tercer milenio antes de Jesucristo, en tanto que las más recientes están hechas en escritura lineal, que tiene la apariencia de ser un silabario fonético. Las inscripciones pictográficas contienen un gran número de elementos que son tan sorprendentemente parecidos a los jeroglíficos hititas, que muchos tipos o símbolos convencionales pueden señalarse como de uso común y quizá del mismo origen.

Entre los signos empleados en estas notables inscripciones, se encuentran los siguientes: el cuerpo humano y sus partes; armas, instrumentos e implementos; casas y utensilios domésticos; barcos y asuntos marinos; animales y sus partes; plantas y árboles; cuerpos celestes; signos geográficos y topográficos; figuras geométricas y objetos no identificados, con un total de ciento treinta y cinco signos. La dirección de la escritura es unas veces de izquierda a derecha y otras bistrófedon, alternando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Algunas figuras son semejantes a los signos chipriotas, babilónicos, egipcios e hititas.

Muchas de estas inscripciones pictográficas están grabadas sobre joyas y sellos prismáticos, de tres o cuatro lados, de cornalina, jaspe, esteatita y otras piedras que se hallaron en antiguos osarios, cementerios y en otras partes de Creta. Examinándolas puede colegirse que los signos que tienen grabados son caracteres ideográficos o quizá silábicos; la figura 42 es un sello de cornalina roja que lleva inscripciones en sus cuatro lados, muchas de las cuales tienen un gran parecido con las lineales babilónicas. Los sellos con pictogramas se hallaron solamente en la región este de Cnosos y se cree que su uso no se extendió

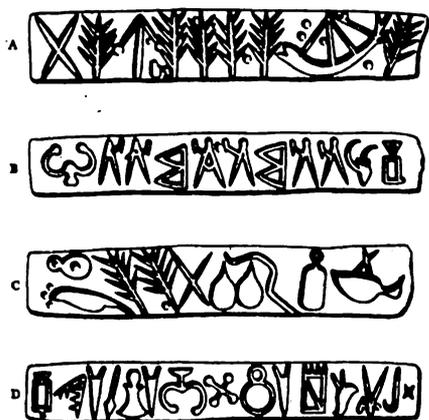


Fig. 42. Sello de cuatro lados, de la isla de Creta.

de Jesucristo, aunque contiene varios elementos del estilo antiguo, es indudablemente de índole alfabética, pues han desaparecido muchos signos pictográficos o jeroglíficos. La figura 44 es un ejemplo típico de esta clase de escritura lineal cretense más perfeccionada; en ella pueden notarse algunas formas parecidas a nuestros caracteres alfabéticos *M*, *H*, *F* y *S*.

Los signos lineales substituyeron a los jeroglíficos y están inscritos sobre tablillas de barro, sellos de piedra de tres lados muy semejantes a los que tienen signos pictográficos, pendientes de esteatita, piedras de construcción y vasijas. De todas estas fuentes Evans tomó los treinta y dos caracteres mostrados en la figura 45, y agregó sus correspondientes de la escritura chipriota y de la egea encontrados en Egipto. De esos signos, dieciséis son semejantes a algunos egipcios y la otra mitad a los hititas, pero todos tienen características independientes que los señalan como nativos. Aunque las coincidencias a veces son muy notables e indican una gran afi-

fuera de la isla, y acaso se limitó a una parte de ella.

Las tabletas de escritura lineal, que se han encontrado en gran cantidad, son de dos clases: las más antiguas contienen figuras convencionales, y las últimas caracteres geométricos. Los dos ejemplares de escritura antigua, figura 43, fueron seleccionados entre ciento cincuenta tablillas con inscripciones encontradas en el palacio de Hagia Triada, cerca de Faistos, y datan del año 1600 antes de Jesucristo.

La forma más reciente, que pertenece a los años de 1600 a 1300 antes

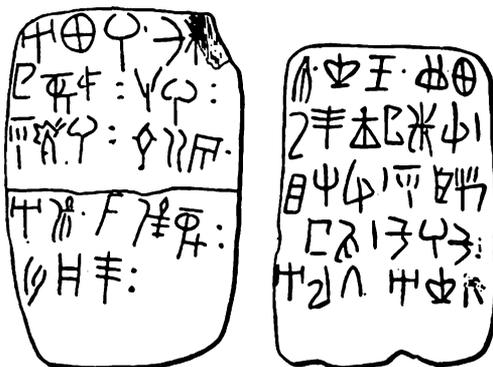


Fig. 43. Antigua escritura lineal cretense.



Fig. 44. Escritura geométrica lineal de Cnosos.

nidad, hay que recordar que la similitud de muchos de los objetos reproducidos explica la correspondencia de la escritura pictográfica de los diferentes pueblos.

La escritura lineal es silábica, quizá alfabética, y como se ha dicho, posiblemente deriva de la jeroglífica, ya que es una forma convencional de pictografía; pero el doctor Tsountas dice que su simplificación se efectuó en el Este y entre un pueblo o pueblos que no eran griegos, y después fué llevada a Grecia, difundiéndose más en las islas, al menos en Creta, que en el Peloponeso u otras porciones de tierra firme, donde el número de objetos con estas inscripciones es muy pequeño. Sin embargo, este sistema de

escritura es inseparable del área dominada por la cultura egea y, desde el punto de vista geográfico, pertenece a Grecia; pero, como se dijo antes, mientras las piedras con inscripciones jeroglíficas se encontraron sólo en Creta, se hallaron ejemplares con caracteres lineales en Nauplia, en Micenas y en otros sitios de Grecia y Egipto.

Estas inscripciones revelan el hecho de que mil años antes de que apareciera algún indicio de escritura en Grecia, los cretenses habían elaborado un silabario que pasó por varios estados de evolución, desde los primitivos pictogramas hasta los signos convencionales. Hay que notar que la escritura es de izquierda a derecha, lo que la distingue del método reverso de los semitas, pues como puede verse en la figura 44, cada línea termina a la derecha con una raya vertical que parece se usa para separar las palabras. Si se comparan las veintidós letras del alfabeto semítico contenidas en la Piedra Moabita, fig. 74, con los numerosos caracteres de las más recientes inscripciones cretenses, se encontrará un gran parecido entre muchos de ellos, lo que demuestra estrecha relación histórica entre ambos, y justifica la afirmación de algunos investigadores respecto a que el alfabeto fenicio es de origen europeo, aunque nada se puede decir de sus semejanzas fonéticas, pues ninguna inscripción de Creta ha sido traducida. Se han hecho varios intentos para descifrarlas, mas no se ha logrado; pues no se conoce el idioma cretense. Se cree que esta lengua no era indoeuropea, pero que tenía alguna relación con las de los pueblos indígenas del Asia Menor. Los elementos que se han podido

<p>CARACTERES LINGUA LES CRETENSES Y EGEOS.</p>	
<p>SIGNOS EGEOUS ENCUENTRADOS EN EGIPTO</p>	
<p>CARACTERES. CHIPRIOTAS.</p>	
<p>CARACTERES LINGUA LES CRETENSES Y EGEOS</p>	
<p>SIGNOS EGEOUS ENCUENTRADOS EN EGIPTO.</p>	
<p>CARACTERES CHIPRIOTAS.</p>	

Fig. 45. Caracteres egeos.

distinguir son: los signos de numeración, algunos ideogramas y varios que tienen valor fonético. El número de caracteres de la escritura lineal se redujo a 85, de los cuales se estima que la minoría son ideogramas y la mayor parte fonéticos.



Fig. 46. El disco de Faistos (anverso).

cada signo; éstos van al lado de una línea espiral, cuyas vueltas están divididas por líneas verticales, formando grupos de signos que pueden ser palabras u oraciones. Los caracteres son completamente pictográficos, pero no tienen semejanza con los pictogramas cretenses; son 241 en total, 123 (divididos en 31 grupos) en un lado y 118 (30 grupos) en



Fig. 47. El disco de Faistos (reverso).

Es necesario mencionar el disco de Faistos, figs. 46 y 47, porque no solamente es la más notable de todas las inscripciones halladas en Creta, sino el primer objeto estampado en esta forma que se conoce. Fué encontrado por la Misión Arqueológica Italiana, dirigida por Luis Pernier, el año 1908, y data más o menos del 1700 antes de Jesucristo. Es una tablilla de barro de figura circular irregular, de quince a diez y ocho centímetros de diámetro, que tiene caracteres estampados sobre ambos lados, con troqueles de tipos móviles, uno para cada signo; éstos van al lado de una línea espiral, cuyas vueltas están divididas por líneas verticales, formando grupos de signos que pueden ser palabras u oraciones. Los caracteres son completamente pictográficos, pero no tienen semejanza con los pictogramas cretenses; son 241 en total, 123 (divididos en 31 grupos) en un lado y 118 (30 grupos) en el otro, y representan figuras humanas y animales, partes del cuerpo de unos y otros, plantas, armas y utensilios; la dirección de la escritura es de derecha a izquierda, comenzando por la línea exterior, con las figuras vueltas hacia la izquierda. No se sabe el origen de esta inscripción, pues no se han encontrado signos semejantes ni en Creta ni fuera de ella, pero lo más seguro es que tenga origen cretense.

CHIPRE. A sólo noventa y seis kilómetros del Asia Menor se extiende la larga y angosta isla de Chipre,

prolongándose hacia el noroeste en una península que la acerca a la desembocadura del Orontes; está atravesada por dos cadenas de montañas de poca elevación que van casi paralelas de Este a Oeste, separadas por un fértil valle. Su suelo, siempre húmedo, produce en abundancia trigo, vid y olivo; sin embargo, su más grande riqueza son las minas de hierro, alumbre, amianto, ágata, sardónica y piedras preciosas, pero sobre todo, el cobre, que por hallarse en tanta cantidad los romanos lo llamaron *cyprium*, o metal de Cyprus, palabra que se adaptó a todas las lenguas de Europa.

Fué ocupada por un pueblo de raza caucásica y toda su cultura estaba emparentada con las del Asia Menor; en el segundo tercio del siglo trece, antes de Jesucristo, los aqueos se apoderaron de ella y la colonizaron. Chipre fué, después de Egipto, el mercado que más desearon conquistar los cretenses, ya que sus minas les ofrecieron inagotables riquezas que llevaron por todo el Mediterráneo, convirtiendo la isla en el punto de partida de importantes relaciones comerciales con Egipto y los pueblos del Egeo.

No es Creta la única isla egea donde hay evidencias de la primitiva cultura minoica; en Chipre se encontró una variante local de los signos cretenses que se usaron hasta el período griego, la que gradualmente fué perdiendo la arcaica forma de esta escritura y tomando también un aspecto diferente al de los alfabetos del Asia Menor. Los caracteres no tienen relación con los egipcios ni con los cuneiformes; sus dos terceras partes son signos lineales idénticos a los cretenses, y los demás semejantes a los jeroglíficos, por lo que se deduce que está tomada de la jeroglífica de Creta, pero en la época en que la llevaron a Chipre los mercaderes y colonos cretenses, ya tenía algo de lineal. Esta forma de escritura siguió su ciclo evolutivo y cuando se redujo a un silabario, los aqueos, llegados del Peloponeso, la adaptaron a su idioma, aunque siempre evidenció, por su insuficiencia para significar ciertos matices, que no había sido creada para expresar el griego.

La escritura chipriota fué descifrada, principalmente durante los últimos veinticinco años del siglo diez y nueve, gracias a que la mayor parte de las 185 inscripciones descubiertas están redactadas en griego. Parece que el silabario chipriota se empleó durante los siglos sexto al tercero antes de Jesucristo, y las inscripciones son generalmente de los siglos quinto y cuarto de la misma Era. Los signos chipriotas son puramente lineales y están formados por combinaciones de líneas rectas y ligeramente curvas, algunos se asemejan a las letras semíticas del Norte

a	e	i	o	u
*)(***)	*)	≒	Υ Ϛ
Δ 0 Δ	ž			
)()(**)	±)C	∩ ∩ ∩	
♀ ♀ ∇ d	△ ▽ ○	∫ ∫	⊗ ⊗ α	≒ ≒ ≒
∨ ∨	≡ ⊗ 8	⊥ ⊥ ⊥ ⊥	++	∩ ∩
)C	⊗ ⊗	MT	∩ ∩ ∩	*
∩ ∩	∥ ∥ ∥	∫ ∫	∩ ∩ C	∩ : KC
± ± ±	∫	∩ ∩	∩ ∩ ∩	∩ ∩
∩ ∩	∩ ∩	∩ ∩ ∩	∩ ∩ ∩	∩ ∩
∩ ∩ ∩	∩ ∩ ∩	∩ ∩	∩ ∩	∩ ∩ ∩
∩ ∩	∩ ∩	∩ ∩ ∩	∩ ∩	∩ ∩
)C)C		∩ ∩	
)C	∩ ∩			

Fig. 48. El silabario chipriota.

y a las griegas, pero su valor fonético es completamente diferente. El silabario chipriota, que aun no está completo, fig. 48, consta de 55 símbolos, cada uno de los cuales representa una sílaba abierta (como: *pa, ko, ne, se*) o una vocal. La escritura se creó para un idioma que no era el griego, por lo que la expresión de los sonidos griegos es muy imperfecta.

Luigi P. Di Cesnola, que pasó algunos años en la isla de Chipre explorando y excavando los sitios de las antiguas ciudades, encontró una gran cantidad de objetos de arte, entre los que hay muchas inscripciones con caracteres de la escritura silábica chipriota. La figura 49 es una de estas inscripciones halladas por Cesnola en Pafos; se lee de derecha a izquierda y es un ejemplar característico de esta escritura.

Las opiniones de los investigadores acerca del origen de la escritura chipriota difieren. Parece que en el Asia Menor, durante el segundo milenio antes de Jesucristo, se usó un silabario muy parecido al chipriota, pues se han encontrado fragmentos de inscripciones en Troya, Hisarlik, Cilicia, Caria, Pamfilia, Licia y Lidia; esta área la forman los países del litoral mediterráneo establecidos por los griegos y los pueblos conexas contemporáneos al último período de la civilización

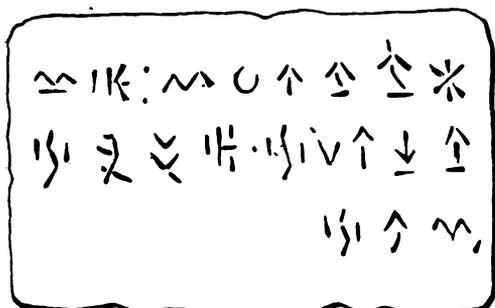


Fig. 49. Inscripción chipriota.

hitita, que floreció en la región interior vecina, al este de Capadocia y Frigia. Todas estas costas estuvieron bajo el influjo de los egeos durante muchos siglos antes de la guerra de Troya y su cultura se extendió hasta Canaán. Se cree que los filisteos que vivieron en la costa del Mediterráneo, al Sur de Fenicia a fines del siglo décimotercero antes de Jesucristo, eran cretenses que después de la destrucción de la civilización minoica debida a la invasión dórica del Peloponeso, fueron arrojados del Egeo y se refugiaron en las tierras de la costa de Palestina.

Algunas autoridades dicen que los signos del silabario chipriota descienden de la más reciente variedad de jeroglíficos hititas inscritos en el tazón encontrado en Babilonia, que son más sencillos y cursivos. Sin duda tienen semejanza, pero muchos arqueólogos se inclinan a creer que no hubo influencia hitita en los signos del área del Mediterráneo, pues hasta hoy no se ha encontrado dato alguno por lo que se pueda conjeturar que los signos hititas fueran transformados y transmitidos a los fenicios o a otros pueblos de Egeo y del Mediterráneo. Y si se debe admitir la influencia que tuvo la gran nación hitita sobre sus vecinos, hay también que recordar que la civilización egea tuvo

considerable supremacía durante muchos siglos en las costas mediterráneas del Asia Menor, pues los hititas sólo llegaron cerca de la costa por Esmirna.

Por otra parte, encontramos en la isla de Creta una escritura nativa que se desenvolvió a través de varias épocas de crecimiento nacional y se transformó de un sistema puramente pictográfico en otro geométrico, perfectamente desarrollado, que parece ser un silabario fonético. En Chipre, a ciento treinta o ciento cuarenta kilómetros de la costa de Fenicia, se empleó durante muchos siglos, como hemos visto, una escritura lineal cuyos caracteres son en su mayor parte semejantes a la antiquísima escritura lineal minoica de Creta. Se sabe que los cretenses tenían colonias en Siria y en Asia Menor: en Mileto, Eretria y Licia. Chipre fué una piedra de paso del Oeste al Este, y pudo tener su parte en la divulgación de la civilización egea en el cercano continente, y quizá contribuyó también en cualquier reflujo de la marea de la cultura que trajera años después a Fenicia una escritura perfeccionada que provenía del Egeo.

LICIA. En el suroeste de Asia, protegido por altas montañas que encuadran bellas y fértiles planicies regadas por el río Xanthus, se encuentra el país de los licios, pueblo que se cree no era de origen indoeuropeo, sino inmigrantes de la isla de Creta cuyo idioma quizá pertenecía a la familia de las lenguas caucásicas del Sur. Allí se han encontrado cerca de 150 inscripciones y algunas monedas que datan de los siglos quinto y cuarto antes de Jesucristo, con signos que parecen ser silábicos o alfabéticos. Están escritos de izquierda a derecha y la mayor parte se asemeja a los caracteres del alfabeto griego occidental. Sin embargo, se presume que algunas vocales fueron inventadas por los licios o tomadas de otros alfabetos; respecto a los signos de las consonantes, no todos son como los griegos ni tienen el mismo valor. Uno de los rasgos característicos de la escritura licia es la duplicación de las consonantes cuando éstas siguen a otra consonante, como *xttvaddi pttara*, se ignora si se trata de una particularidad lingüística o de una regla ortográfica. Hay que notar también el uso de dos puntos superpuestos en medio del texto, que en algunas inscripciones son muy numerosos, en otras son escasos y varias carecen de ellos, por lo que no se sabe si eran signos de puntuación o separación de palabras.

La mayor parte de las inscripciones son breves epitafios en monumentos funerarios. La figura 50 es la inscripción hecha sobre un bello sarcófago de Xanthus, tiene algunos caracteres griegos mezclados con

ΓΡΙΡΡΡ:↑Δ
 ΤΕΔ↑ΕΜΕ *.
 ΡΡ+:Τ↑Λ∇ΙΕ
 Γ↑ΡΤΙ∇↑Ε *.
 ΟΓ↑ΤςΓ↑ΡΕ∇
 ΕΙ↑Ι * *.
 ↑ΡΡΕΡΙΕΙΡ:↑Ρ*
 ΡΜ↑ςΡΞΡ∇∇
 Ο+Ρ+Ε:ΤΕ:Ρ
 ∇ΜΙΔΕΡΙΞΔΕ

Fig. 50. Inscripción licia.

varios signos usados en otros países del Mediterráneo que, como se ha dicho, se emplearon por mucho tiempo y bastante completos en la cercana isla de Chipre. Catorce signos son iguales a las letras griegas y ocho a las de los demás países.

LIDIA. Lidia ocupó la costa occidental del Asia Menor, entre Misia al Norte y Caria al Sur, y fué el país más fuerte de esa región después de la caída del reino frigio, particularmente durante los siglos séptimo y sexto antes de Jesucristo. Los reyes lidios a partir de Giges (680-550 antes de Jesucristo) dominaron varios países circunvecinos, especialmente durante el reinado del poderoso Creso, el último y más famoso de sus reyes, que fué

derrotado por Ciro rey de Persia el año 546 de esa misma Era.

La civilización lidia fué muy influída por la griega; la lengua, aunque no pertenecía a las indoeuropeas, tenía grandes afinidades con ellas. En las excavaciones hechas por arqueólogos norteamericanos durante los años de 1910 a 1913, en Sardis, la antigua capital de Lidia, se hallaron cerca de 50 inscripciones que datan de los siglos quinto y cuarto antes de Jesucristo y son en su mayor parte funerarias. La interpretación de la escritura lidia se pudo hacer gracias a que se encontraron varias inscripciones bilingües lidio-araméas y lidio-griegas. El alfabeto lidio es similar al usado por los licios, pues en él concurren letras griegas y otros caracteres empleados en el área del Mediterráneo. La figura 51 es un fragmento de una inscripción encontrada en Sardis, esculpida en una plancha de mármol; los signos, que no son griegos, parecen más marcados que en el ejemplo de escritura licia; la altura de las letras y el extraño apéndice del signo parecido a la *w*, son rasgos característicos de las escrituras licia y lidia. Este alfabeto parece ser más reciente que el anterior.

En la figura 52 se encuentra el alfabeto licio y el lidio con su equivalente griego; el primero fué completamente restau-

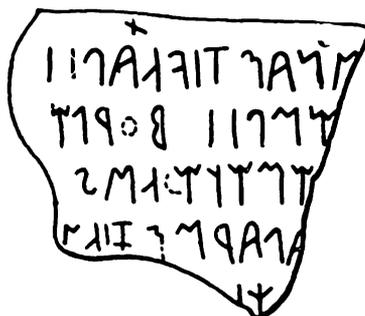


Fig. 51. Inscripción lidia.

I Alfabeto Licio	VALOR FONÉTICO	EQUIVALENTE GRIEGO	II Alfabeto Licio	VALOR FONÉTICO	EQUIVALENTE GRIEGO	I Alfabeto Licio	VALOR FONÉTICO	EQUIVALENTE GRIEGO	II Alfabeto Licio	VALOR FONÉTICO	EQUIVALENTE GRIEGO
Α Ρ	a	A	Δ	d	Δ	ΑΑ	a	A	ΜΜ	m	M
X	z	A	I	z	Z	Υ	z	Ϛ	ΥΥ	n	N
↑	k	H	K	k	K	↑	a	ϛ	Υ↑	x	Ξ
E	i	E	Λ	l	Λ	ϘϘ	b	B	οο	o	O
I	i, y	I	ΜΜΜ	m	M	ΓΓ	z	Γ	ΓΓ	p	Π
Ι	i	I	ΝΝ	n	N	ϚϚ	e	E	ϘϘ	r	Ρ
B b	ou, v	Ω	ΠΠ	p	Π	Υ	z	H	Ϛ	s	Σ
+	"		P	r	P	ϚϚ	v, u	F	T	t	T
Ж*Ж	"	Υ	S	sh	Σ	†I	z	Z	88	f	Θ
οο	o		T	t	TΘ	I	i	I	Υ	u	Υ
↓↓↓↓	u	Υ	F	f	FΠ	κ	k	K	>	INCÓGNITO	
ΥΥΥΥ	u		Χ	ch, k	X	ΛΛ	l	Λ	M	"	"
↓↓↓(<)	s	Γ							2	"	"

Fig. 52. Alfabetos licio y lidio con su equivalente griego.

rado desde hace algún tiempo, pero el segundo hace muy poco que se rehizo gracias a los trabajos del profesor Thumb. Fácilmente pueden reconocerse los caracteres antiguos, más elaborados, y notarse el gran número de variantes usadas en cada país para el mismo valor fonético.

CARIA. Caria, situada al sur de Lidia y al este de Licia, tiene sobre sus costas bordeadas de islas y de islotes una sucesión de golfos y de promontorios que dan a la playa el aspecto de un encaje. La parte interior es muy montañosa, pero el valle de Meandre (hoy Menderez), que partiendo de Frigia desciende a la parte septentrional de Caria, avanza hacia el Egeo y abre una fácil comunicación con la costa.

Se cree que los carios ocuparon algunas de las islas del Egeo antes de llegar al continente, pero se sabe poco respecto de sus afinidades étnicas y lingüísticas. Su idioma no era indoeuropeo y tenía alguna semejanza con el licio. La escritura caria es una de las más antiguas del Asia Menor y se distingue por la mezcla que tiene de signos alfa-

ALFABETO GRIEGO OCCIDENTAL (BEOCIO)	ALFABETO SIGNOS ALFABETICOS	ALFABETO SIGNOS SILABICOS	SIGNOS CHIPRIOTAS
A A	ΑΛ a	Ω ko	⌈ ⌊ ko
B	b b	↑ ti	↑ ti
C (ARCADIO)	Γ C g	⊥ to	⊥ to
Δ	Δ d	⚡ pe	⚡ pe
E E	Ε E e	▽ ra	▽ ra
F	F v	⋈ re	⋈ re
I	I z	ΠΤΛ ri	Υ ri
Θ	Θ t	▽Υ ro	⌊ ro
K	K k	ΔΜ mi(j)	Υ mi
Λ (ARCADIO)	Λ l)(no)(no
N N	N n	□ ya	○ ya
O	O o	⊗ ?	
Ρ	Ρ p	ϷΥω va	
R	Ϸ s	Φ vo	Φ mo
Σ Σ	Ρ r	ϷΧ vu	Υ u
T	Μ s	ΗΥ se	Ϸ se
V Υ	Τ t	Θ he	Ϸ he
+	Υ u	Ϸ he?	
⋈	Χ h	⋈ ?	
⋈Υ	⋈Υ kh		
	⋈Υ k ^c		

Fig. 53. Signos carios.

béticos y silábicos. Se han descubierto cerca de 80 pequeñas inscripciones que datan de mediados del siglo séptimo antes de Jesucristo. La mayor parte se encontraron en Egipto, especialmente en el alto Nilo, hechas sobre las estatuas de un hipogeo de Abu-Simbel por los mercenarios carios al servicio de los faraones. Los caracteres carios son 20 signos alfabéticos tomados de un alfabeto griego de tipo occidental, y 19 silábicos que parecen ser cretenses o chipriotas, fig. 53. La escritura generalmente es de derecha a izquierda, aunque unas cuantas veces va a la inversa.

Flindres Petrie formó varios cuadros, que se incluyen después, en los que hace un paralelo de los cientos de caracteres diferentes usados en los países del Mediterráneo, agrupando los de Egipto, Creta, Chipre, Caria, Lidia, Licia, España y otros, y los compara con los signos alfabéticos usados en Fenicia, Tera, Melos, Atenas, Etruria y Roma. De la comparación infiere que muchos de los signos se pusieron gradualmente en uso en tiempos primitivos, debido a los mercaderes que los llevaron de país en país, hasta que algunos de ellos se impusieron y llegaron a ser de la propiedad común de un grupo de corporaciones de comerciantes, y, en cambio, los signos nativos de cada región fueron extinguiéndose gradualmente. Se cree que los fenicios que comerciaban con sus vecinos, los carios, seleccionaron de su silabario y del de los licios, sus vecinos aun más cercanos, los veintidós caracteres que usaron en su alfabeto.

Es muy de notarse que en Grecia casi no se han encontrado indicios de los silabarios cretenses o egeos, y aunque en tres o cuatro sitios se descubrieron inscripciones con unos cuantos caracteres que tienen alguna semejanza con la antigua escritura egea, son muy fragmentarios, lo que prueba que los griegos no tomaron su escritura de aquella ni de otro silabario. La civilización minoica fué destruída algún tiempo antes de que los griegos empezaran a elaborar su alfabeto, y no hay ningún hecho histórico que haga cambiar la opinión de que los fenicios llevaron el suyo a Hélade. El profesor William N. Bates, de la Universidad de Pennsylvania, en una conferencia sobre el "Origen del alfabeto", reproducida en *Old Penn* de marzo de 1916, concluye así su erudito trabajo: "Mientras más pienso, creo que podemos considerar como seguro que el alfabeto griego tuvo su origen en Creta. Además, según las pruebas actuales, parece, aunque todavía no está confirmado, que los fenicios simplificaron los caracteres que tomaron en Creta y difundieron el alfabeto por todo el Mediterráneo".

CONCLUSIONES

En rápida ojeada se han presentado los esfuerzos de la humanidad para comunicarse por medio de la palabra escrita y de inmortalizarse en ella, su potencia creadora para expresarla gráficamente, y sus luchas, titubeos y ensayos para lograrlo. Mucho debemos a los pacientes grabadores que con instrumentos primitivos hicieron brotar de la piedra o hendieron en el barro las primeras manifestaciones pictográficas, y a los laboriosos calígrafos que dejaron en los papiros los complicados signos que al correr de los siglos se transformaron en nuestras letras.

Considerando la evolución de estos signos se puede decir:

Que la primera escritura usada por todos los pueblos fué la pictográfica, que en algunos casos se transformó en ideográfica y más tarde en fonética, y en otros interrumpió su evolución al ser substituída por la de pueblos de civilización más avanzada.

Que los pueblos primitivos de los distintos continentes, independientemente o por el influjo de sus vecinos, han elaborado sus sistemas de escritura llegando unos a un alto nivel, desapareciendo otros y encontrándose algunos todavía en sus principios.

Que los hermosos y complicados jeroglíficos egipcios, simplificados en las escrituras hierática y demótica, influyeron en la formación de las escrituras de otros pueblos que estuvieron en contacto con ese poderoso imperio, ya sea como conquistados o como conquistadores.

Que la escritura silábica, período fonético que empezó con la cuneiforme, fué usada por los hititas, los chipriotas, los cretenses y algunos pueblos del Asia Menor.

Que los signos gráficos nacidos al calor del mundo Oriental se emplearon por varios pueblos del Mediterráneo, aunque con distinto valor e interpretación fonética, para al fin fundirse en los que fueron la base de nuestro alfabeto.

OBRAS CONSULTADAS

- BERGER, PHILIPPE. *Histoire de l'écriture dans l'antiquité*. Paris, Imprimerie Nationale, 1891.
- BIBLIA. *La Sagrada Biblia traducida al español de la Vulgata latina y anotada...* por el Ilmo. Sr. D. Felipe Scio de San Miguel. Barcelona, A. Pons y Cía., 1843-45, 6. v.
- BODMER, FREDERICK. *The loom of language*. New York, W. W. Norton and Co., (c 1944).
- BOSCH GIMPERA, PEDRO. *Historia de Oriente*. Barcelona, Gili. 1927-28. 2 v.
- CAPART, JEAN. *Quelques découvertes récentes relatives a l'histoire de l'alphabet*. (En Academie royale de Belgique, Classe des lettres et des sciences morales et politiques. Bulletin. p. 408-21). Bruxelles, Lamertin, 1920.
- CLODD, EDWARD. *The story of the alphabet*. New York, Appleton Century, 1938.
- CONTENAU, GEORGES. *La civilisation des hittites et des hurrites du Mitanni*. Paris, Payot, 1948.
- CHAMPOLION, JEAN FRANÇOIS. *Dictionnaire égyptien et écriture hiéroglyphique*. Paris, Firmin Didot, 1841.
- CHAMPOLION-FIGEAC, AIME LOUIS. *Historia descriptiva y pintoresca de Egipto*. Habana, Imp. de R. Oliva, 1840. 2 v.
- CHARBONNEAU, JEAN. *L'art égéen*. Paris, Editions G. Van Oest, 1929.
- CHOSSAT, ED. de. *Classification des caracteres cunéiformes babyloniens ninivites archaïques et modernes*. Lyon, Imp. rue d'Ambroise, 6, (s. f.)
- CHOSSAT, ED. de. *Répertoire assyrien (traduction et lecture)*. Lyon, Imp. Perrin et Marinet, 1879.
- DELAPORTE, L. *Mesopotamia, las civilizaciones babilónica y asiria*. Barcelona. Ed. Cervantes, 1925. (La evolución de la humanidad, v. 8.)
- DIRINGER, DAVID. *L'Alfabeto nella storia della civiltà*. Firenze, S. A. G. Barbera, 1937.
- DIRINGER, DAVID. *The alphabet, a key to the history of mankind*. London, Hutchinson's scientific and Technical Publications, 1949.
- EGE, OTTO F. *Pre-alphabet days*. Baltimore, Norman T. A. Munder (c1923).
- EVANS, SIR ARTHUR JOHN. *Cretan pictographs and prae-Phoenician script, with an account of a sepulchral deposit at Hagios Omuphrios near Phaestos in its relation to primitive Cretan and Aegean culture*. London, Quaritch, 1895.

- FARINA, J. Grammaire de l'ancien égyptien (Hieroglyphes). Paris, Payot, 1927.
- FAULMAN, CARL. Das Buch der Schrift enthaltend die Schriften and Alphabete. Wien, K. K. Hof-und Staatsdruckerei, 1878.
- FEVRIER, JAMES G. Histoire de l'écriture. Paris, Payot, 1948.
- GARDINER, ALAN H. The nature and development of the Egyptian hieroglyphic writing. (En The Journal of Egyptian Archaeology, v. 2, p. 61-75). London, The Egypt Exploration Fund, 1915.
- GELB, I. J. A Study of Writing; the foundations of grammatology. London, Routledge and Kegan Paul Ltd. 1952.
- GLOTZ, GUSTAVO. La civilización egea. Barcelona, Cervantes, 1926. (La evolución de la humanidad, v. 9.)
- GRIFFITH, C. L. T. The story of letters and numbers. London, Paul Trench, Trübner and Co., 1939.
- HELPS TO THE STUDY OF THE BIBLE. Oxford, University Press, (s. f.).
- HOERNESS, M. y BEHN F. Prehistoria. v. 1. La edad de la piedra. Barcelona, Ed. Labor, 1925. (Colección Labor, Núm. 41.)
- HUNGER, J. y LAMER, H. La civilización del Oriente antiguo. Barcelona, Gili, 1924.
- ILIN, M. Black on white, the story of books. Philadelphia, Lippincott, 1932.
- JERPHANION, GUILLAUME DE. Hittite monuments of Cappadocia. (En Society of biblical archaeology. Proceedings. v. 32, p. 168-74, may. 1910). London, The Society, 1910.
- JOUGET, PIERRE, ET AUTRES. Les Premières civilisations. Paris, Presses Universitaires de France, 1950.
- KING, L. W. Assyrian language, easy lessons in the cuneiform inscriptions. London, Paul Trench, Trübner & Co. 1901. (Books on Egypt and Chaldaea, v. 5.)
- McMURTRIE, DOUGLAS C. The book, the story of printing and bookmaking. New York, Covici Friedi, 1937.
- MASON, WILLIAM A. A history of the art of writing. New York, Macmillan, 1920.
- MASPERO, GASTON. Histoire ancienne des peuples de l'Orient; 7 éme. éd. Paris, Hachette, 1905.
- MASPERO, Gaston. Life in ancient Egypt and Assyria. New York, Appleton, 1892.
- MORET, Alexander. El Nilo y la civilización egipcia. Barcelona, Ed. Cervantes, 1927, (La evolución de la humanidad, v. 7.)
- NAVILLE, EDOUARD. The origin of Egyptian civilization. (En Annual report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution). Washington, Govt. Print. Off. 1908.
- ONCKEN, WILHELM. Historia universal. v. 1. Geografía del antiguo Egipto. Idioma y escritura de sus habitantes. Barcelona, Montaner y Simón, 1934.
- OROZCO Y BERRA, MANUEL. Historia antigua y de la Conquista de México. v. 1. México, Tip. de Gonzalo A. Esteva, 1880.
- PALACIOS, ENRIQUE JUAN. El calendario y los jeroglíficos cronográficos mayas. México, Ed. Cultura, 1933.
- PETRAU, ALFRED. Schrift und Schriften im Leben der Völker. Essen, Essener Verlagsanstalt, 1944.

- RAGOZIN, ZENAI DA A. Historia de Caldea desde los tiempos más remotos hasta el origen de Asiria. Madrid, El Progreso Editorial, 1889.
- RELAÑO, EMILIO y ALFREDO. Historia gráfica de la escritura. Madrid, Tall. Graf. Montaña, 1949.
- REYNOLDS, HENRY JAMES. The World's oldest Writings. Chicago, The Antiquities Corporation (c1938).
- THE ROSETTA STONE; printed by orders of the Trustees of the British Museum. London, The Museum, 1927.
- SAUSSURE, FERDINAND DE. Curso de lingüística general. Buenos Aires, Ed. Losada (c1945).
- THE SCULPTURES AND INSCRIPTION OF DARIUS THE GREAT ON THE BEHISTUN IN PERSIA. London, British Museum, 1907.
- SCHEIL, V. et FOSSEY, C. Grammaire assyrienne. Paris, H. Welter, 1901.
- TAYLOR, ISAAC. The alphabet, an account of the origin and development of letters. London, Paul Trench and Co., 1883, 2v.
- THOMPSON, SAMUEL WINFIELD. The A B C of our alphabet. London, The Studio Publications, 1942.
- TORREY, CHARLES C. The Airam inscription of Byblos. (En Journal of American Oriental Society, v. 45, p. 269-79). New Haven, Conn., The American Oriental Society, 1925.
- ULLMAN, BERTHOLD LOUIS. Ancient Writing and its influence. New York, Longmans, 1932.
- VAN HOESEN, HENRY BARTLETT and WALTER, FRANK KELLER. Bibliography practical, enumerative, historical. New York, Scribner, 1937.
- VENDRYES, J. El lenguaje, introducción lingüística a la historia. Barcelona, Ed. Cervantes, 1943. (La evolución de la humanidad, v. 2.)
- WEISE, O. La escritura y el libro. Barcelona., Ed. Labor, (s. f.) (Colección Labor, No. 12.)

INDICE ALFABETICO

— A —

- Abu-Simbel, templo y colosos en Egipto, inscripciones, 68, 94.
Accad, antigua comarca de Asia, escritura, 56, 70, 71, 74.
—habitantes, 42, 44, 67.
—idioma, 42.
Acertijos, 38.
Acrofonía, véase Acrología.
Acrología, 20, 33, 36.
Africa, idiomas, 24.
—Pictogramas, 8.
Ahuramazda, divinidad persa, 43, 51, 52, 53.
Alejandría, antigua ciudad de Egipto, 26.
Alejandro Magno, rey de Macedonia, 43, 47.
Alepo, antigua ciudad de Siria, 68.
—inscripciones, 71, 77.
Alfabética, escritura, 5, 7, 20, 32, 38, 55, 64, 83, 90, 91-92, 94, 97.
Altamira, cueva en Santander, pictogramas, 8-9.
Amoritas, véase Amorreos.
Amorreos, 42, 68.
Amrú, jefe árabe conquistador de Egipto, 23.
Amuletos, 2-3, 81.
Aqueos, 87.
Arabes, 76.
—idioma, 55.
Aram, antigua región del Asia, escritura, 91.
Armenia, antigua región del Asia Menor, 46, 51, 53.
Asia Menor, península de Asia entre el Mar Negro y el Mediterráneo, 43, 79, 82, 86, 87, 89, 90, 97.
—alfabetos, 87.
—escritura, 92.
—habitantes, 80.
—idiomas, 70, 84.
—inscripciones, 89.
Asiria, antiguo reino de Asia, hoy Mosul, escritura, 44, 46, 59-60, 62-63, 75.
—habitantes, 21, 42-44, 45, 46, 51, 53, 67, 68, 71.
—idioma, 53, 55, 62-63.
—inscripciones, 1, 54, 55-57.
Asur, ciudad de la antigua Asiria, hoy Kalaat Shergat, 42.
Atenas, capital de la antigua Atica, alfabeto, 94.
Astralia, pictogramas, 10, 11.

— B —

- Babilonia, antiguo reino y ciudad de Asia. 42-43, 45, 47, 51, 53, 56, 63, 68, 69, 89.
—escritura, 44-47, 52, 55-62, 67, 71, 75, 82.
—habitantes, 6, 21, 42, 44.
—idioma, 44, 46, 53, 54-56, 58.
—inscripciones, 45, 49, 51-52, 54-62, 72, 76.
Bagdad, ciudad de Irák, 49.
Barduja, hermano de Cambises, rey de Persia, véase Esmerdis.

Behistun, roca en Irán, inscripción, 49-55.
Bel, divinidad asiria, templo, 61.
Bélgica, pictogramas, 7.
Biblia, libro sagrado de los cristianos, 1, 68.
Biblioteca Nacional de París, manuscritos, 38.
Birs-Nimrud, véase Borsippa.

Bisutun, véase Behistun.
Boghas-Koei, ciudad de Arabia, antigua Hattusas Hitita, 68.
—inscripciones, 67, 69, 70.
Borsippa, ciudad de la antigua Babilonia, hoy Birs-Nimrud, inscripciones, 61-62.
Brahma, divinidad hindú, 1.
Bustrófedon, escritura, 72, 75, 82.

— C —

Cadmea, acrópolis de la antigua Tebas, 2.
Cadmó, fenicio fundador de Cadmea, 2.
Caldea, antigua región de Asia, 43, 69.
Cambises, rey de Persia, 43, 52.
Canaán, hijo de Cam, 68.
Canaán, antigua región de Palestina, 80, 89.
Capadocia, antigua región del Asia Menor, 67, 89.
—inscripciones, 72.
Carchemish, antigua ciudad de Siria, 68, 71.
Caria, antigua región del Asia Menor, 91, 92.
—escritura, 92-94.
—habitantes, 92.
—idioma, 92.
—inscripciones, 89, 94.
—signos, 53-54.
Cassitas, 42, 67.
Caucásicas, lenguas, 42, 70, 90.
Cilicia, antigua región del Asia Menor, 43, 67, 68.
—inscripciones, 72, 89.

Ciro, rey de Persia, 43, 48, 51, 91.
Cleopatra, reina de Egipto, esposa de Ptolomeo Evergetes II, inscripción, 29.
Cleopatra, reina de Egipto, hermana del anterior, inscripción, 29.
Cnosos, ciudad de la antigua Creta, 80.
—inscripciones, 81, 82.
Códice, borbónico, jeroglíficos aztecas, 14-15.
—Troano, jeroglíficos mayas, 18-19.
Consonantes, escritura, 63.
Copto, alfabeto, 39.
—idioma, 25, 27.
Corán, libro sagrado de los musulmanes, 2.
Creso, rey de Lidia, 91.
Creta, hoy isla de Candia, 21, 79-86.
—escritura, 82-86, 90.
—habitantes, 87, 97.
—idioma, 84.
—inscripciones, 80-86.
—signos, 73-74, 83-85.
Cruz de Palenque, inscripción maya, 16-17.
Cuneiforme, escritura, 1, 42, 44-45, 59-65, 68, 71, 87, 97.

— CH —

Cheops, rey de Egipto, pirámide, 35.
China, escritura, 1.
Chipre, isla del Mediterráneo, 21, 81, 87.
—escritura, 83-85, 87-89.

—habitantes, 80, 87, 97.
—inscripciones, 82, 89.
—signos, 82, 85, 88, 91, 93-94.
Chiraz, ciudad de Irán, 47.

— D —

Darío el Grande, rey de Persia, 43, 49, 63.
—inscripción, 50-56.
Darío III, rey de Persia, 43.
Dedkera-Ilesi, rey de Egipto, 39.
Demótica, escritura, 27-30, 39-40, 97.

Dinamarca, pictogramas, 9.
Dorios, 80, 89.
Dur-Sharrukin, ciudad de la antigua Asiria, hoy Khorsabad, inscripciones, 55.

— E —

- Ecbatana, ciudad de la antigua Media, hoy Hamadán, 43, 49, 53, 54.
Edfú, antigua ciudad de Egipto, inscripciones, 38.
Egeo, islas, 21, 79-90, 92.
—habitantes, 89.
—signos, 81-86.
Egipto, 23-24, 43, 46, 69, 80, 81, 87.
—escritura, 1, 6, 25-40, 45, 67.
—habitantes, 21, 29, 68-69, 76.
—idioma, 24-25, 32, 37.
—inscripciones, 26-30, 46, 82, 83, 84, 94.
—papiros, 30-32, 38-40.
—signos, 94.
Ekhaton, véase Tell el-Amarna.
Elam, antiguo país de Asia, hoy Kurdistán, 42, 43.
—escritura, 46, 49, 51-56.
—habitantes, 44.
—idioma, 46.
—inscripciones, 46, 49, 51-56.
Elwend, monte de Persia, 49, 54.
Eneolítico, pictogramas, 9.
Enshagkushana, rey de Sumer, inscripción, 57-58.
Eretria, ciudad de la antigua Eubea, 90.
Escandinavia, pictogramas, 9.
Escitas, 43, 44.
Esmerdis, nombre dado por los griegos a Barduja, hermano de Cambises, 51.
Esmirna, ciudad griega de Lidia, 68, 75, 90.
España, pictogramas, 8-9.
Etiópico, idioma, 24.
Etruria, antigua región de Italia, alfabeto, 94.

— F —

- Faistos, ciudad de la antigua Creta, 83.
—inscripciones, 86.
Fenekh, véase Fenicia.
Fenicia, antigua región de Asia, 43, 89, 90.
—alfabeto, 84, 94.
—escritura, 76.
—habitantes, 21, 81, 94.
Filacterias, 2.
Filae, isla del Nilo, inscripciones, 29.
Filisteos, 89.
Fonética, escritura, 5, 7, 20, 35-38, 56, 62, 63-64, 86, 88, 90, 92, 97.
Francia, pictogramas, 7, 8, 9.
Frigia, antigua región del Asia Menor, 91, 92.
—inscripciones, 72, 89, 98.

— G —

- Gaumata, mago usurpador persa, falso Esmerdis, 50, 51, 52.
Georgia, comarca del Asia Menor, antigua Cólquida, 53.
Goulas, ciudad de la antigua Creta, 81.
Gran Bretaña, pictogramas, 9.
Grecia, 21, 79, 80, 82, 84, 91.
—alfabetos, 90-94.
—escritura, 25, 26-30, 40, 48, 84.
—habitantes, 24, 80, 89.
—idioma, 25, 87.
—inscripciones, 27-30.
Gurob, antigua ciudad de Egipto, 82.

— H —

- Hagia Triada, ciudad de la antigua Creta, inscripciones, 83.
Hamadán, véase Ecbatana.
Hamah, véase Hamath.
Hamath, antigua ciudad de Siria, hoy Hamah, inscripciones, 71-72, 75.
Hattusas, véase Boghas Koei.
Hebreos, 2.
—escritura, 48.
—idioma, 55.
Hélade, véase Grecia.
Heteo, hijo de Canaán, 68.
Heteos, véase Hititas.
Hetitas, véase Hititas.
Hierática, escritura, 38-39, 97.
Hindú, escritura, 1.

Hircania, antigua región de Asia, 51.
Hisarlik, colina de la antigua Troade, inscripciones, 89.
Hititas, 42, 67-71, 89, 97.
—escritura, 71-77.
—idioma, 70, 83.

—inscripciones, 71-77.
—jeroglíficos, 71-76, 81, 82.
Hu-nefer, cortesano egipcio, papiro, 31-32.
Hurrita, lengua, 70.
Hystaspes, rey de Persia, 49.

— I —

Iberos, signos, 94.
Ideografía, 5, 7, 18-20, 35-38, 55, 56, 57-59, 62, 63, 73, 83, 86, 97.
Indios de Estados Unidos, pictogramas, 10-13.
Indoeuropeos, idiomas, 70.
Indo-hitita, idioma, 70.

Inglaterra, véase Gran Bretaña.
Ipsambul, véase Abu-Simbel.
Iranios, 43.
Isis, divinidad egipcia, 29.
Israel, antiguo reino de Palestina, 53.
Italia, pictogramas, 9.

— J —

Jehová, nombre dado a Dios por los hebreos, 1.
Jerjes, rey de Persia, 48.
Jeroglíficos, 4.
—aztecas, 13-15.
~~—aztecas, 13-15.~~

—cretenses, 81-84, 86.
—egipcios, 13, 25-38, 39, 74-75, 97.
—hititas, 71-76, 81, 82, 89.
—mayas, 15-19.
Jerusalén, capital del antiguo Israel, 68.

— K —

Kadesh, antigua ciudad hitita, 68, 72.
Kahún, antigua ciudad de Egipto, inscripciones, 81.
Kalaat Shergat, véase Asur.
Kalah, antigua ciudad de Asiria, hoy Nimrud, inscripciones, 55.
Karabel, cordillera en Anatolia, inscripciones, 75.
Karnak, aldea del distrito de Luxor en la antigua Tebas, inscripciones, 67.

Kermanschah, provincia y ciudad de Irán, 43, 53.
Ketas, véase Hititas.
Ketitas, véase Hititas.
Khatti, véase Hititas.
Khattusil, rey hitita, 69.
Khorsabad, véase Dur-Sharrukin.
Konyunjik, véase Nínive.
Kupapa, divinidad hitita, 74.
Kurdistán, véase Elam.

— L —

Lagash, ciudad de la antigua Sumer, hoy Tello, inscripciones, 59.
Libros de los muertos, manuscritos egipcios que se enterraban con aquéllos, 30-32.
Licia, antigua región del Asia Menor, 90, 92.
—alfabeto, 90-92.
—escritura, 90.
—habitantes, 67, 90.
—idioma, 90, 92.

—inscripciones, 89, 91.
Lidia, antigua región del Asia Menor, 43, 91.
—alfabeto, 52, 94.
—escritura, 91-92.
—habitantes, 91.
—idioma, 91.
—inscripciones, 72, 89, 91.
Logográfica, escritura, 7.
Luwico, idioma, 70.
Luxor, ciudad de Egipto, inscripciones, 68.

— M —

- Marash, ciudad de la antigua Siria, inscripciones, 75-76.
Margiana, antigua región de Turquestán, 51.
Mas d'Azil, cueva en Francia, pictogramas, 8.
Mayas, jeroglíficos, véase Jeroglíficos mayas.
Media, antiguo imperio de Asia, 41, 51, 53.
—habitantes, 43, 44, 63.
Mediterráneo, 8, 21, 23, 46, 79, 80, 81, 82, 87, 89, 91, 94, 97.
Melos, isla del Egeo, 82.
—alfabeto, 94.
Menes, rey de Egipto, 35.
Menfis, antigua ciudad de Egipto, 29.
Mesopotamia, antigua comarca de Asia, 41, 42, 46, 55, 67.
Metáfora, 18, 32, 35, 57.
Metonimia, 35.
Mexicanos, jeroglíficos, véase Jeroglíficos aztecas.
Micenas, ciudad de la antigua Argólide, 82, 84.
Mileto, ciudad griega de la antigua Caria, 90.
Minos, rey legendario de Creta, 80.
Misia, antigua región del Asia Menor, 91.
Mitani, 42, 67.
—idioma, 70.
Mnemotécnicos, sistemas, 3-5, 11-12.
Moab, antiguo reino de Palestina, inscripciones, 77, 84.
Moisés, patriarca hebreo, 1.
Museo Británico, 26, 27, 54, 77.
—de la Universidad de Pennsylvania, 56.
—del Cairo, 40.
—del Louvre, 66.
Mutalla, rey hitita, 68.

— N —

- Nabonides, rey de Babilonia, 51.
Nabopolasar, rey de Babilonia, 61.
Nabucodonosor, rey de Babilonia, inscripciones, 61-62.
Napoleón Bonaparte, emperador de Francia, 26-27.
Nauplia, ciudad de la antigua Argólide, 84.
Nebo, divinidad asiria, 1.
Neolítico, pictogramas, 9-10.
Nimrud, véase Kalah.
Ninive, antigua ciudad Asiria, hoy Kon-yunjik, 43.
—inscripciones, 55, 72.
Nippur, antigua ciudad sumeria, hoy Nuffar, 57.
—inscripciones, 61.
Nueva Zelandia, pictogramas, 11.

— O —

- Odin, divinidad de la mitología escandinava, 2.
Ogamos, 2.
Ogmio, divinidad gala, 2.
Omar, califa árabe, 23.
Orzmud, véase Auramazda.
Osiris, divinidad egipcia, 24, 31.

— P —

- Pafos, antigua ciudad de Chipre, 89.
Paleolítico, pictogramas, 7-9.
Palestina, antigua región del Asia, 68, 89.
—inscripciones, 72, 82.
Pamfilia, antigua región del Asia Menor, inscripciones, 89.
Papiro, de Ani, jeroglíficos egipcios, 31.
—de Hu-nefer, jeroglíficos egipcios, 31-32.
—de Nebseni, jeroglíficos egipcios, 31.
—de Nu, jeroglíficos egipcios, 31.
—Prisse, escritura hierática, 38-39.
Partia, antigua región de Irán, 51.
Peloponeso, antigua península griega, hoy Morea, 80, 82, 84, 87, 89.
Pelvi, idioma, 49, 54.

- Penn, William, legislador inglés en Pennsylvania, 4.
—cinturón, 4-5.
- Persia, antigua región de Asia, 42, 46, 49-55, 63, 91.
—escritura, 47-49, 50-56, 63-65.
—habitantes, 21, 24, 43-44, 62.
—idioma, 49, 51, 53-55, 63-64.
—inscripciones, 47-56.
- Persépolis, ciudad de la antigua Persia, 43, 53.
—inscripciones, 47-48.
- Peruanos, quipos, véase Quipos.
- Pictografía, 2-3, 5-20, 25-35, 45, 56, 62, 73-75, 82-84, 86, 90, 97.
- Portugal, pictogramas, 9-10.
- Poseidón, divinidad griega, 2.
- Praisos, ciudad de la antigua Argólide, inscripciones, 81.
- Protohitita, idioma, 70.
- Ptah-Hotep, sacerdote egipcio, preceptos, 38-39.
- Ptolomeo Evergetes II, rey de Egipto, inscripción, 29.
- Ptolomeo V, Epifanes, rey de Egipto, inscripción, 29-30, 40.
- XV, rey de Egipto, inscripción, 38.

— Q —

Quipos, 3-4.

— R —

- Ra, divinidad egipcia, 24, 31.
- Ramsés II, rey de Egipto, 40, 68-69.
- Rashid, véase Roseta.
- Rodas, isla del Egeo, 80, 82.
- Roma, alfabeto, 94.
—habitantes, 24, 25, 87.
- inscripciones, 26.
- Roseta, ciudad de Egipto, 26.
—inscripciones, 26-30.
- Rúnica, escritura, 2.
- Rupestres, pinturas, 7-10.
- Rusia, pictogramas, 9.

— S —

- Sagartia, antigua región de Irán, 51.
- Saint-Julien, fuerte, 26.
- Salmanazar, rey de Asiria y Media, 53.
- Sardanápalo V, rey de Asiria, inscripción, 1.
- Sardis, ciudad de la antigua Lidia, 75.
—inscripciones, 91.
- Sargón II, rey de Asiria, 68.
- Semíramis, reina de Asiria, 53.
- Semitas, 21, 41, 42, 43, 47.
—alfabetos, 84.
—escritura, 84, 87.
—idiomas, 24.
- Seti I, rey de Egipto, 31.
—V, rey de Egipto, 35.
- Shera, sacerdote egipcio, inscripción, 35.
- Shubbiluliuma, rey hitita, 68.
- Sicilia, isla del Mediterráneo, 80.
- Silabarios, 20, 57, 58-59, 62, 63, 82, 84, 87-90, 94.
- Silábica, escritura, 7, 20-21, 32-38, 46, 55-59, 62, 63, 73, 74, 84, 87-90, 94, 97.
- Simbolismo, véase Ideografía.
- Sinaí, Monte, 1.
- Siria, región de Asia, 67, 68, 81, 90.
—idioma, 55.
—inscripciones, 71, 72.
- Skunka, caudillo escita, 51.
- Suiza, pictogramas, 9.
- Sumer, antigua comarca de Asia, 42.
—escritura, 6, 44-46, 62, 74.
—habitantes, 42, 44.
—idioma, 42.
—inscripciones, 56-60, 70.
- Susa, capital de la antigua Susiana, inscripciones, 46, 59.
- Susiana, región de la antigua Mesopotamia, 43, 51.

— T —

- Tablas de la Ley, 1.
Tablillas, de Arcilla, 47, 56-58, 61, 67, 68, 69, 70.
Tarkondemos, rey hitita, inscripción, 71-72.
Tatuajes, 11.
Tebas, antigua ciudad de Egipto, habitantes, 2.
—papiros, 31, 38.
Teherán, capital de Persia, 49.
Tell el-Amarna, ciudad de Egipto, antes Ekhaton, inscripciones, 46, 67, 68, 70.
Tell el-Hesy, colinas con ruinas en Palestina, inscripciones, 82.
- Tello, véase Lagash.
Tera, isla del Egeo, hoy Santorín, alfabeto, 94.
—inscripciones, 82, ~~99-101~~.
Thot, divinidad egipcia, 1.
Thutmes I, rey de Egipto, 68.
Tiglath-Pileser I, rey de Asiria, 68.
Tradicón, 1-2.
—oral, 3.
Troya, antigua ciudad de Troade, 80.
—guerra, 89.
—inscripciones, 89.
Ts'ang Chien, divinidad china, 1.

— U —

- Unciales griegas, 27, 30.
Urartu, antigua región de Mesopotamia, inscripciones, 68.
- Uruk, antigua ciudad sumeria, véase Warka.
Userkaf, rey de Egipto, 98.

— V —

- Vedas, libros sagrados del brahmanismo, 1.

— W —

- Wampums, 3-5.
- Warka, antigua Uruk, inscripciones, 56-57.

— X —

- Xanthus, ciudad de la antigua Licia, inscripciones, 90-91.

— Z —

- Zaratustra, filósofo persa, 43.
Zendo, 49, 54.
- Zoroastro, véase Zaratustra.